ESTATERARIA 1967

MARZO 11

SALE SABADOS ALTERNOS

N.° 365

...y esa noble apariencia de hombre frío que corrige la fiebre de su mano...

(ANTONIO MACHADO)



Azorin



Director: LUIS PONCE DE LEON • Subdirector, JUAN EMILIO ARAGONES • Jefe de Información, JUAN JOSE PLANS • Confeccionador, JUAN BARBERAN RUANO

Redacción: Calle del Prado, 21. Madrid - 14 • Teléfonos 222 85 14 y 232 33 74 • Administración: Castellana, 40 Edita: EDITORA NACIONAL · Suscripción anual: ESPAÑA, 300 ptas. Resto de EUROPA, 550 ptas. (avión), 400 ptas. (ordinario) OTROS PAISES, 1.150 ptas. (avión), 660 ptas. (ordinario).

Impreso en el BOE. Madrid



DEBEN (DE) HABER COBRADO: _____

2.220.000	ptas.	Suma	anterior	(premios	concedidos	desde	el	1	de	enero
		de 196	7).							

Diario Regional de Valladolid, premio nacional para el dia-100.000 ptas. rio de más meritoria divulgación de la Campaña Nacional de Prevención de Accidentes de Trabajo.

Servicios Informativos de TVE, premio en el concurso sobre 75.000 ptas. la Primera Campaña Nacional sobre Accidentes de Trabajo.

Don José Antonio Cepeda, premio «Periodismo», instituído 50.000 ptas. por el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, por su artículo «Obras bellas y resistentes», publicado en el diario Región.

Don Luis Calabia Ibáñez, premio al mejor reportaje en el 50.000 ptas. mismo concurso por su trabajo «Lluvia artificial sobre 15.000 hectáreas palentinas», publicado en el diario Libertad.

Don José Pastor, premio al mejor reportaje gráfico en el 50.000 ptas. mismo concurso por el conjunto de sus trabajos publicados en el diario Arriba.

Programa El consejo del doctor, de la SER, premio en el 25.000 ptas. Concurso de Prensa sobre Accidentes de Trabajo.

25.000 ptas. Radio Juventud de Madrid, premio en el mismo concurso.

25.000 ptas. Don Octavio Aparicio López, premio en el mismo concurso.

25.000 ptas. Don Jaime Campmany, premio en el mismo concurso.

25.000 ptas. Don Miguel Gamazo Peláez, premio en el mismo concurso.

25.000 ptas. Don Miguel García Suárez, premio en el mismo concurso.

Don Antonio Andújar Balsaolobre, premio en el mismo con-10.000 ptas. curso.

Don Demetrio Gutiérrez Alarcón, premio en el mismo con-10.000 ptas. curso.

10.000 ptas. Don Juan Grande Martín, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Lamberto Cortés Cortés, premio en el mismo concurso.

ptas. Don Joaquín López Español, premio en el mismo concurso. 10.000

ptas. Don Jaime Eover Argerich, premio en el mismo concurso. 10.000

Don Francisco Gutiérrez Latorre, premio en el mismo con-10.000 ptas. curso.

ptas. Don Narciso Puig Mejías, premio en el mismo concurso. 10.000

ptas. Don Enrique Baltar Ruiz, premio en el mismo concurso. 10.000

10.000 ptas. Don José Martínez Romero, premio en el mismo concurso.

ptas. Don José Gutiérrez Ortega, premio en el mismo concurso. 10.000

10.000 ptas. Don Eduardo Pérez Hervada, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don José Medina López, premio en el mismo concurso.

Don Fortunato Martínez Patiño, premio en el mismo con-10.000 ptas. curso.

Depósito legal: M 615/1958

Don José Luis Muñoz Ramírez, premio en el mismo con-10.000 ptas. curso.

Don Juan José Ruiz Molinuevo, premio en el mismo con-10.000 ptas.

10.000 ptas. Don Manuel A. Zavala Díaz, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Jesús Conde Delgado, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Ramón Porras González, premio en el mismo concurso.

Don Esteban Covarrubias Peña, premio en el mismo con-10.000 ptas. curso.

Don Manuel Rodríguez Rodríguez, premio en el mismo con-10.000 ptas. curso.

Don Alvaro Linares-Rivas Lucefic, premio en el mismo con-10.000 ptas. curso.

Don Ramón Fernández-Paredes, premio en el mismo con-10.000 ptas. curso.

Don José Luis García de Eulate y Luna, premio en el mismo 10.000 concurso.

10.000 ptas. Don Sergio López y López, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Antonio D. Olano, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Jaime Campmany, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Señorita Maruja Cavalled, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don José García Pérez, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Sebastián Rascón López, premio en el mismo concurso.

ptas. Don Fernando Ponce Muñoz, premio en el mismo concurso.

10.000

ptas. Don Bonifacio Varea González, premio en el mismo concurso.

ptas. Don Francisco Cacho-Dalda, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Octavio Aparicio López, premio en el mismo concurso.

ptas. Don Francisco Fernández Fole, premio en el mismo concurso.

10.000

ptas. Don Manuel López González, premio en el mismo concurso. 10.000

ptas. Don César Alvarez Fernández, premio en el mismo concurso. 10.000

Don Luis Alfonso Martínez Cachero, premio en el mismo 10.000 concurso.

10.000 ptas. Don Ramón González Cachón, premio en el mismo concurso.

ptas. Don Luis Romero García, premio en el mismo concurso. 10.000

10.000 ptas. Don Antonio Herrero Antolín, premio en el mismo concurso.

Don Pedro Miguel Barreda Marcos, premio en el mismo con-10.000 ptas. curso.

ptas. Don Pablo Gutiérrez Abella, premio en el mismo concurso. 10.000

10.000 ptas. Don Pablo Martín Cantalejo, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Francisco de F. París Ferré, premio en el mismo concurso.

(Pasa a la pág. 37.)

TYON THE A AZODYNI	
HOMENAJE A AZORIN Luis de Castresana: Zorrilla, 21,	
Madrid-14 Emilio Gascó Contell: Pilotan-	4
do hacia una mesa camilla Manuel Alcántara: No era lo-	5
cuaz hablando Rafael de Penagos: El tiempo	6
en aquella mañana Gaspar Gómez de la Serna: Es-	7
paña vividera sobre el tiempo Antonino Fernández Villaverde:	8
El manifiesto de los «Tres» José Alfonso: Los únicos versos que Azorín escribió	9
María Embeita: «La voluntad» y «Tinieblas en las cumbres»	12
Manuel Ríos Ruiz: Azorín y el cante jondo	13
Luis Ponce de León: El búho, el águila, el hombre y la niña	14
LPL: La carrera del tiempo: ganador, Azorín; colocado, Zamacois	15
Juan Emilio Aragonés: Azorín, hombre de teatro	17
TEMA PREFERENTE: MANUSCRITOS DE LEONARDO EN LA BIBLIOTECA NACIONAL	
Basilio Rogado: Chiripas de la Historia: Si América para Colón, para Piccus, Leonardo	38
NARRATIVA	
José María Sanjuán: La patru- lla (folletón)	19
Luys Santa Marina: Tenkia	23
ARTICULOS	
Eduardo Zamacois: Su «hela- dera»	29
U. A.: Cinco cartas stendhalia- nas (3)	30
RESEÑA DE LIBROS	
Carmen Bravo-Villasante: His-	
toria y antología de la lite- ratura infantil iberoamerica-	
na. — Julio Caro Baroja: La ciudad y el campo. — José Al- berich: Los ingleses y otros	
temas de Pío Baroja.—Alber- tine Sarrazín: El astrágalo.—	
Bernard Malamud: Una nue- va vida.—Varios: El gran li-	
Bro de las fábulas.—Marcos Ricardo Barnatán: Acerca de	
los viajes.—Francisco Brines: Palabras a la oscuridad.—Mi- guel Arteche: Resta poética.—	
Carmen González: Sin arte.— J. Muñoz Callejero: Gris pla-	
ta. E. Suárez Egea: Versos de tierra caliente	24
Marta Portal Manual Mantero	
Marta Portal, Manuel Mantero, Rodrigo Rubio, Miranda, Aquino, Carvajal	36
Antonio Gala, Santiago Lorén, Rafael de Penagos, Luis de	30
Castresana, Amézaga, Euge- nio Serrano, Fernando Qui-	
nones	36
CRONICAS Concursística	
Musical Plástica	3 ² 33
Hispanoamericana	34
CORRESPONSALIAS	
Barcelona: Sobre los premios de la editorial Planeta	35
PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS	
Cristóbal López Carvajal: Per- fil insólito	

Este núm. 365

El número de este número de LA ESTAFETA es el de los días del año. Al estamparlo, dos vocablos se asocian para la cabecera de unas líneas de presentación: Azorín y tiempo. Dos palabras tan íntimamente ligadas que fuera de desear se nos pusieran siempre en trances parejos. Un nombre de hombre con un nombre de cosa.

¿Es cosa el tiempo? No evitamos repetir aquí una de las frases azorinianas que más insistentemente citan los aprendices estudiosos de la obra del maestro: «vivir es ver volver». Y así es como del guarismo 365, tan indicativo de lo temporal, anualmente reiterado, se pasa a la fusión del pasado y futuro en el presente, tal como pasa en cada instante de la creación.

Creación, recreación del idioma, invención sucesiva de palabras exactas hacía trescientos sesenta y cinco días al año Azorín. Oficio eterno del escritor cotidiano.

Pues bien, relatamos desde la página 4 la visita que cinco escritores rindieron a Azorín el 6 de noviembre del pasado año. Los recuerdos de aquella entrevista, tan reciente, ocupan seis páginas. En la 9 inicia Antonino Fernández Villaverde una rememoración del célebre Manifiesto de los «Tres», firmado en 1901 por Azorín, junto a Baroja y Maeztu. El circunstancial Azorín del paraguas rojo testimonia su esencial inquietud para la renovación espiritual de una España que también los otros noventayochistas querían con amor de disgusto. Muy pocas fechas antes de la muerte del maestro, el también escritor monovero José Alfonso nos remitía, a petición nuestra, un artículo en el que glosa y da a la imprenta por vez primera los únicos versos que Azorín escribió—según José Alfonso—en la linde misma de niñez y adolescencia. Dice nuestro colaborador que es ésta «una rara golosina literaria»; tan poeta en prosa, Azorín no volvió a rimar nunca más: ¿sentido autocrítico?

En el número 359, último del pasado año, publicábamos un artículo de María Embeita, profesora de español en una de las Universidades USA, titulado «La visión trágica de Pío Baroja». Insertamos hoy su segunda colaboración, que es un cotejo entre La Voluntad y Tinieblas en las cumbres. En la pág. 12 encontrará el lector este parangón entre las novelas así tituladas, de Azorín y Pérez de Ayala, respectivamente.

Se ha insistido tanto en la castellanía literaria de Azorín, que resulta oportuno el testimonio de su interés por el folclore al sur de Despeñaperros, que Ríos Ruiz describe —pág. 13— y avala el autógrafo inédito que reproducimos.

Otro curioso parangón es el que se ofrece —págs. 14 a 16— entre la escritora más joven y el nonagenario maestro de las letras castellanas. Allí encontrará el lector los pormenores del conocimiento frustrado entre los escritores mayorísimo y minorísimo.

Un tercer cotejo figura en la página 17: la transcripción de los párrafos de nuestra correspondencia con Eduardo Zamacois, donde éste menciona a Azorín. Es bien expresivo lo que el vivísimo Zamacois escribe de su puño y letra, de su dedo y tecla. ¡Por muchos años!

Como un Niño Jesús perdido y hallado en el templo, ciertos manuscritos de Leonardo da Vinci se han perdido y hallado en la Biblioteca Nacional de Madrid; nobilísimo templo, ahora agitado con las columnas de la prensa internacional. Lo que hay, lo damos —págs. 38 y 39— con la posible objetividad y la concisión precisa. La carta del Decano de Massachusetts al Ministro español de Educación y Ciencia quizá la hemos recibido nosotros antes que el propio Ministro. Los usos y costumbres de los Estados Unidos son diferentes. Spain its different. Y en tales diferencias, lo usual es que nadie lleve la razón del todo. Sobre esta base, es de prever el resultado más razonable.

Y hasta dentro de catorce días, si Dios quiere, lector amigo. Paciencia, colaboradores amigos; muchos textos, como expresamos en la última página de este número, quedan aplazados para el próximo.

La Esta. Lita.

visitan a cada uno escribe a su manera POR FIN SALE TODO JUNTO

El 6 de noviembre último, cinco escritores amigos nuestros fueron a visitar en su casa al maestro Azorín, entre ellos Emilio Gascó Contell, su cuidadoso guía. De la entrevista surgió la idea de que cada uno escribiera un capítulo relatándola; el conjunto lo imprimiría como un fascículo Afrodisio Aguado. El libelo iba a constituir el Christmas de la editorial.

Cuatro de los visitantes escribieron a tiempo sus textos. Sólo faltaba Manuel Alcántara; llegaron y pasaron las Navidades; llegó el Año Nuevo, que felizmente todavía no es pasado; en vista de la falta de uno de los cinco, se renunció cortésmente a la idea coyuntural del Christmas. Gaspar Gómez de la Serna publica con toda corrección en el «ABC» de 22 de enero de 1967 lo que tenía escrito.

En febrero, LA ESTAFETA LITERARIA pide y obtiene

de Manuel Alcántara su parte en este homenaje. Llegan y pasan el domingo, el jueves, el otro lunes, las demás fechas ofrecidas. Nuestro quinto amigo reitera su compromiso con nosotros; mañana, mañana sin falta. Otros amigos no disimulan su impaciencia, ni tampoco nosotros.

En esto, José Augusto Trinidad Martínez Ruiz se muere a las 8,50 horas del día 2 de marzo de 1967. Y Alcántara da a luz, por fin, el artículo comprometido con nosotros y con sus compañeros de visita hace cuatro meses. Lo da a luz en su sección diaria de «Arriba» el 3 de marzo de 1967. Nos autoriza a copiarlo.

Esta es la «pequeña historia» del conjunto que ven nuestros lectores, parte inédito, parte édito, ahora por fin completo y cumplido.

ZORRILLA, MADRID, 14

LUIS DE CASTRESANA

ABIAMOS quedado en la Casa de Suecia, porque Zorrilla está sólo a un paso. Ibabamos cinco: Emilio Gascó Contell, Manuel Alcántara, Rafael de Penagos, Gaspar Gómez de la Serna y yo.

Rafael me había dicho unos días antes: —Hemos pensado visitar a Azorín el domingo. ¿Vienes?

> Dije que si y no pregunté con qué motivo; porque un escritor de mi generación no necesita ampararse en un motivo para ir a saludar al maestro. El motivo es Azorín, él mismo: algo más que un hombre, un escritor o un mito. El ostenta una representatividad que le convierte a los ojos de quienes escribimos en singular experiencia, en noble

espectáculo y en un a modo de santuario literario.

El domingo era seis, era 1966, era noviembre y era lluvia. El agua se derrumbaba fria y negra sobre los tejados y cien mil Manzanares se desparramaban a la deriva por toda la ciudad. A las once zumbaban con unanimidad los limpiaparabrisas de todos los taxis, y un viento torvo y desapacible escopeteaba con perdigones húmedos nuestros paraguas.

Pero era, ya lo he dicho, sólo un paso: esquina Marqués de Casarriera a Madrazo, cruzar a Jovellanos, subir un poco y, doblando a la derecha, Zorrilla. Es una calle más galdosiana que azoriniana, más recoleta que lírica, más cerca del pincel de Juan Esplandíu que del de Eduardo Vicente: una rúa empinada,

pero no fatigosa; céntrica, pero remansada, y mesuradamente fotogénica.

> Y un poco más allá, tras la Carrera de San Jerónimo, el barrio de aquel Cervantes, de aquel Lope, de aquel Quevedo, de aquel Góngora, a los que tanto ha amado, y a los que tanto nos ha aproximado, este Azorin de la quintaesencia pormenorizada, esta estatua de sí mismo que vino de Monóvar y se plantó en el Madrid de comienzos de siglo escandalizándolo con la impertinencia brummeliana de su monóculo y la extravagancia detonante de su paraguas rojo.

El número 21 está incrustrado en un paisaje de plazuela dormida en las provincias. Tiene un portalón amplio y oscuro, de casa antigua y burguesa, con zaguán enlosado: un zaguán que se diría copia de aquellos otros, innumerables y casi idénticos, que en muchas páginas de nuestra mejor prosa conservan todavía el eco de los pasos de Antonio Azorín.

> Aún guardo, como se guarda una fotografia añeja, el júbilo que experimenté cuando recibi, allá en Bilbao, unas gentiles palabras de Azorin sobre una novela mía: unas letras pequeñas, ligeramente temblorosas, escritas en su tarjeta de visita. (Acabo de mirar la fecha: 26 de noviembre del 52.) La primera vez que crucé este portalón era enero de 1953 y yo estaba recién casado. Vine con mi mujer a conocer al escritor, y él y su esposa, doña Julia, nos regalaron un poco de su tiempo. A lo largo del diálogo

-Azorin se preocupaba entonces mucho por el cine— mi mujer inició una pequeña polémica llevándole la contraria respecto al burro de «Peppino y Violeta». Azorín hubiera preferido un burrito más poético, un «Platero»; Carmenchu remachó tenazmente su opinión de que el punto-clave de la pelicula estribaba precisamente en que el burro no era un «Platero», sino un burro-burro. No habia modo de detenerla, de hacerle una seña, de pedirle menos contundencia en su contradicción al maestro, y permaneci quieto, silencioso, entre la espada y la pared. Aqui, en este portalón, a la salida, tuvimos nuestra primera bronca matrimonial.

Rafael nos conduce al ascensor. Alguien pregunta: «¿Cabemos todos?» Y sí cabemos. Gaspar busca a tientas el interruptor. La bombilla no funciona. A la luz de su encendedor, Manolo aprieta el botón del segundo piso.

—Al Parnaso —sonríe.

Ciento dos años tendría ahora Unamuno, pienso; Valle tendría cien; Baroja, noventa y seis; Machado, noventa y dos; Ortega, ochenta y tres. Azorín «tiene» noventa y tres; Azorin «es» la Generación del 98.

Un día, al pasar por la calle de Agustín de Foxá, dijo César, César González Ruano, que se nos fué hace poco —y siempre parecerá que fué hace poco, aunque transcurran años—: «¡Qué raro se hace pensar que Agustín es una calle!» Lo recordé mientras el ascensor subía poco a poco, como si alguien tirase de la polea con la mano. Y tuve la impresión, por un momento, de que no íbamos al segundo piso, sino a un trozo de apretada historia literaria de España.

Y de pronto sucedió, como si tal cosa. Fué Rafael.

—Apagad el cigarrillo —dijo—. Don José no fuma.

> Don José no fuma — me repetí en silencio. Y me dije—: Es verdad. Don José. Azorín está definido, eternizado para siempre, quieto e intemporal como una escultura pacientemente cincelada a golpes de pluma. Pero ¿y el otro? ¿Qué pasa con el otro? ¿Quién y cómo es don José? ¿Qué es y qué ha sido para él la vida? ¿Qué sabemos realmente de ese señor Martinez Ruiz, de ese anónimo ciudadano que se ha ocultado pudorosamente tras la pública y literaria identidad de Azorin?

El segundo. Salimos. Emilio Gascó se ha adelantado y una criadita joven, con delantal a rayas azules y blancas (¿no eran azules y blancas?; «debería usar siempre gafas») nos espera ante la puerta abierta.

—Pasen, pasen. Don José les espera.

Otra vez don José. Otra vez el otro. Pasamos, dejamos gabardinas, abrigos y paraguas. Gaspar, Manolo y yo llevamos un libro para que nos lo dedique. Manolo, Ni sí, ni no; Gaspar y yo, casualidad, Castilla.

Caminamos con un algo de turbación, medio contándonos chistes en voz baja, como grandullones que cantan al pasar junto al cementerio, esforzándonos acaso en no poner cara de niños emocionados que van con las manos juntas a recibir la Primera Comunión.

Todo es muy rápido. Tras el breve pasillo, una sala amplia: una mesa, algunas sillas aterciopeladas, un sofá, unos grabados franceses. Podría ser la sala de un notario de pro-Vincias. Podría, pero... Allá, en la pared de enfrente, a un paso, un óleo: el célebre retrato azoriniano de Zuloaga. Y, al lado, una puerta.

> Noventa y tres años. El único que queda de la Generación del 98. Ahí está; tras la puerta.

Golpeamos tímidamente. Emilio Gascó abre, y veo, desde el umbral, una mesa pequeña, cuadrada, cubierta con un mantel marrón o verde; no lo recuerdo. Y sentado ante esa mesa, cubriéndose las piernas con ese mantel, rigido, hierático, mirándonos, don José Martínez Ruiz, Azorin.

PILOTANDO HACTA

una mesa-camilla

EMILIO GASCÓ CONTELL

YUATRO escritores de prestigiosa notoriedad: dos en la lírica -Rafael de Penagos y Manuel Alcántara—, uno en la novela —Luis de Castresana— y otro en el ensayo —Gaspar Gómez de la Serna— me confian el amistoso encargo de pilotarles hasta la mesa-camilla de Azorín.

La singladura es delicada, porque Azorín, de salud un poco vacilante, aunque excelente para sus muchos años, sólo recibe a muy contados amigos y, aun éstos, peritos en el difícil y sutilisimo arte de hablar poco y muy justo a fin de no turbar su indispensable sosiego.

El anciano maestro lleva una vida cuadriculada y minuciosamente regular. Le duelen los imprevistos. El mismo ha dicho últimamente que

> «Poco a poco he llegado a la percepción de los más nimios detalles y he cobrado afición, extremada afición, al orden, a la regularidad y a la simetría. No puedo ver un mueble fuera de su sitio acostumbrado, ni sufro el que se me desvíe de la norma diaria, inflexible, en un momento cualquiera.»

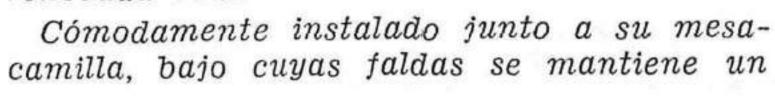
Pero vamos camino de la mesa-camilla de Azorin.

La mesa-camilla de Azorín, a la que se accede a través del salón señorial donde campea el famoso retrato de Zuloaga, es la única parcela de intimidad personal y literaria que podemos captar del autor de Castilla.

Alli nos habla el maestro con esa elocución afable, clara, poblada de silencios y entre la que, con frecuencia, se le abren los brazos con el ademán—no siempre conformista— de la resignación.

Alli lee y medita durante las largas, solitarias horas de una jornada aliviada con otras pocas de sueño.

Alli camina, como el «veloz Aquiles quieto» de Valéry, hacia la otra cumbre, felizmente renovada cada año.



foco de calor permanente y discreto, Azorin siempre tiene a su alcance unos cuantos libros, por lo común diminutos y curiosos, de aquellos que en otro tiempo adquiría cuando paseaba, siempre erguido y pausado, su insaciable curiosidad de bibliófilo por la madrileña Cuesta de Moyano o a lo largo de los parisienses muelles del Sena.

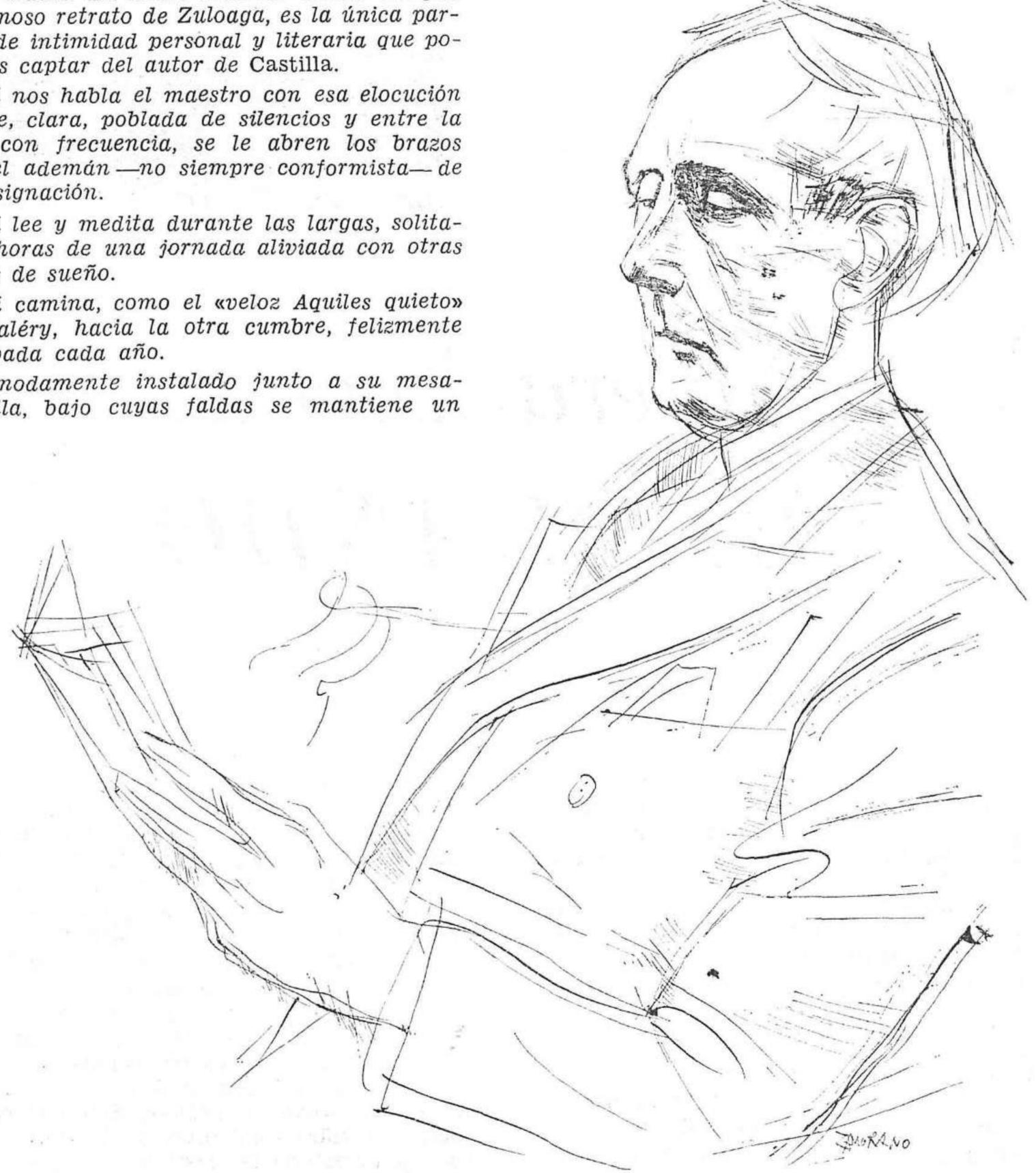
Tiempos particularmente dichosos para el autor de Clásicos y modernos y cuya nostalgia dibuja el típico ademán resignado de los brazos.

-Y ahora, don José, ¿sigue usted adquiriendo libros?

—Ya no..., ya no... Hace mucho tiempo que no salgo..., las piernas. Pero vea este Sainte-Beuve, y este pequeño diccionario inglés de literatura: microscópico, pero muy completo. Y estos *Pensieri* de Leopardi...

Las lucecitas que le brillan en los semicerrados ojos azules revelan el ardor de su pasión por los libros. Hojea delicadamente el viejo librito de I pensieri (una edición original impresa en Milano). Sopla suave entre las páginas. Dice:

—Vea este pensamiento. Ahí tiene todo el asunto de Les parents terribles, de Cocteau...



Pero ya estamos los cinco visitantes con Azorin y alrededor de la famosa mesa-camilla: un abordaje sin novedad, puesto que, lejos de contrariarle como temíamos, la visita parece animar a don José (Azorín, en su casa, es don José).

Llevamos el deliberado propósito de no fatigarle con un exceso de preguntas. Los jóvenes escritores, todos ellos locuaces y de encendida elocución, sólo desean verle, contemplarle, oírle. Todos sabemos que estamos como ante una estatua viva, de espíritu atento y de cabeza milagrosamente clara, servida por una memoria que apenas desfallece. Una estatua viva.

El aire hierático y la cabeza erguida de Azorín, todo ello dulcificado por un asomo de sonrisa, su habla delgada y suave, refuerzan esa impresión. Pero Azorín se anima, inclina el busto hacia adelante y dice:

—La juventud de hoy tiene prisa por vivir..., prisa por envejecer...

Sonrie; y los visitantes, como invitados al diálogo, van desatando poco a poco su premeditada contención verbal hasta quedar ante el anciano maestro como si éste presidiera una moderna «rueda de prensa».

Todos empiezan a dispararle preguntas, que deben dirigirle en voz muy alta a causa de la creciente sordera del anciano. A todos nos emociona y entusiasma esta hora inolvidable y demasiado corta con Azorín cuando, por entre los cortinajes del fondo de la estancia, asoma la cabecita, ensortijada y vivaz, de doña Julia. Doña Julia es la esposa—y fiel custodio— de don José.

Son las doce: el momento de dar por concluida la visita.

Azorin aun nos dedica algunos de sus libros con mano voluntaria y ligeramente temblorosa. A todos nos escribe una palabra cordial.

Cuando salimos por el amplio zaguán isabelino que mira a las espaldas del viejo Congreso no nos decidimos a dispersarnos y prolongamos la reunión en el bar del Suecia, a pocos pasos de la residencia de Azorín. Los jóvenes escritores necesitan «conversar» su emoción y su alegría, ya sin freno, en esta tertulia encendida por la admiración y cinco medios whiskies.

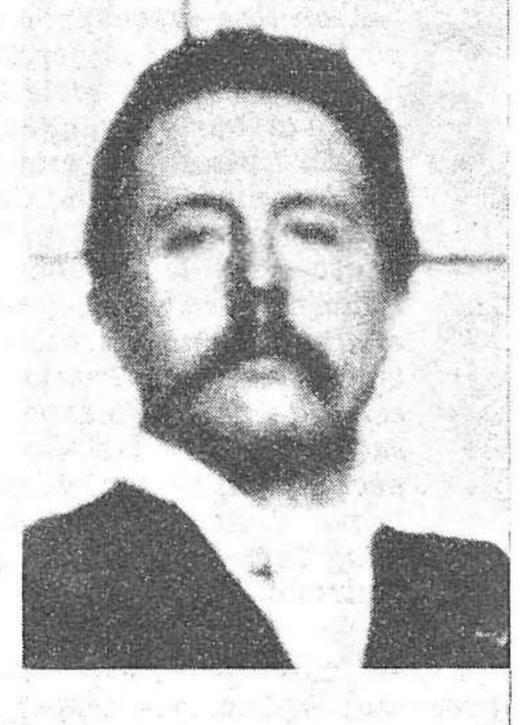
Entre un cruce de vivos comentarios, propongo:

¿Y por qué no escribimos cada cual una impresión de esta hora con Azorín?

Así ha nacido la presente «plaquette».



















«A B C», 22 de enero de 1967

No era Locuaz HABLANDO

MANUEL ALCANTARA

RA 6 de noviembre. Llovía. Llovía a mares sobre la mañana del domingo. Llovía como nunca, como siempre que ha llovido y ha escampado, y nosotros íbamos con Emilio Gascó Contell a ver al maestro Azorín, al anciano don José Martínez Ruiz. Nosotros éramos Gaspar Gómez de la Serna, Rafael de Penagos, Luis de Castresana y yo.

Yo no lo conocía más que por sus obras. Había sido para mí una pregunta en el bachillerato («¿Qué sabe de Azorín?»), un tema de conversación («Ahora va mucho al cine»), un arquetipo de escritor y un clásico vivo...

Estamos dentro de la casa. Nos abre una

doncella joven, pulcra. El perchero es antiguo, tanto que debe hacer muchos años que no se fabrican así, forrados de seda. Hay grabados franceses por las paredes. En la sala grande se han detenido los calendarios, entre las sillas doradas como retablos, y el tiempo nos mira con sus cien ojos por la celosía de los respaldos de anea barnizada. Está el cuadro de Zuloaga que tantas veces habíamos visto en reproducciones. Bajo el cielo azul—nítido, hubiera dicho él—, un Azorín ensimismado, como ajeno, con perdida mirada de sordo, sostiene un libro: Pensando en España. Sobre el campo ocre, las viñas rampantes, y al fondo, la almenada crestería del castillo.

Pasamos a la habitación contigua. Hay una chimenea apagada, y en un extremo, de espaldas al balcón, Azorín, sentado en una butaca, con las piernas dentro del miriñaque de la mesa-camilla.

Es muy viejo. Realmente es muy viejo. Está vestido de gris —como en el cuadro de Zuloaga que hay en el salón— y es como un trozo de encina. Como una yerta rama. Lleva floja la corbata, y los ojos —apenas se le notan las cejas— se hunden en las cuencas. Emilio Gascó es muy amigo y va a verlo mucho. Gracias a él hemos venido nosotros. Se pone a su lado y le habla casi al oído, pero sin gritarle. Dice nuestros nombres y don José nos va mirando y nos ofrece una mano huesuda y cierta. La mano que mejor le ha tomado el pulso al idioma desde Cervantes.

Tiene la piel clara y rosada, a trechos aparecen pecas y todo forma un conjunto muy terrícola. Sé que es absurdo, pero este hombre que ha descrito la tierra se parece a la tierra misma. Es como un retazo de lienzo de Benjamín Palencia, como un sarmiento chamuscado, como un trocito de monte bajo. Pienso que estamos delante de un sobreviviente que va a vivir siempre en la historia de la literatura.

Nunca ha sido locuaz en sus escritos y no lo es tampoco hablando. Cuando dice algo levanta el índice de la mano derecha y observo la delgadez de sus muñecas. Más que nunca parece un campesino de Monóvar al que los gratuitos arcángeles de las letras le hubieran

concedido dones únicos, capacidad única de animar lo inanimado, refiriéndolo.

Se habla del número extraordinario que *ABC* ha dedicado a Lorca. Nos mira con los ojos inciertos, desvaídos:

—No se habla en él de un gran poeta granadino; también un gran diplomático: Hurtado de Mendoza.

Se le nota, en la conversación, la coma, el punto y coma y los dos puntos. El sosiego minucioso de su prosa translúcida. Luego tiene un bache de memoria:

—He leído que ha muerto Sánchez Mejías. ¡Qué gran poema le hizo Lorca!

—No, don José. El que ha muerto es el sobrino.

Nos mira y sume la boca, como sonriendo y reconociendo. Le presentamos los libros que llevamos para que firme. Castilla mis compañeros y yo Ni si ni no.

—Por favor, ¿quiere poner la fecha?— le ruega Castresana. Se habla de don Antonio Machado, y con una memoria increíble cuenta cosas don José. Ha tenido, hasta que se la regaló al doctor Vega Díaz, la autobiografía de don Antonio, de su puño y letra.

-¿Por que no lo ha publicado, don José?
-Se metía con Francia. Vo no podía Me hu

—Se metía con Francia. Yo no podía. Me hubieran quitado la Legión de Honor...

Nos damos cuenta del hombre que tenemos delante. Llueve fuera, mientras nos damos cuenta. Pienso en los mechinales con vencejos, en la roldana chirriante, en el tejaroz... En todo lo que él ha nombrado para descubrirlo. Este anciano enjuto ha parado el tiempo y lo ha metido en los libros. Es un mago, un español irrepetible, un escritor para siempre.

Nos despedimos, con nuestros libros—sus libros—firmados. «Adiós, don José», «adiós, don José», «adiós, don José», «adiós, maestro». Llueve, y Emilio Gascó Contell se va a la calle del Pozo a comprarle dulces. «Le gustan mucho», nos dice.

litografías francesas encuadradas en marcos áureos. Sobre una consola reposaban dos candelabros.

-Este verano no ha salido usted de Madrid, ¿verdad? -preguntó Pío.

—No; no he salido—respondió el maestro—. Ramón Gómez de la Serna decia que era el propietario de la Puerta del Sol. Yo soy el heredero de Gómez de la Serna.

Y se rió con una leve risa apagada.

Es curioso. Aún vivia Baroja. Aún vivia Ramón. Aún le podía yo contar a César González-Ruano todas estas cosas. Hace dieciocho años. El tiempo. Siempre el tiempo.

Una vez, en junio de 1953, encontré a Azorin en la calle de Alcalá. Era cuando —en las mañanas buenas—se daba un breve paseo por los alrededores de su casa e iba todas las tardes al cine. Le dije que mi padre, antiguo y buen amigo suyo, que acababa de regresar de América, quería hacerle un retrato. Hacía mucho que no se habían visto. (Aquí, en la habítación donde escribo, tengo una histórica fotografía. Está hecha en 1915, cuando Ortega y Gasset fundó la revista España. Sentados alrededor de una mesa con tazas de café y flores desperdigadas aparecen, entre otros—jqué jóvenes todos, Dios mío!-, Pérez de Ayala, Ortega, Pio Baroja, Azorin; y, de pie, mi padre, Bagaría, Luis de Zulueta, Luis Bello, Gustavo Pittaluga, Fernando Marcos, el editor Ruiz Castillo...) Fuimos mi padre y yo dos mañanas a casa del maestro. Y en ese breve tiempo quedó terminado uno de los retratos—creo yo— más extraordinarios y reveladores que se han hecho de Azorín.

—Magnífico —opinó el escritor cuando vió su noble faz enjuta en el papel, lejana la mirada, apretados los labios finos, el escaso mechón de pelo gris cruzándole la ancha frente.

Ahora estamos aqui. En la habitación donde —de vez en cuando— el maestro escribe alguna carta. Donde lee siempre. Estamos con Azorín, en este 6 de noviembre. Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

El tiempo: he aquí la constante preocupación del maestro, el leit-motiv de toda esta obra serenamente angustiada. «El tiempo —escribió él— me ha preocupado siempre. Toda mi obra refleja esa preocupación de la noción del tiempo, de la corriente perdurable del tiempo, de la labor terrible del tiempo deshaciendo las cosas.» Si; este es el dolorido sentir del alto verso de Garcilaso. Azorín, como ese caballero

El TIEMPO en AQUELLA MAÑANA

RAFAEL DE PENAGOS

Fe estado en esta casa muchas veces. La primera, en 1948. Me trajo en aquella ocasión Pío Caro Baroja, el sobrino del gran novelista. Era una mañana de otoño, una mañana parecida a esta de hoy en que unos cuantos escritores amigos — Emilio, Gaspar, Luis, Manolo— hemos venido aquí en una peregrinación sentimental. Hace ahora dieciocho años de aquella mi primera visita. Empezaba yo entonces la vida de las letras y tenía, como el verso de Rubén, una sed de ilusiones infinitas.

Recuerdo la emoción con que vi entrar a Azorín en aquella salita donde nos recibió. Apareció en la puerta de la habitación y se quedó parado un momento —unos segundos nada más— mirándonos. Llevaba un traje gris e iba calzado con unas zapatillas de cuero. Todo en su persona era pulcritud y cuidado; su expresión y su figura reflejaban sereno y mudo cansancio... Pío entregó un libro de Barroja—un volumen de sus obras completas que había aparecido en aquellos días— a don José. El maestro lo hojeó brevemente con sus manos delicadas. Abrió el diálogo Azorín:

-¿Qué hace Baroja?

—Sigue escribiendo, como siempre —contestó Pío—. Y usted, don José, ¿escribe mucho?

—Desgraciadamente —replicó Azorín—, hay que seguir escribiendo mucho...

Los visillos tamizaban dulcemente la luz matinal. Resaltaban en las paredes unas bellas

Fotografía hecha en 1915 en la revista «España», fundada por Ortega y Gasset. El autor de este artículo identifica así a los reunidos: «Sentados, de izquierda a derecha: Ramón Pérez de Ayala, García Bilbao, Ortega y Gasset, Pío Baroja y Azorín; de pie: mi padre, Guixé, Bagaría, Luis de Zuleta, Luis Bello, Gustavo Pittaluga, Fernando Marcos y Ruiz Castillo.» El hueco que ven corresponde a Azorín. Reproducimos su efigie, sola, en la página 9



suyo de la mano en la mejilla, ha sentido como pocos el paso callado del tiempo sobre los hombres y sobre las cosas. Ha sorprendido la eternidad fugaz de unas nubes blancas en la lejanía, el patetismo de unos pueblecitos seculares, el dramático volumen de melancolía que va dejando el transcurrir inexorable de las horas. Día a día ha ido anotando, con su tersa escritura que acaso tiene la más depurada sencillez que se ha dado en nuestra literatura, el perfil tremendo de esta tragedia sin consuelo. Pero a diferencia de Unamuno, por ejemplo, no asoma el estertor o la imprecación en su grafía. Siguiendo el consejo de Séneca de que hay que tener mesura hasta en el dolor, Azorín, poniéndose la mano-bien apretada— sobre el pecho, ha dotado de unos acordes sobrios y pudorosos a su cenicienta elegía. Sin gritos, sin desgarrados ni sobrecogedores patetismos pasa el tiempo por estas límpidas páginas egregias. Como esas nubes siempre iguales y siempre distintas van y vienen los días en el aire motivo de sus palabras. Y estas palabras, tan sobrias, tan esbeltas, tan puras, han acertado a expresar como pocas esta herida metafísica de lo temporal. Son tiempo ellas mismas. Del tiempo vienen y al tiempo van.

Ya no volverá, querido don José, este 6 de noviembre de este año de 1966 en que unos cuantos escritores amigos hemos venido a visitarle. Qué alegría estar aquí con usted, en su casa, entre sus muebles, sus objetos, sus libros familiares. Por este tiempo suyo—tan precioso— que usted nos ha dedicado hoy, por el que, con igual generosidad, me ha dedicado usted tantas veces, gracias, don José.

Y digaselo usted a Azorin.

España Vividera sobre el Tiempo

GASPAR GOMEZ DE LA SERNA

or diversas circunstancias, el 6 de noviembre de 1966 todavía no conocía yo personalmente a don José Martínez Ruiz; había cambiado correspondencia con él, pero nunca antes tuve la oportunidad de verle y hablarle cara cara. El había sido para mí, no hay que decirlo, uno de los grandes mitos literarios de mi mocedad; precisamente encarnaba Azorín ese mito de la literatura de andar y ver España que, con el tiempo, iba a consumir no pocas de mis más ardientes y cavilosas horas de escritor.

Pues cuando yo empezaba a escribir, España

era todavia *la España de Azorin*. Su pobre cuerpo recién desgarrado por la guerra aún tenía, exangüe como estaba, esa cérea color de la muerte que trasparentaba la diapositiva azoriniana de los principios de siglo. Su imagen era todavía la de aquella España colocada por la mano del maestro en una atmósfera traslúcida, fina, crítica, hipersensible; detenida en el cristal del aire como en un tubo de ensayo suspendido en un ámbito intemporal, fuera de la Historia. Sí; y, sin embargo, de toda esa parálisis estética, subrayada magistralmente por el estilo punteado, el párrafo corto, la imagen sobria o el vocablo arcaizante, un secreto dinamismo interior manaba de aquella estampa estática de España; era como una fuente de energía moral, como un inquieto y doloroso río de palabras que ponía en marcha la máquina rebelde de mi corazón de

veinte años. Una disconformidad radical iba fermentando así, al abrir uno los ojos, ante aquella triste España heredada que, disimulada por la mentira, se iluminaba de pronto con la heridora luz patética que brotaba, o rebotaba como de un espejo, de las páginas del maestro Azorín. Fuente del mismo descontento con que otra voz de aquel tiempo, no menos egregia y aún más próxima, despertó a la juventud de mi generación arrojándola a recorrer los dramáticos caminos abiertos por la pólvora, por ver si en ellos se hallaba al fin, a la desesperada, el nervio perdido, la voluntad de ser de una España posible más vividera que aquella que la literatura azoriniana nos ofrecía como amargo pasto del alma. Así, de la España de Azorín, «compuesta —como decía Ortega— de cosas rendidas que se inclinan hacia la muerte», salía el aprendiz de escritor movilizado como un combatiente a buscar en el silencio de los lugares olvidados, bajo los escombros y los restos de las viejas casas provincianas, en las salas cerradas y polvorientas, en las callejas sin nadie de aquellos pueblecitos de Castilla sorprendidos en su dolorido sentir por el caballero levantino; salía uno a buscar dónde estaban, dónde, si las había, aquellas otras cosas erguidas que podían empujar a España hacia la vida.

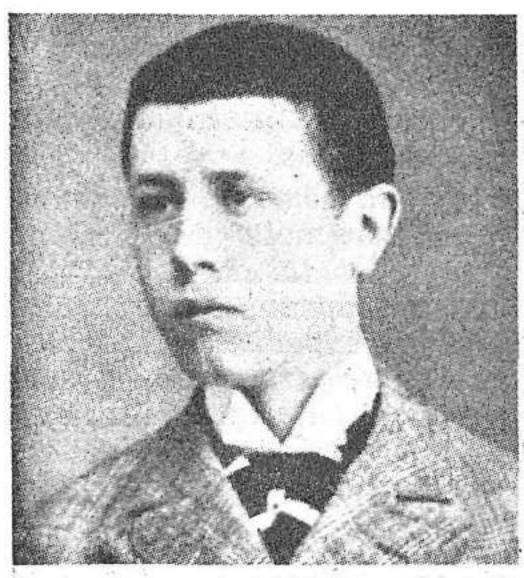
Al fin, el 6 de noviembre de 1966 conoci personalmente a Azorin, cuando ya llevaba dejados más de veinte años de mi vocación de escritor por los caminos de España, buscándole el pulso del tiempo y la huella valedera o penosa del pasado, para anotar también gozosamente cómo ella va poco a poco levantando, con esfuerzo y alegria, una nueva y más dinámica armadura del vivir: cómo va siendo, cada día, una España diferente.

Llevé en mi visita—santo y seña de una guardia antigua— su libro Castilla; para que me lo firmara. Era la edición príncipe: un librito de 1912 que había pertenecido a mi padre. El viejo escritor lo reconoció en el acto:

—Mandé hacer el papel especialmente para esa edición—, me dijo.

Luego, con su mano larga y seca, vacilante, casi centenaria, escribió la afectuosa dedicatoria. Olvidaba poner la fecha, sobre aquel libro ya intemporal.

—Seis de noviembre de 1966, don José. La añadió; me devolvió el libro y seguimos





















«Revista», 30 de julio de 1953

hablando. Nos mostraba sus lecturas de hoy: viejos volúmenes franceses que sin duda reavivaban los apagados fervores de su juventud: Montaigne, Vigny, La Bruyére, Du Bellay... Algunos eran ya joyas bibliográficas, de letra diminuta que Azorín lee sin lentes. Recordé un texto suyo: «Cuando nos acercamos al ocaso de la vida y vamos —dolorosamente viendo las cosas en sí, y no en sus representaciones, estas lecturas de los clásicos parece que son a manera de un oasis grato en nuestro vivir.»

Pero el diálogo con él es difícil, porque apenas oye y la emoción de verle es más intensa que la fuerza de las palabras. Yo pensaba cuánto habían enriquecido mi espíritu libros como éste que ahora tenía en mis manos con su dedicatoria: Castilla. Pensaba en Los pueblos, en La ruta de don Quijote, en España, en Lecturas españolas, o Un pueblecito, o Antonio Azorín, o Al margen de los clásicos, y registraba, trasparentado en mi modesta experiencia personal, lo que cuesta y lo que ahonda en el alma un pensamiento verdadero, una observación alegre, un reparo doloroso que se hace en vivo sobre la tierra misma que sustenta nuestra vida. Pensé que Azorín había consumido toda la suya como una llama de inteligencia y de sensibilidad encendida por el amor de su patria; y que esa llama había alimentado el fuego de los que vinimos después y seguirá prendiendo en el corazón de los españoles, mientras España exista.

Miré a Azorín: a este escritor grande y viejo que vive sólo con su mujer, sin hijos, en esta casa de enormes y silenciosas, solitarias habitaciones de la calle de Zorrilla. Le miré al rostro surcado por la edad, la anciana frente cansada, los ojos vivos aún tras el velo neblinoso del tiempo, y una oleada de depurara emoción española, de gratitud filial me subió desde lo más hondo del ánima.

La visita tocaba a su fin. No hacía falta hablar más; no podíamos ocupar más tiempo de este hombre que está fuera del tiempo. Mientras salíamos, atravesando en silencio las vastas estancias sumidas en un aire inexorablemente limpio y estático, sin horas, me asaltaron la memoria los últimos versos de un soneto de Du Bellay, que Azorín acaso quedaba repasando en aquella mañana de noviembre:

«De la postérité je n'ai plus de souci, «Cette divine ardeur, je ne l'ai plus aussi, «Et les Muses, de moi, comme étranges, s'en-[fuient.

Azorín, Baroja, Maeztu EL MANIFIESTO

DE LOS TRES

ANTONINO FERNANDEZ VILLAVERDE

quietudes literarias, como un indestructible hito de permanentes idealismos, generación del 98.

Se han sucedido con harta frecuencia los más vastos y variados ensayos sobre aquélla época en la que destacaron imperiosamente, con fuerza extraordinaria y veraces aciertos de interpretación histórica, las figuras excelsas más representativas del sentimiento español quijotesco y concluyente.

Aquella llamada generación del 98 figura en nuestras antologias literarias y no hay inquietud histórica ni orientación literaria renovadora que no observe sentidamente lo que en aquella época ocurrió y lo que sus hombres más representativos dejaron escrito para lección de los indiferentes y de los que, diciendo que aman a España, sólo ambicionan su estricto medrar en la cucaña del destino.

Cuando se ha tratado de calificar las posiciones de cada uno de aquellos españoles que vivian la historia de su patria atenazados por amplisima meditación de incertidumbre y de protesta por tanta indiferencia como existía, siempre se ha expresado la europeización de España como fórmula integra para zaherir sentimientos y corromper situaciones claramente definidas.

RENOVACION ESPIRITUAL DE ESPAÑA

Pero ahora, cuando han pasado los años y tantas desventuras y enseñanzas han llamado a nuestros corazones y a nuestra conciencia,

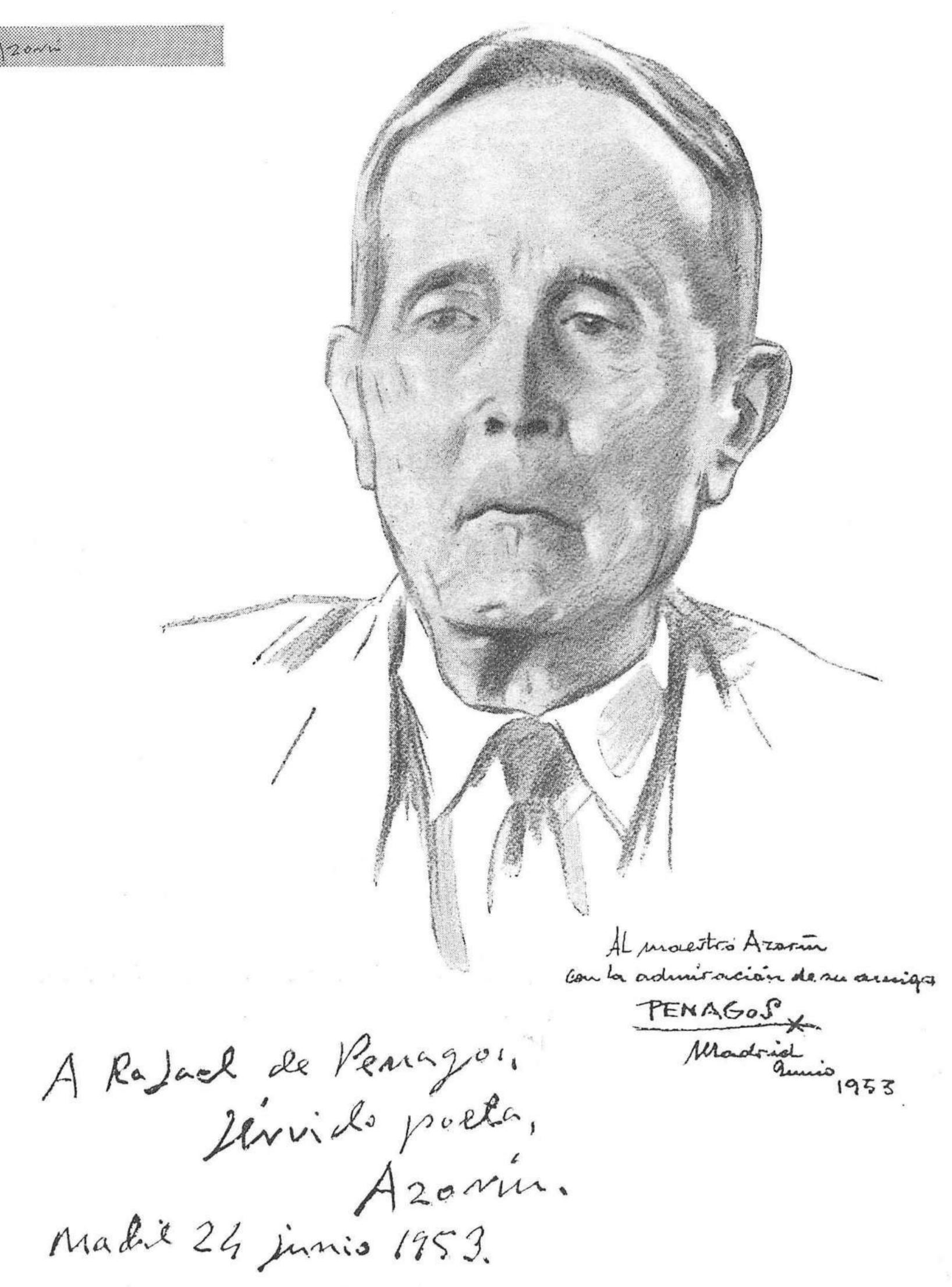
comprendemos perfectamente cómo aquellos ONSTANTEMENTE aflora a nuestras in- luchadores por la grandeza de su patria, eran auténticos Quijotes de la verdad soñada, porque soñadores eran sus sentimientos e ideas y como ensueños indefinidos barajaban sus inquietudes con la esperanza de renovar el espiritu de una patria agonizante.

172000

Azorin dice «que aquella época del 98 era hondamente lírica». Sus hombres quedaban señalados por sus ensueños. Unamuno decia que «sueña para sobrevivir, para vivir más según la esperanza». Machado soñaba por los campos de Soria y Valle-Inclán relata aventuras sin fin como fijando la estela de los ensueños en su afán de protagonista de inquietas esperanzas.

Llevados por ese afán renovador que ha de salpicar de incertidumbre a los espiritus timoratos, van nuestros excelsos protagonistas de la generación iluminada trazando meticulosamente y sin reposo caminos de esperanza para los españoles que quieran servir a sus propias inquietudes y que deseen mantener la permanencia histórica de nuestra posición en el mundo del pensamiento y por ello, de la Historia fecunda y luminosa para no caer en la rutina y servir de «ejemplo» a los que nos miraban despreciativamente.

Corre el año 1901. Cuando Madrid es una infinita tertulia de aspirantes a la victoria y al triunfo, llegan a su entraña los hechos ocurridos: el 98 ha sido un año lóbrego, definido por Silverio Lanza en un artículo titulado «El año triste». Hay un derrumbe histórico. Existe un aire de pobreza. Sube el pan. Tiemblan los Gobiernos. Se estrenan zarzuelas de Arniches y Luceño. El «Maine» navega por aguas antillanas y mientras agonizan los escasos valores pejos, ensoñados, ve la frágil verdad de las espirituales afanosos por despertar del letargo



Este es el retrato hecho por Rafael de Penagos a Azorín; Rafael de Penagos (hijo) hace referencia a él en su artículo de la página 7

a la España encogida, unos hombres, con altivez y decisión apabullan los escarceos de los rutinarios hombres que sólo tratan de reajustar conceptos que ya están muertos por ineficaces. Una nueva voz se eleva y con ella se define la generación del 98.

Azorin publica articulos vibrantes en los que expresa su disconformidad con tal estado de cosas. Protestan Baroja y Maeztu y Unamuno, con agudas palabras fustigan los vergonzosos hechos y vapulean sin cesar una politica y una situación de catástrofe.

UN MANIFIESTO

Un dia, aparece el que muchos han llamado «el manifiesto de los tres». En él han intervenido Baroja, Azorin y Maeztu.

En dicho escrito van quedando diestramente fijados conceptos que hasta entonces apenas habían surgido a la luz del análisis colectivo.

«Hay en la atmósfera moral de este período en que vivimos —decía el manifiesto — un fermento tan enérgico de descomposición, que dogmas, utopias, fórmulas metafísicas, todo lo que no tiene una base positiva y exacta, aunque nazca lozano y fuerte, lo digiere el ambiente con una rapidez inverosimil.»

Las palabras que aquel escrito contenia fueron como fuertes aldabonazos en la conciencia inerte de un pueblo sin pulso y sin aventura.

Los tres hombres que lo firman, Baroja, Azo-

rín y Maeztu, colocan la situación española en la encrucijada del ser o no ser. Llaman a la juventud española con el deseo de canalizar sus posibilidades y conscientes de que existe una auténtica reserva de hombres jóvenes con nuevas ideas, pero carentes de orientación.

Baroja, ese capitán de aventuras sencillo, justiciero, pletórico de un barroquismo rudo y atosigador, envuelve su quehacer con la crudeza de sus desplantes y la sinceridad de sus ideas. Pasea calle Alcalá arriba, en las horas de la tarde, acompañado, a veces, por Azorin. Van rumiando proyectos y esperanzas y en sus conversaciones asoman nuevos personajes para sus novelas. Baroja lleva dentro de si el fuerte impacto de una raza viril y sus protagonistas son seres humanos que viven la aventura febril y se entremezclan con el pueblo llano para conocer mejor la dureza de la vida y la inquietud de su propia aventura teñida de miseria y desesperación.

UN PARAGUAS ROJO

Azorin es el claro exponente de la virtud que se solaza con una oportuna visión de cuanto le rodea. Pondera la realidad y es por realismo de una subjetiva actitud el representante de la luminosidad de los «pueblos de España». Se asoma a los cafés madrileños y en sus espejos, ensoñados, ve la frágil verdad de las cosas sencillas y lejanas. Desea aclarar cuanto ve por los caminos de España como un autentico provinciano que desea observar y aprender.

Es como él mismo dice «un pequeño filósofo». Se siente dueño de si mismo y acierta a intuir que las cosas de España difieren de su sentir. Busca ávidamente la fina estilística de la justicia y para su aventura literaria se apoya en la estricta realidad de los hechos.

Abrió a tiempo su paraguas rojo y con él desvirtuó la absurda posición de los que guardan jaun! el complejo ridiculo de su abyecta chabacanería por no dar un paso hacia la verdad.

Azorin ha establecido en su actitud la certeza del tiempo que nos acecha. Eleva hacia su genial creación la estela luminosa de las noches castellanas y hacia las estrellas rutilantes vuelca su afán de eternidad. Es austero. Callado. Veraz. Siempre vuelve a su camino y por él, con aire de «pequeño filósofo» define en sencilla magnitud, su ideal sincero, confundiendo con dolor las locuras de su país, lleno de amargos destellos y contemplando en su soledad los yertos páramos de Castilla que siempre han gestado la validez de las sacudidas legendarias en una historia de heroicidades y sacrificios.

Maeztu aparece como un hombre de acción, contradictorio, rebelde, serio. Aunque permanece en el idilio de la bohemia, presiente y siente un destino de agradable posición económica para mejor luchar. Administra bien su cultura y por donde va, discute las posibilidades de su eficaz tradición como hombre que se considera independiente de tirios y troyanos para ennoblecer el cálido sentido del romanticismo literario y la eficacia de su matización.

Del vasto susurro que ahincadamente ha ido perforando la costra de las estúpidas terquedades, el perfil humano de la generación del 98 marcó, quizá impensadamente, un nuevo alborear para la cultura de España y elevar al mismo tiempo a las cumbres de la grandeza, un nuevo estilo de ser, aunando las divergencias de aquella nueva generación con las que posteriormente han llegado.

VITALIDAD DE LA PATRIA

No podemos por menos de considerar como eficaz la autodeterminación de unos valores del espíritu, cuando tienden a la rebeldía por considerar destrozada la vitalidad de la patria.

Si unos escritores vinculados a ese 1898 por razón de su propia existencia, se esforzaron por crear un nuevo sentido de permanencia, encadenando el triste pasado con la prometedora renovación de los valores existentes, podemos enorgullecernos de que hayan sido esos valores espirituales los que han traído al cuerpo dolorido de la patria la tranquilidad de que, sin dejarse vencer, hay siempre una coyuntura feliz sobre la que actuar para conseguir una transformación de lo caduco y proyectar así sobre la patria una fuerza capaz de hacerla fuerte y capaz.

Cuando en aquel año de 1901, Azorin, Baroja y Maeztu lanzaban a la generación juvenil de España su escrito, lo que hacían era descubrir el cuerpo mutilado y llagado de una nación decrépita para que así su actitud fuese comprendida y surgiera la lucha por su renovación espiritual.

No podemos ignorar que sólo el pasado nos enseña cómo ha de ser el futuro en función de lo que otros nos expresen con el bagaje de su cultura y su apasionamiento por la verdad y la justicia.

Ante este hecho real, la certidumbre de un gesto humano, profundamente esclarecedor de nebulosas y utopias, nos atrae profundamente, y admirando la virtud de los demás podremos engrandecer el ritmo de nuestra propia existencia.

La interpretación de España ensoñada en las vidas de esos hombres, significa valorar su existencia como nación creadora y forjadora de valores espirituales capaces de señalar un camino a las futuras generaciones. En sí, representa un hecho histórico, afecto a la creación literaria, pero metafisicamente adscrito al ser de un pueblo capaz de transformar la indiferencia por el valor excelso de su acción positiva ante el devenir del proceso histórico. The same of the

Los UNICOS VERSOS que AZORIN ESCRIBIO

JOSE ALFONSO

En el magnifico libro Conversaciones con Azorin, de Jorge Campos, dice el maestro evocando sus tiempos muchachiles de Monóvar:

«En la vecindad vive una niña llamada la Pastoreta, la Pastoreita; su apellido debía de ser Pastor. Esa niña, inteligente, cariñosa, viene a mi casa... A la Pastoreita la vi varias veces en diferentes años. Se trasladó mi familia a la segunda casa, en lo alto del pueblo, y no hubo ocasiones de que la viera más; se fué perdiendo entre las brumas del tiempo que se iba acumulando.»

Aquella Pastorcita, andando los años, fué la respetable dama doña Luisa Pina, casada con el hombre de negocios don José Sempere, ambos fallecidos ya. Marchó al otro mundo con la gloria rara de haber sido un día Musa de Azorín. Y sobre todo, de haber inspirado al maestro los únicos versos que ha escrito en su vida.

Llevo publicados unos dos centenares de artículos sobre Azorín. Y en más de doscientas charlas literarias, que habré pronunciado, por lo menos en treinta, he disertado acerca del maestro. Por otra parte, soy autor de un extenso ensayo titulado Azorín, que dio a luz el año 31 en Valencia, Marín Civera, en la colección «Cuadernos de Cultura». Y de dos libros: Azorin, intimo, publicado en La Nave, de Madrid, y Azorin. En torno a su vida y a su obra, que lanzó la Editorial Aedos, de Barcelona. Por si esto era poco, la Radiodifusión y Televisión francesa, como otras emisoras españolas, han dado trabajos míos hablando de mi paisano egregio. En la temática de Azorín me hallo ya exprimido como un limón. No obstante, siempre queda alguna rebañadura, como lo que voy a decir, que tiene interés y originalidad. Se trata de una faceta inédita de Azorín, la de rimador romántico. Ya saben los lectores que Azorín y Gabriel Miró, son en el fondo unos líricos, unos poetas. Pero ninguno de ambos ha escrito un verso jamás. Han sido poetas en prosa. Los versos que voy a airear ante ustedes, quizá sean los únicos que habrá escrito Azorín. Porque yo -que lo he escudriñado todo en torno al maestro— no tengo idea de que haya rimado otra cosa. Y vamos al bovino, variando un poco el término popular.

Años finiseculares en Monóvar. El joven Martínez Ruiz, a pesar de sus ideas de entonces, muy avanzadas, no se libró tampoco del sarampión musical y sentimental del Parnaso. ¿Quién fué la Musa del lejano y adolescente Pepe Martínez? ¡La Partorcita, doña Luisa Pina, después! La familia del escritor—de la que mi padre era el «médico de cabecera» tenía su domicilio en una casa de tres plantas —donde nació el maestro, y en la que hay una lápida de mármol que recuerda la gloriosa efemérides—, sita en la antigua calle de la Prisión, luego de San Andrés, y denominada calle de Azorín, en la actualidad. En la misma rúa habitaba la Pastoreta, una mocita muy juncal. Y al estudiante Pepe Martínez debió de impresionarle mucho. La nostalgia de no verla en algún tiempo —como él dice, por trasladarse de casa la familia del escritor—y la pasión que sentía por ella, cristalizaron en estos versos románticos de traza esproncediana, que envió a su adorado tormento:

¡Mora mía, mora mía,
flor galana del jardín de mi ilusión!
¡Dulce encanto de mi vida,
luz querida
de mi ardiente corazón!
Yo te quiero más que el ave

más que el alma dolorida el recuerdo de su bien: más que el náufrago a la nave, más que el árbol a la brisa. ¡Yo te quiero más, Luisa, que un árabe a su harén!

Doña Luisa Pina guardaba estos versos como una joya. Al morir, han ido a parar a su sobrina doña Angelina Sempere, residente en Valencia. En viaje reciente a Monóvar, estuvo de visita en casa.

—A tí, biógrafo de Azorín —me dijo— te voy a mostrar una cosa muy interesante de don José, que desconoces.

Y tuvo la amabilidad de mostrarme los «versitos» para que los copiase. De haberlo hecho con anterioridad, los hubiera dado a conocer en cualquier libro mío sobre el maestro. ¡Pero nunca es tarde...! Esta rara golosina literaria

de los versos románticos de Azorín, me ha tentado ahora para darlos a conocer con «espoleta retardada». Es algo simpático e intrascendente. Tal vez sonría el maestro, si se entera de su publicidad, y perdone mi indiscreción. Tengo suficiente confianza con «don José» para permitirme esta bromita. ¡Lo que reirá su buena esposa, la querida doña Julia, si lee los lejanos versitos!

Doña Angelina, en otra visita en casa del abogado monovero don Amador Hurtado —en cuya finca «Garrincho» escribió Chapí Margarita la Tornera, dicho sea entre paréntesis—en la que se hallaban don Amancio y doña Amparo, hermanos de Azorín, leyó también la «poesía romántica». Según me dijo doña Angelina, don Amancio la comentó así:

—Con toda seguridad. Cuando la escribió Pepe, tendría doce o trece años. Porque una cosa tan cursi no podría escribirla más que en esa edad tan temprana.

Doña Luisa Pina (la Pastoreta), que inspiró en el siglo anterior, la acaramelada y «musulmana» composición del maestro, cuando todavía era un discípulo, debió ser el primer flechazo de Cupido recibido por el autor de La voluntad. Otro flechazo posterior correría a cargo de otra «musulmana», una morenita llamada Etelvina, hija de un registrador de la propiedad, de la que hablo en mi libro Azorín, intimo. Hitos balbucientes—valga la expresión— que rematarían en la hermosa y bondadosa doña Julia—cónyuge del escritor—, distinguida dama aragonesa con la que el maestro se vincularía espiritualmente a la tierra de su admirado Gracián.

Lámina II del libro de José Alfonso, de 1958. Doña Luisa Ruiz Martínez, madre de Azorín. Don Isidro Martínez Soriano, padre de Azorín. La primera carta de Azorín, escrita a sus padres cuando tenía ocho años de edad



! Mama: mucho

quiere al árbol donde anida:

Madrid, 11 de marzo de 1967

Dos problemas de abulia:

«LA VOLUNTAD» Y «TINIEBLAS EN LAS CUMBRES»

MARIA EMBEITA

A ciudad provinciana donde tiene lugar la ac-ción, casi inexistente de *La voluntad*, posee la cualidad irreal de los sueños. Las largas campanadas de la catedral tiemblan en el espacio. El tic tac de los viejos relojes de caja, largos y estrechos como féretros, repercuten en las salas vacías. Los vetustos caserones de piedra cerrados herméticamente semejan deshabitados. Una vieja enlutada de aspecto fatídico se inmoviliza en el quicio de una puerta; alguna mujer atisba tras las cortinas la plaza desierta. Las pisadas del único viandante resuenan misteriosamente en el pavimento. El ladrido de los perros rompe a intervalos el hondo silencio. Los seres, las cosas, los ruidos, las palabras, se disuelven en el aire transparente. Nada pasa y, sin embargo, hay una atmósfera dolorosa, tensa, palpitante de presagios. ¿Cuál es esta ciudad? ¿Dónde se halla? ¿Es sólo la proyección del estado anímico del personaje? ¿Existe únicamente en la subjetividad angustiosa de Antonio Azorín, que divaga ante el fluir inexorable del tiempo?

LA HERIDA DEL TIEMPO

Porque toda la novela, sin trama exterior, sin acción externa, con capítulos que se superponen unos a otros, sin estructura formal, es esto: el divagar filosófico del personaje ante la herida del tiempo. Su círculo de amigos, el clérigo místico Puche, el arqueólogo padre Lasalde, el mismo Yuste,



son sólo pretextos para que el autor exponga sus inquietantes lucubraciones.

En La voluntad no hay diálogo. La novela es realmente un prolongado monólogo, una disquisición filosófica en la que el autor intenta responder a sus propias preocupaciones metafísicas. La misma Justina, la novia lirica del personaje central, no tiene realidad concreta; aparece desmaterializada, exenta de rasgos humanos, como una sombra luminosa. No habla nunca. La conversación que los novios sostienen mientras recorren las estaciones del Jueves Santo, en vísperas de entrar la muchacha al convento, no se transcribe. Ya ha apuntado la crítica que La voluntal gira en torno a la angustia del tiempo. El tiempo es dolor para Azorín, como es dolor el conocimiento, la conciencia del ser que se siente vivir; sentirse vivir es sentirse avanzar, irremediablemente, hacia la nada. Cada uno de los instantes que se desgranan futilmente en la ciudad estática y triste nos lleva al final inevitable. No es posible escaparse al tiempo; no es posible escaparse a las interrogaciones inquietantes que el hombre ha formulado por milenios. ¿Quién soy? ¿Qué sentido tiene mi existencia? ¿Qué secreto destino pesa sobre nosotros, los humanos?

La desolación indescriptible que flota en el ambiente de la obra emerge de la obsesión acuciante del personaje con su destino temporal. El microcosmos artístico que describe es la proyección de una sensibilidad dolorida, donde las cosas reales son visiones flotantes, extrañas y familiares a la vez; donde todo parece existir sin causa, en su insólita presencia encadenado a un pasado y un futuro incomprensibles. Las sensaciones de una existencia física parecen pervivir así decantadas. intensificadas y, al mismo tiempo, desconectadas de realidad en un mundo torturado. El tiempo parece no existir y, sin embargo, avanza misterioso, implacable, fantasmal, destruyéndonos inexorablemente. El drama de Antonio Azorín, es el drama íntimo y filosófico de sentir el tiempo: «¿Habrá sensación más trágica que aquella de quien sienta el tiempo?», se pregunta el personaje.

Comenta el crítico César Barja: «Terrible es esta emoción, esta tragedia del tiempo en Azorín; ella es el más constante leit-motiv de su obra literaria. Ni el reposo, ni la serenidad, ni el éxito, ni el tanto de humor, ni el cuanto de optimismo que ha ido adquiriendo a través de los años, han borrado de su espíritu esta delicada y triste emoción de la tragedia del tiempo.»

Es la tragedia del tiempo que revela lo absurdo de la existencia, ante la cual el espíritu humano se paraliza.

Esta vida es una cosa absurda. Me canso, dejo la pluma, torno a mis reflexiones..., hay momentos en que quiero rebelarme, en que quiero salir de este estupor y no puedo, ¡no puedo!

La voluntad es la novela de la abulia y el fracaso humano ante la eternidad.

DE ANTONIO AZORIN A DIAZ DE GUZMAN

El personaje de *Tinieblas en las cumbres*, Alberto Díaz de Guzmán es como Antonio Azorín, el intelectual pesimista, sin volición. La novela de Pérez de Ayala presenta, como la de José Martínez Ruiz, el problema de la abulia.

Si Antonio Azorín aparece en el marco de una ciudad fantasmal, rodeado de amigos que son enteliquias filosóficas, Díaz de Guzmán vive en el ambiente duro y agrio de una ciudad provinciana trazada con realismo demoledor. La ciudad y el paisaje pueden identificarse por su fuerza de caracterización, con Oviedo. El diálogo que se esfuma en La voluntad está trazado con agilidad y energía en Tinieblas. Los tipos estilizados, espirituales que rodean a Azorín se han convertido en la obra de Ayala en un grupo de amigotes, señoritos haraga-

nes de pueblo, en torno al protagonista. Son los Jiménez, los Cerdá, etc., acompañados de sus respectivas prostitutas.

Hay en *Tinieblas en las cumbres* un elemento que la crítica literaria ha calificado de humor, y que sería más exacto definirlo de sadismo. Tomemos por ejemplo el episodio que tiene lugar en el tren entre los jóvenes.

Existen infames cocineras que bastardean la acendrada composición de las tortillas, introduciendo ingrata cebolla. Este acto a Jiménez le parecía intolerable y odioso. Así le había advertido a Cerdá en plurales ocasiones. Jiménez olfateó repetidas veces un trozo de tortilla que aprisionaba entre sus dedos y clavando una mirada torva en Cerdá, dijo:

«Me parece que tiene cebolla, me parece que tiene cebolla»—repetía amenazador—, e hincó el diente con admirable sangre fría resuelto a afrontar la espantosa prueba. Introducir en la boca y arrojar el pedazo con pruebas patentes de horrible repugnancia todo fué uno. Se puso hecho un basilisco, colmó a Cerdá de denuestos, todo ello con exageraciones de cólera bufa y haciendo además de arrojar la malhadada tortilla por la ventanilla; se las arregló de suerte que con su nerviosidad perdió el tino, o hizo que lo perdía, y el abundante pedazo fué a parar en el orondo carrillo de la Paya, produciendo un chasquido sonoro semejante al de un bofetón.»

«El inesperado acontecimiento produjo una trapatiesta de dos mil diablos, las risas ahogadas, los amargos lamentos de la Paya.»

Se trata de una broma cruel a expensas de la Paya, una desgraciada a quien el autor describe anteriormente con rasgos subhumanos. (Este aspecto desgarrado y brutal de Ayala ha hecho a la crítica relacionarlo con la novela picaresca.)

JUSTINA Y ROSINA

El amor de Azorín, el personaje femenino más importante en La voluntad, es Justina, en vísperas de profesar. Tal papel lo asume en Tinieblas en las cumbres, la prostituta Rosina, que no pasa de ser un clisé literario, un guiñol que el autor maneja mecánicamente para las necesidades de la trama novelesca. La humanidad de Rosina no llega a convencernos; es la prostituta sentimentalizada e idealizada, el «ángel caído» que conserva su pureza en el lodo. No pasa de ser, sin embargo, un paradigma de vulgaridad, con el lugar común de su historia de chica guapa y pobre, perseguida por el apetito masculino, y seducida por la rasa sensualidad de un Hércules de circo. Rosina es la prostituta que inicia su triste oficio «con una emoción muy semejante a la que le embargara el día de su primera comunión». (Vemos aquí la nota sacrilega modernista.)

Pérez de Ayala trata en Tinieblas en las cumbres el tema del burdel sentimental y románticamente, a diferencia de Dickens, Tolstoi, Dostoyeswsky y aun el mismo Baroja: autor para quienes el burdel es la destrucción moral y física, el embotamiento de la conciencia y la sensibilidad ética y el aniquilamiento del alma. La preocupación ética, que la nueva crítica halla en la novela picaresca, está ausente de la obra de Ayala. (Es Baroja el que recoge la tradición ética-ascética de la novela picaresca.)

La novela de Ayala que estudiamos no plantea un problema de orden moral, sino filosófico y estético. ¿Puede justificar el arte la existencia? Díaz de Guzmán, como artista cree que sí, y se halla obsesionado por la forma y expresión de la creación artística; de aquí su angustia ante la impotencia de su voluntad de hallarla.

Tinieblas en las cumbres es como La voluntad, la novela del frasco y de la abulia; pero mientras la de Azorín se construye en torno a un problema filosófico trascendental, la de Ayala plantea el problema de la impotencia artística.

Azorin

El cante jondo - venga de clon. de venga- es una emanación de la nelan. Colia hypana. Penjamos en los monjes de Zwborán jen & Diruso de la ven dad, chel nicela sentlano. Toch kcalu j toch secomelina, ternalmente. It oze la vor cel truche que Canta.

portine a del 1963.

Autógrafo e Inédito

cante de Andalucia. Azorin no se precipitó en sentenciar sobre lo andaluz, como hiciera Ortega y Gasset; se limitó a denunciar la tragedia de un pueblo oprimido, abandonado a la desventura, con hombres «entristecidos» y filósofos talabarteros, tal como lo respiró y palpó por zaguanes y viñedos; ni lo satirizó como Baroja, quien ironiza al cante en su poema «Café cantante» —insertado en el libro Canciones del suburbio, del que transcribimos una significativa estrofa:

Se eleva una queja extraña en el aire, como un pájaro, y cae después como cae un ave con un balazo; vuelve a subir nuevamente, otra vez, por lo más alto, y tan pronto es una queja de teológico arrebato, que llega casi a tener la emoción de lo sagrado, como parece una broma o un comentario zafio.

Aún la prosa de Azorin no habia tenido para el flamenco ni una línea, creyéndolo teológico, ni una frase para denominarlo pasatiempo inculto, como Pío Baroja en sus octasílabos repletos de contraposiciones. Azorín, empero, supo siempre que el cante andaluz posee, es, vitalísima sustancia filosófica

y la expresión musical e intrinseca de un pueblo que él conoció sufrido y trágico, mas paridor de hombres, cual Séneca o Falla, Valera o Vázquez Díaz, merecedores del pan de España.

Y al cabo de sus días, Azorín escribe postrimeramente, para explicar y definir con su prosa justa, cabalísima, con la entelerida caligrafía de su tembloroso pulso, como corresponde al temblor del cante, a la vejez salvada del cante jondo, lo que en su sensibilidad dejó de poso la copla, la anciana copla de Triana, de Jerez, de Lebrija, de los bajoandaluces puertos:

«El cante jondo —venga de donde venga-es una emanación de la melancolía hispana. Pensamos en los monjes de Zurbarán y en el Discurso de la verdad, del asceta sevillano. Todo acaba y todo se comienza, eternalmente. Se oye la voz del hombre que canta.»

Finalizando 1963, Juan de la Plata, fundador y director de la cátedra de Flamencología del Ateneo de Jerez, recibió gozosamente el autógrafo azoriniano con destino al Museo Nacional del Flamenco. Aquellas 45 palabras tenían un hondo significado: el tiempo y Azorín, o Azorín y el tiempo, confirmaban los valores espirituales y humanos del folclore andaluz, de las teorías de Federico Garcia Lorca, de los cantares de Manuel Machado, de los quejíos de Manuel Torre, y el esfuerzo revalorizador de los nuevos poetas y escritores andaluces.

Por ello, hoy, 3 de marzo de 1967, er dia señalao en que su cuerpo se siembra, quiero dejar escrita, en nombre de todos los flamencos, nuestra gratitud a Azorín por habernos reconocido, por haber oído «la voz del hombre que canta». Nada mejor para hacerlo que una copla; una soleá triste, mínima, dramática; un cante jondísimo de aquel que se llamó tío José de Paula, que también murió muy viejo, muy consumido de tanto vivir y sentir la vida, y que hasta físicamente se parecía a Azorín:

> Me estoy quemando en llamitas vivas y al paso que ando.

AZORIN y el CANTE JONDO

MANUEL RIOS RUIZ

L autor de La Andalucía trágica tuvo, en las postrimerías de su vida, un lúcido comentario para el cante jondo, tal como correspondía a su claro ver y sentir España, su andada, su amada tierra de los contrastes geográficos, sociales y folclóricos. Aquellas preguntas que se hiciera en 1905 —«¿Qué hay en este paisaje, que os invita a soñar un momento y trae a vuestro espíritu un encanto y una sugestión honda? ¿Es este hálito profundo de sosiego que en este punto respiramos?»— obtuvieron contestación con el tiempo, con el decantamiento, porque Azorin conforme iba muriéndose, apagándose como el pabilo de una palmatoria, mejor y más iba viviendo, reviviendo, lo Vivido.

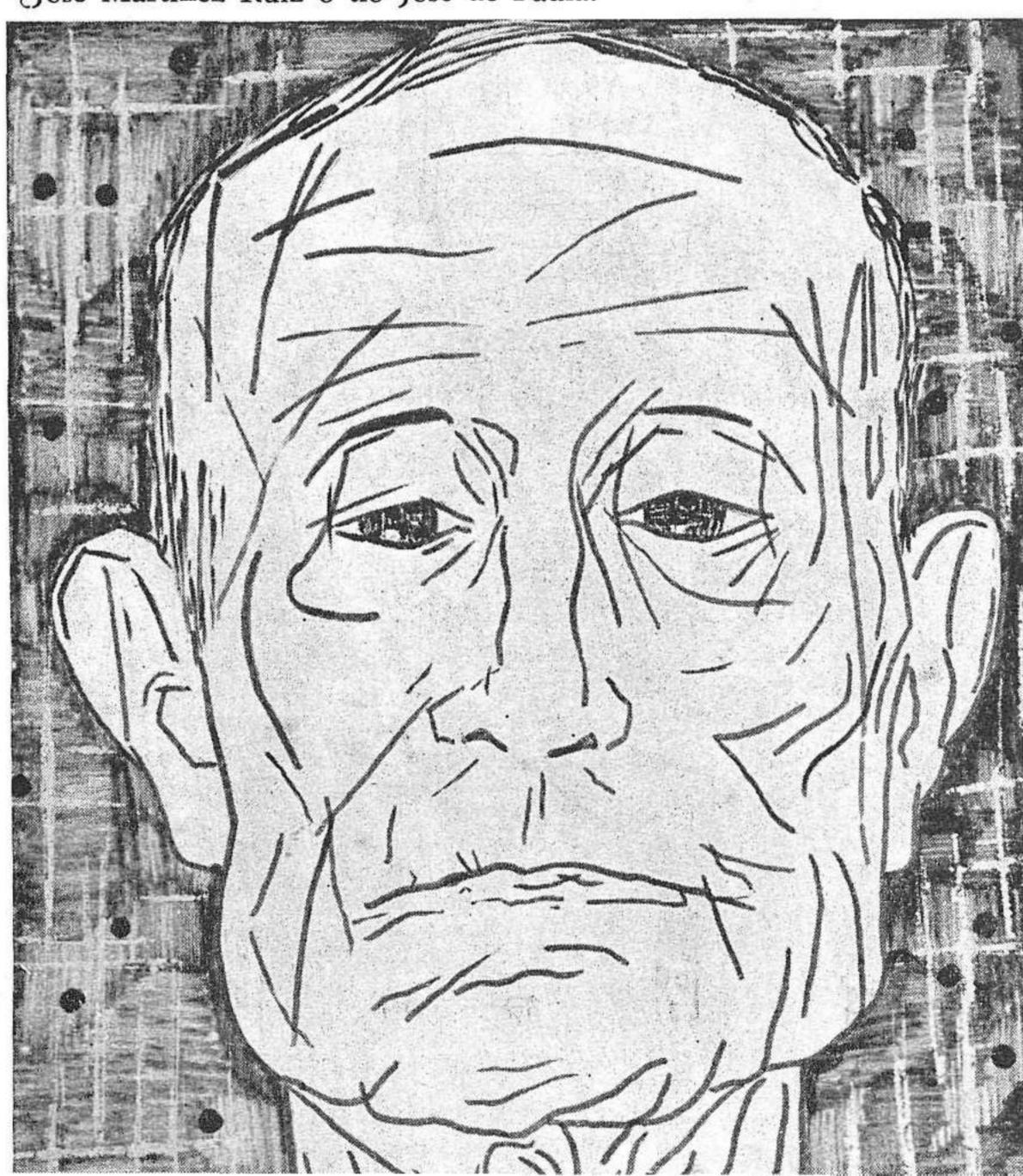
La mayoría de los escritores del 98 no prestaron atención al entente racial, misterioso y enigmático del cante flamenco, atareados, empeñados, subyugados quizá, en resolver otras problemáticas españolas, pese a que Antonio Machado advirtiera: «Nuestro punto de arranque, si alguna vez nos decidimos a filosofar, está en el folclore metafísico de nuestra tierra, es-

pecialmente en el de la región castellana y andaluza.» Porque no se tenía entonces—primer tercio del siglo— el concepto justo de tan antropológico arte popular, aunque fué por aquella época cuando el sospechoso antiflamenquista Eugenio Noel escribió la más audaz, pero también la más cierta definición del flamenco, al poner en boca de Martín el de la Paula —uno de los personajes de sus obras— la frase siguiente: «Er cante no cabe en er papé.» Y Unamuno, contradictorio con sí mismo, como tantas veces, versificaba:

Con el cante jondo, gitano, tienes que arrasar la Alhambra; no le hace falta a la zambra palacios hechos de mano. Que basta una fresca cueva a la vera del camino, tienes el cante por sino que tus penitas abreva. Tienes el sol por hogar, tienes el cielo por techo, tienes la tierra por lecho, por linde tienes la mar.

El tiempo ha esperado a Azorín. Y con el tiempo lo ha esperado el

¿José Martínez Ruiz o tío José de Paula?



Madrid, 11 de marzo de 1967

La Visita que No se Cumplió

Uno de los últimos textos que Azorín habrá leído en su vida es el que se transcribe a continuación. El original literario le fué remitido, antes de publicarlo, para que él fuese el primero en conocer un escrito donde el más anciano de los escritores españoles queda en relación con el más joven de todos, Rosa María Fernández Arroyo. La niña se puso a dibujar las ilustraciones que ven. Cuando con la esperanza esperábamos que la niña visitara al anciano, y le pidiera su autógrafo, y le diera un beso (incluso teníamos ya el permiso para que faltara al colegio la colegiala), se hizo tarde. El maestro no pudo ver, oír, ni siquiera tocar al más tierno de sus discípulos. Seguramente no ha podido ver el número de La Ballena Alegre, donde esto se ha publicado, y donde una juventud sin estrenar ofrece su cariño a la madurez fragante de Azorín, que ha muerto con la claridad de España en los cansados ojos.

EL BUHO, EL AGUILA, EL HOMBRE Y LA NIÑA



La niña está escribiendo su diario. Muy despacito. Frase tras frase. Le gusta mucho recordar poco a poco. Ha sido un hermoso día.

«Hoy hemos ido al campo.

»Nos ha pasado una cosa rarísima. Es»tábamos cazando mariposas y entonces
»vimos la silueta de un conejo en el
»camino. Nos acercamos y el conejo no
»se movía. Pensé yo: ¿será una rama?
»Pero no; era un conejo. Entonces mo»vió la cabeza y me convencí.

»Fué corriendo hasta un recodo y ade»más de una manera muy graciosa y al
»llegar cerca de una mata se quedó pa»rado. Entonces yo iba andando hasta
»situarme justo detrás de él. Fué sor»prendente, no sé cómo pudo ocurrir.
»Estaba a menos de un paso de él. Por
»un poco más le cojo. No le cogí porque
»no me acordaba de por dónde se co»gían, si era por las orejas o por el
»cuello.»

La niña se queda pensando. Hace puntitos con el bolígrafo. Y un ángulo agudo. Ahora se acuerda de que los conejos se cogen por las patas. Y un ángulo recto. Y un ángulo obtuso. Pero ¿no será cuando están muertos? No, no; los cogen así para matarlos.

La niña mordisquea el mango del bolígrafo. El conejito de esta tarde corría de una
manera muy salada. Como a la pata coja,
como si fuera haciendo guiños con la pata.
Era de color gris muy claro, casi blanco. Respiraba con el hocico y miraba de reojo. Hacía sol.

La niña sigue escribiendo.

«Después cazé una mariposa blanca y »negra y se me escapó.

»Después vi unas lagartijas cogidas del »rabo con la boca, dando vueltas a un »árbol *pocho*.

»Y para colmo, un pajarraco volando del »revés.

»¡Estamos listos! ¿Es que seré Rosa Ma-»ría en el país de las maravillas?»

Es de noche. Se está muy templado y a gusto. Rosa María está en pijama hace largo rato, pero no tiene sueño. Suspira. Se pone a escribir sus deberes.

«Geometria.

»Los cuerpos tienen tres dimensiones, lo »largo, lo ancho y lo alto.

»Un ejemplo de línea recta es el filo de »un cuchillo.

»Un ejemplo de línea curva es el mango »de una cesta.

»Un ejemplo de línea (recta) mixta es »una hoz.

»Y un ejemplo de línea espiral es una »serpiente enroscada.»

La niña tiene mandado no hacer tachaduras. Cuando se equivoca, la palabra que está mal la encierra entre paréntesis. Es dudoso que así quede más bonito o limpio, pero está mandado. Ahora sí le ha venido el sueño. Se mete entre las sábanas, como un ovillo. Un ovillo es también ejemplo de una línea espiral. No, quizá no. Lo de la serpiente tiene menos dificultad. La niña respira hondo, pausado, cada vez más pausado.

Creía haber apagado la luz, pero cuando se despierta ella, la lámpara sigue luciendo. En el respaldo de la silla hay un hermoso búho, muy derecho, limpiándose las plumas con el pico, lleno de elegancia. El plumaje con que se viste el búho es como blanco, un poco plateado, quizá casi azul. Los ojos, ¡ay los ojos! Prodigiosos de claridad, de bondad, de inteligencia.

Cuando la niña abre del todo los suyos, el búho le dirige la palabra:

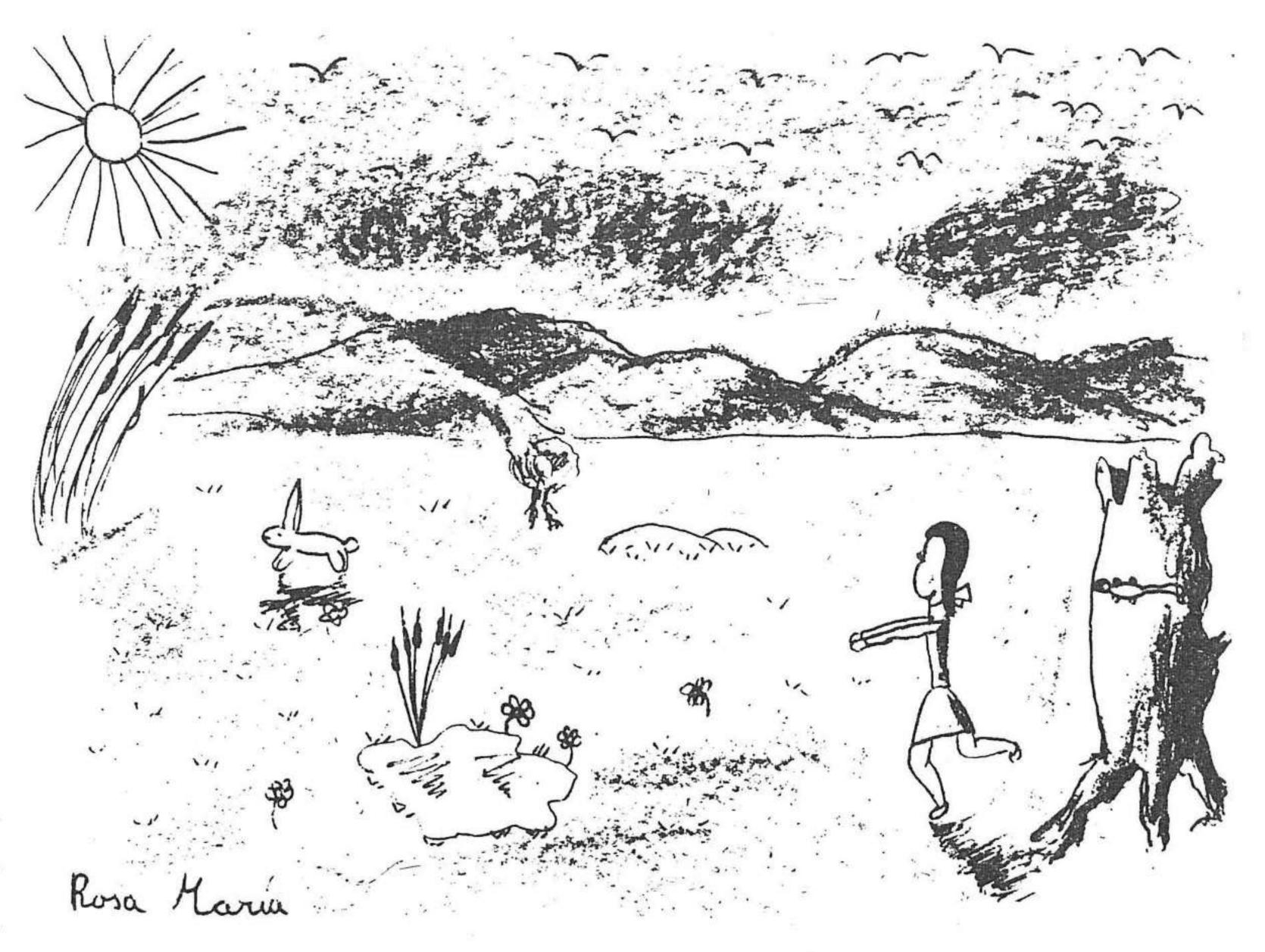
- -Así es que ¿te llamas Rosa?
- —Sí, señor. Rosa María. ¿Es que estabas leyendo mi cuaderno?
 - -No. Yo no sé leer.
 - -¿Y cómo te has enterado?
- —Yo no sé leer. Sólo sé mirar. Pero mirando me entero de todo, lo mismo si son letras que si son montañas.
- —¿Y te ha gustado lo que has leido, digo, lo que has visto?
- —Sí. Me ha gustado mucho. Yo creo que tú también sabes mirar.
- —Pero no soy un búho. ¡Qué risa! Oye: ¿cómo te llamas tú?
- -Me llamo José.
- —Mucho gusto. Yo creía que los búhos no hablaban, ¿sabes?
- —Hablo muy poco, muy poco. Y hablamos tan bajito que parece mentira que me oigas. Es como nuestra manera de volar por las noches: un susurro, un silencio. No estés muy segura de que me estás oyendo. A lo mejor me estás leyendo. Si no, ya habríamos despertado a tus papás.
 - —Es verdad. Y a Carlitos.
- —Carlitos es tu hermano, y lo quieres mucho. Trabajas con él y sueñas mucho con él.
- —Ya lo creo que es mi hermano. ¿Cómo lo sabes?
 - —Porque he visto..., verás..., he visto...

El búho, con mucha delicadeza —parecía llevar en las garras guantes de pluma—, señaló una página del diario de Rosa.

-... he visto esto.

Ponia alli:

- «Ayer fuimos a la sierra.
- »Había mucha nieve.
- »Alquilamos dos trineos, nos resbalamos »muchas veces y caímos del trineo.
- »Comimos al lado de la fuente de los »Geólogos y luego dimos un paseo mon»taña abajo. Había una pequeña catara»ta y la saltamos. Yo tenía mucho mie»do de las vacas y de los toros.
- »Quedamos en que la construcción de
 »nuestra casa se llamaría Operación
 »Rompenieves. Como estábamos casi en
 »la cima de la montaña, había muchas
 »flores de éstas. Nos conmemoramos uno
 »al otro, pero papá quedó sin rompe»nieves.
- »Dijo: quien me lo encuentre le doy un »duro.
- »Lo encontré yo y luego Carlos. Papá »nos dió un duro a cada uno. Hoy ire-»mos de pesca. Nos han invitado los



»Gijarros. Iremos al río Jarama. »Mamá y papá están ahora preparan-»do las cosas mientras Carlos y yo tra-»bajamos.»

Rosa María había saltado de la cama, se había sentado en la silla donde estaba el búho y se puso a leer y corregir las páginas, chupando el bolígrafo. Pero esta vez, nerviosa, lo chupaba por la punta que pinta. Sintió el bisbiseo del ave:

—No te preocupes por eso de *conmemorar*, con eso de *saltar una catarata*, con eso de comerte la *u* del apellido de vuestros amigos los Guijarros. No tiene importancia.

—¡Anda! Es que eso es de hace mucho tiempo. Del año 65. Yo era una chiquilla.

Mientras tanto, el búho, puesto de pie en el respaldo de la silla, iba creciendo, creciendo. Paró de crecer cuando alcanzaba una estatura una pizca menor de la de Rosa María. Pero, al extender las alas, le llegaban casi de pared a pared de la alcoba.

—¿Quieres volver a ver la sierra? ¿Donde los rompenieves? ¿Donde la catarata? Súbete a mi lomo. Como si fueras a caballo, como si fueras en burro.

¡Qué linda cosa es ir cabalgando en un búho, atravesando los aires silenciosos con más serenidad y sosiego que si se cabalgara en un águila! Y el caso es que, nada más salir por la ventana, el búho se había transformado en un águila que planeaba grandiosa y lenta. La niña vuelve a pensar: «¿Seré Rosa María en el País de las Maravillas?» El corazón del águila caudal, del búho mirón, respondía sin ruido a su pregunta:

«Tenemos a nuestra disposición muchas »montañas; las hay en todas las par»tes de España. No os cansaréis; yo no
»me canso. La ascensión a una montaȖa, sea la que sea, siempre es bonita.
»Puede haber en las laderas pinos, o
»robles, o encinas, o carrascas. Puede,
»si no hay árboles, crecer una flora te»rrera; si nos encontramos en Levante,
»habrá algún atochar, en el antíguo
»"campo espartario" de los romanos. Ha»brá, seguramente, si nos encontramos
»en la meseta de Castilla, romero, can»tueso con sus flores moradas, espliego
»o alhucema, tomillo.

»Cuando estemos en la cima, ¿qué es lo »que podemos atalayar? Como hemos su-»bido por una vertiente, ya sabemos lo »que hay por este lado; pero queremos »echar, desde lo alto, un último vis-»tazo. »El aire virginal de la mañana, es trans-»parente, claro; las cosas se ven desde »esta altura bien distintas, definidas, »como tangibles, quiero decir, como si »pudiéramos tocarlas con la mano.»

—¡Es verdad! ¡Tú también eres escritor! —gritó Rosa María al oído del águila José—. ¡Qué guapo! ¡Eres el más guapo de los escritores!

Y fué y le dió un beso por la parte donde las lechuzas y los milanos tienen las orejas. Y al ave le entró tantísima emoción que tomó tierra. Fué por la parte de Valdemaqueda. Había un arroyuelo y una pequeña catarata. La niña metió la mano en el agua. Un cangrejillo, que debía de tener mucho frío entre las piedras, se agarró a los dedos tibios de Rosa María. Estaba ella en cuclillas, a la orilla, y el águila volvía a transformarse. Ahora era un señor alto, fino, elegante, vestido de levita y con una especie de paraguas rojo. La chiquilla le dijo:

-Voy a hacerte un verso.

Se sacó el bolígrafo de la boca, que la traía toda pringada, y escribió en un papel que el caballero traía en el bolsillo:

> »Don Cangrejito de Río »es un señor refinado »que usa pasta dentífrica »para limpiar el peinado. »Mejor dicho, no el peinado, »porque es más calvo que un huevo. »Pero él usa peluca »y así queda como nuevo. »Cuando se va a pasear »se pone un traje de grillo »con flamantes pantalones »y elegante chalequillo. »Y cuando se va a acostar »se pone un lindo pijama. »Un pijama de colores »que armonice con la cama.





»A las doce de la noche »Don Cangrejito se duerme. »Ya era hora, ya era hora. »como que es la hora de siempre.»

Aquella chiquilla y aquel señor pensaron al mismo tiempo que los versos tenian aire y música de villancico. Aquel señor pensó que en los villancicos, donde hay tantos pastores y ovejas, caballos, mulas y bueyes, camellos, nunca había habido un cangrejo.

El señor le dijo a la chiquilla, todo pensabundo, mientras se le nublaban un poco sus ojos de hombre:

> «Existe un saber de libros y otro saber »de cosas. Las cosas nos dan el sentido »de lo concreto. Y cuando sepamos mu-»cho de lo concreto, ¿es que no nos re-»portaremos en la vida? ¿Es que no se-»remos moderados, prudentes? Leamos a »los escritores que acaban y leamos a los »escritores que comienzan. Son bellos »los crepúsculos vespertinos y son be-»llas las auroras.»

La niña, con la impertinencia propia de su edad, va y le pregunta:

—Con lo listo que eres, tienes que ser muy importante. ¿No? Y todavía no sé si eres un águila, un búho o un hombre. ¿Qué eres? ¿Quién eres?

El caballero se puso la mano en el pecho y contestó:

-Tengo mucha experiencia de la vida. Cuando yo empecé a escribir, no había imprenta en Monóvar. Se publicaba un semanario y lo imprimíamos en Alicante. Tenía yo entonces curiosidad: curiosidad envuelta en ufanía y una cierta propensión belicosa; era otro hombre. Nací a las tres y media de la madrugada del 8 de junio de 1873. En los últimos veinte años, casi todo lo que he escrito, lo he escrito en las madrugadas. Me llamo José Martínez Ruiz. Me llamo Azorín.

-Claro, si usted escribe de madrugada, por eso se me ha presentado de búho, de águila y de levitín. Usted lo sabe todo.

—Aunque uno vaya a cumplir un siglo, le faltan por saber muchas cosas. Por ejemplo, cuándo naciste tú. Porque eso no está en tu diario.

Imitando el ademán del caballero, la niña se pone la mano en lo que van a ser pechos —señora de la mano al pecho— y se declara:

—Yo nací el día 8 de enero, pocas horas después de llegar los Reyes Magos, el año 1958. Fué en Madrid y en la calle de Ríos Rosas. Me llamo Rosa María Fernández Arroyo. Mi padre, José. Mi madre, Dolores.

Azorín sigue desvelado. La niña, muertecita de sueño. Y yo pongo mi firma al pie de los dos, que son el más anciano y el más joven de los escritores españoles en este momento fugaz (fugaz, como todos los momentos, los años y los siglos) de 1967. Pongo mi firma al pie de este sueñovida, de esta vidasueño, con la tranquilidad hermosa de que todo es verdad.

LUIS PONCE DE LEON

ANTONECROLOGIA DE URGENCIA

«Es ahora cuando empieza su tiempo. Entre siglo y siglo Azorín es eso, una frase corta pero esencial -como las grandes partituras clásicas-, y punto y aparte.

> CASTILLO-PUCHE («Ya», 3-3-67.)

«Tenía bula—caso único— para pensar lo que se le antojara cada día. Quizá por saber que al año siguiente, o veinte años después, habría de pensar una cosa completamente distinta. Pero siempre escrita con la mayor maestría, con la mayor corrección, y esto, al fin y al cabo es lo que vale.

ANXELO NOVO

(«Arriba», 3-3-67.)

«...fué, ante todo, el creador de una nueva sensibilidad en la escritura española; creo que somos los que escribimos en verso los que más le debemos a este maestro de la prosa, que con ella inauguró un nuevo estremecimiento.»

> VICENTE ALEIXANDRE («ABC», 3-3-67.)

«Tenía los ojos llenos de agua, como si le diera el viento. Tenía ya la caligrafía temblona; tenía, siempre, las ideas claras. Las ideas se ordenaban en su mente con pasmosa exactitud. En sus principios utilizó el seudónimo de «Cándido»; al final, volvería a ser así, con esa pureza que sólo alcanza la verdad,

> MANUEL POMBO ANGULO («La Vanguardia Española», 3-3-67.)

«Hoy, muchos de sus artículos y crónicas están recogidos en volúmenes y pasarán a la posteridad por su altísima calidad literaria. Serán siempre literatura periodística y honor del periodismo español.»

M. C.

(«El Alcázar», 2-3-67.)

"Ya nos habíamos acostumbrado a referirnos a él como a un clásico, pero no de esos clásicos que no se leen ni citan nunca, sino como un clásico de uso necesario o como esos clásicos que él nos enseñó a reactivar poniéndonos unas veces en sus circunstancias, aplicándoles otras las nuestras a sus escritos.

DAMASO SANTOS («Pueblo», 2-3-67.)

«De San Pedro de Alcántara dijo Santa Teresa que parecía hecho de raíces de árbol, También Azorín llegó a parecer un enredijo o hacecillo apretado de raíces.»

JOSE MARIA PEMAN («ABC», 3-3-67.)

«...había vuelto a la exposición clara y firme, si bien siempre discretísima de sus deseos religiosos, concretamente católicos y, si se me permite, conciliares... La única persona que le dolía no haber conocido intimamente fué al papa Juan XXIII.»

ROSENDO ROIG

("Ya", 3-3-67.)

«Con nosotros se quedará el recuerdo amable y admirable de su figura sentada, como en el retrato de Zuloaga, contemplando, para ver y contar, el paisaje de aquella España.»

JAIME CAMPMANY

(«Arriba», 3-3-67.)

«El esencial valor de la copiosa obra del maestro Azorín creo yo que reside precisamente en esa paciente labor de entomólogo; ha consagrado su vida a coger el pasado y penetrar en él-aun en segundas filas, nombre olvidados-con bondadoso impulso de comprenderlo.»

JOSE CRUSET

("La Vanguardia Española", 3-3-67.)

«Escritor copioso y abundante, que para satisfacción nuestra derramó en los periódicos gran parte de sus escritos, perteneció a la disconforme generación del 98, de cuya rebeldía inicialmente participó hasta ir acompasando los latidos de su corazón con el corazón de España y sentirla profundamente en lo más hondo de su ser.»

NICOLAS GONZALEZ RUIZ

(«Ya», 3-3-67.)

«Los artículos, los ensayos, las sugestiones e incitaciones de Azorín acerca del teatro completan la labor creadora del magistral escritor, para el que no fué ajeno ningún tema fundamental de las letras españolas y universales.

> ALFREDO MARQUERIE («Pueblo», 3-3-67.)

«Eras un libro, una biblioteca, un estilo, un mito, una claridad. Eras, sí, la claridad. El orden. Y la sencillez. Y la humildad. Y también eras el amor, la precisión, la ternura y la poesía.»

F. JAVIER MARTIN ABRIL

("Yan, 3-3-67.)

«... ha dejado de ser un sensitivo para convertirse en un ángel custodio de la palabra que no muere y del gesto que no claudica. Azorín ya está más allá de Azorín.»

> J. L. C. P. (((Ya)), 3-3-67.)

«Era el mito al que nos acercábamos para hacer la primera entrevista. Era el último personaje al que llamábamos maestro, con naturalidad.»

> MARINO GOMEZ SANTOS ("Pueblo", 3-3-67.)

«Para mi lo más importante de Azorín es su perfecta ecuación entre el hombre y el estilo, entre un alma y una obra.

> GERARDO DIEGO (((ABC)), 3-3-67.)

«... fué un romántico; despojó al lenguaje de toda sobrecarga inútil, de toda pompa y faramalla y convirtió el trinomio elemental de sujeto, verbo y predicado en un arma forjadora de resplandecientes bellezas.

JOAQUIN CALVO SOTELO («ABC», 3-3-67.)

«Fué un espíritu generoso, liberal, sereno, clásico. No conoció el resentimiento, ni la angustia. Fué un alma sana, un hombre sin hiel.

> GONZALO FERNANDEZ DE LA MORA · («ABC», 3-3-67.)

«Castilla fué cantada por Azorín en prosa, de igual manera que Machado la cantó en versos.»

> ANGEL LAZARO ("Pueblo", 3-3-67.)

«Si me leyeran un trozo de Azorín sin decirme el nombre del autor, quizá no sabría de qué región, de qué libro procedían aquellos párrafos, ni de qué parte de España, o de su arte, o de su literatura trataban. Pero reconocería en seguida la fragancia de España.»

DAMASO ALONSO ("ABC"), 3-3-67.)



(De «A B C», 3-III-67.)

La Carrera del Tiempo: GANADOR, Azorín; COLOCADO, Zamacois

E nuestra correspondencia con Zamacois, reproducimos en esta página lo que guarda relación con Azorín. El fino lector observará que si el tiempo y su transcurso inflexible fué un tema constante en el escritor de Monóvar, también lo es, aunque de manera muy diferente, en Eduardo Zamacois, natural de Pinar del Río (Cuba). Y, por tanto, españoles ambos hasta las cachas, aunque salieran de los vientres de sus madres en dos meridianos tan distantes dentro de la porción hispánica del planeta.

El «Diccionario de Literatura Española», editado por la Revista de Occidente, da por muerto a Zamacois en 1954 y por nacido en 1876. Hace dos años, Zamacois nos escribía: «De estas dos equivocaciones, una no me disgusta, por cuanto me rejuvenece, ya que nací el 73. A lo que no me resigno es a haberme muerto en el 54. Porque, suponiendo que yo insista en vivir hasta el 31 de diciembre de este año 1965, atrevimiento del que me siento muy capaz, son once años los que me quita.»

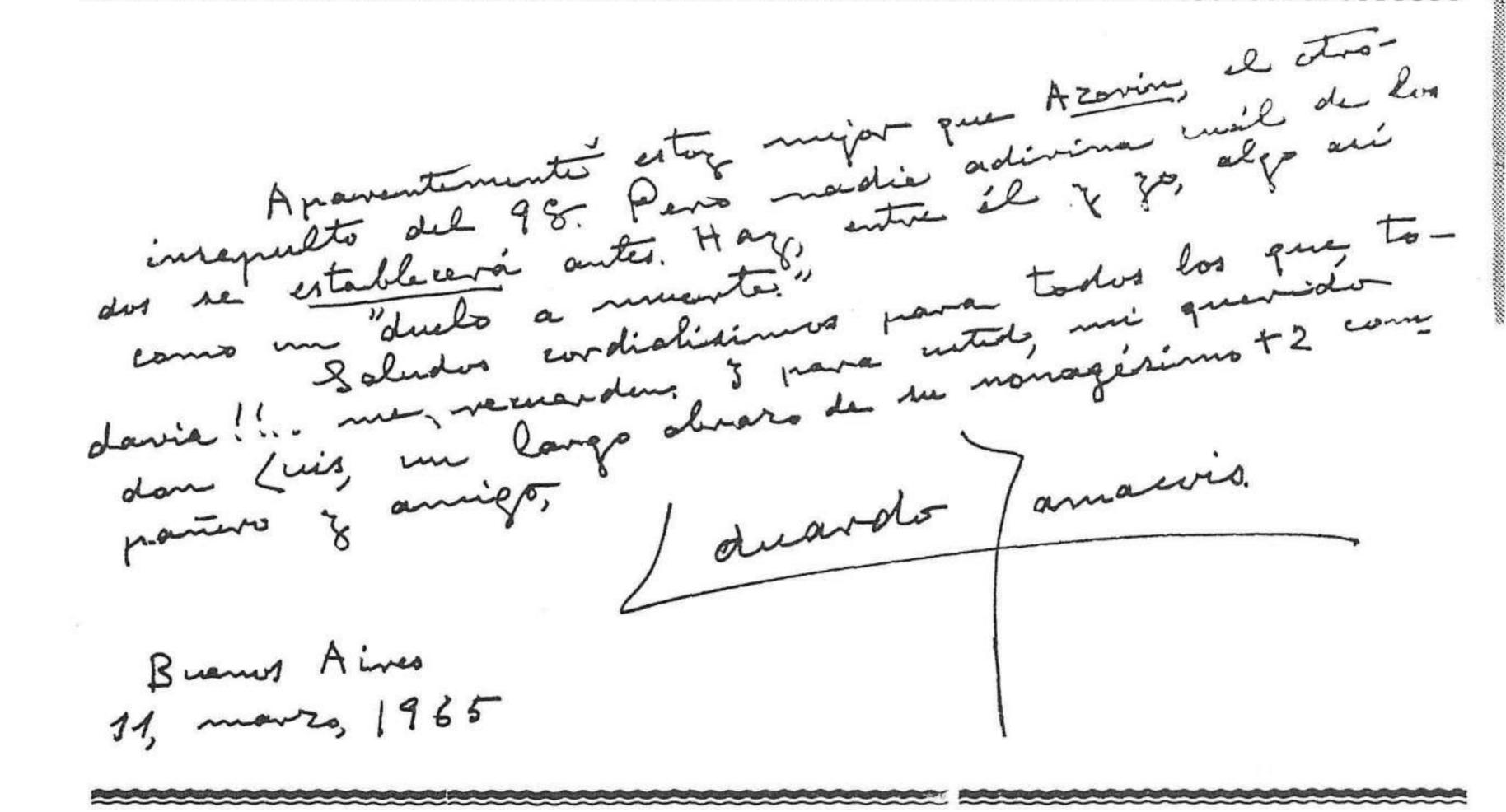
De los párrafos que damos en facsímil, tan instructivo es para un grafólogo inteligente lo que Zamacois escribe a máquina como lo que dice con su puño y letra. Lo mismo de alegre, lo mismo de divertido, lo mismo de vital. El duelo a muerte (y no sólo a primera sangre) para el que Zamacois reta a Azorín, se ha resuelto a favor del primero. El segundo presumía de ser el último del 98. El primero puede engallarse de que el último del 98 es él. Cantar su qui-quiri-quí sobre el muerto, tal como lo canta en la posdata a su carta de 5 de febrero. Sin embargo, esto de sobrevivir encierra aquella generosa melancolía del Gran Capitán cuando lloró sobre el cadáver de su gran rival vencido. Seguro que Eduardo Zamacois ha llorado al saber la muerte de Azorín.

En otra página de este número de LA ES-TAFETA damos las anécdotas de ladrones que nos remite Zamacois, a las que se refiere con las palabras «Ahí van esas cuartillas. Quiero que te encanten, y te abrazo muy de corazón.»

Al saber la muerte de Azorín y la vida de Zamacois, mucha gente se acuerda de don Ramón Menéndez Pidal. ¿Quién es del 98? ¿Quién es de aquella generación literaria? ¿No estamos en presencia de unas generaciones biológicas que resultan privilegiadas por su longevidad, dejando de lado sus calidades de estilo y de ocupación?

Quien diga que la categoría literaria de Zamacois, de Azorín y de Menéndez Pidal son muy distintas, llevará razón. Pero quien no se asombre de estas longevidades anteriores a todos los antibióticos recientes no es digno de interpretar el tiempo, el tiempo que nos lleva y nos trae, el tiempo que, sin más remedio, vivimos en nuestra vida.

LP DE L



EDUARDO ZAMACOIS

el escritor
e manera
natural
to, espasalieran
ridianos
tica del

", edimuer1876.
estas
por
4 lo
envi65,
00

n

all acciones

A Zo RiN

all acciones

all acciones

accione

Muy querido Luis Ponce de Leon:

Una vez mas te felicito por tu Gaceta Literaria, en cuyas paginas, aunque escritas por otros, tu espiritu, llena de cordialidad, está presente. (Por eso dago "Tu Gaceta). Muy bueno el número dedicado a Darío, y me duele mucho no haber colaborado en el. Hubiera contado tantas cosas....

Ahi van esas cuartillas. Quiero que te encanten, y te abrazo muy de corazón.

1 amarois.

P.D. Y como estoy seguro de leer el "extraordinario" que la Gaceta me dedicara cuando se cumpla el centenario de mi feliz alumbramiento, dile al desvencijado Azorin que no se haga ilusiones, que "el ultimo "del 98" vom a ser vo.

Buenos Aires 5 de Febrero 1967.

AZORIN, HOMBRE DE TEATRO



Año 1953; el Aula de Literatura de la Universidad madrileña tributa un homenaje a Azorín. Tres de los oradores visitan al maestro. Con él, de izquierda a derecha, Jaime Ferrán, Jose Luis Ortiz Cañavate y el autor de este artículo

TENTADO estuve de titular este artículo de relativa urgencia —ya meditado, sin necesidad del temido desenlace— algo así como «Y, además, dramaturgo». Un epigrafe tan acorde con la escala de valores establecida para los varios géneros literarios ejercitados por Azorín como radicalmente injusto si consideramos que el adverbio «además» implica cierta condición de accesorio que en modo alguno conviene al teatro azoriniano, capaz de llenar una importante y distinta página en la historia del arte dramático español. Y no sólo por el teatro que ha escrito, sino por el que ha visto y comentado.

Azorín, que como escritor dramático deja un personalisimo sello de originalidad, de inquietud renovadora y de noble ambición, ha sido durante casi toda su vida un apasionado espectador y un muy agudo crítico. (Recuerdo, en el terreno de lo personal, la viva impresión que me produjo cuando, en visita a su casa de Zorrilla que, hace quince años, suponía mi primer contacto personal con el admirado maestro, me recibió con unas palabras alusivas a mi actividad de incipiente comentarista de temas dramáticos. Por entonces había publicado una serie de artículos titulados, con el dogmatismo propio de la juventud, Los tres caminos del teatro. Y Azorín me espetó, casi de entrada: «Leo sus artículos, Aragonés. El teatro no tiene más que dos caminos: se hace teatro bueno o malo. Lo demás, son teorías.» La anécdota es significativa. A sus casi ochenta años, Azorín leia atentamente cuanto relacionado con el teatro se publicara, aun cuando el firmante del trabajo fuese un mozo inexperto.)

Sin embargo, ya entonces había iniciado su distanciamiento del teatro como espectador. El propio Azorín adujo como razón de esta actitud la monotonía existente en el teatro representado en España por aquellos años.

Con anterioridad, asistía asiduamente a los espectáculos teatrales, para a continuación elaborar una exégesis de aquello que sobre el escenario presenciara.

Estos trabajos del escritor se han recogido en tres libros titulados La farándula, Escena y sala y Ante las candilejas. En ellos queda enjuiciado el fenómeno teatral en los varios factores que lo constituyen. En sus páginas es posible hallar, desde algún que otro ataque al teatro clásico español —basándolo en la preferencia que sus autores dieron a la casualidad, en detrimento de la fatalidad—hasta un encendido elogio al auto sacramental; desde una exaltación de las tendencias renovadoras hasta su vehemente catilinaria a los críticos teatrales. No es en absoluto aventurado suponer que ninguna cuestión logró sacar de sus casillas a Azorín —habitualmente compendio de comedimiento y suma de mesura—como lo ha hecho el teatro, sin duda porque el arte escénico lleva implícita la pasión, y cuantos entran en su órbita lo hacen supeditados a ella.

Pero no siempre la pasión ha de quitar conocimiento. Una revisión de los citados libros prueba la absoluta vigencia de gran parte de las aseveraciones del sagaz espectador. En los párrafos finales de un artículo publicado en 1925, cuyo título es De la crítica, observa Azorin: «Las compañias pasan de un teatro aristocrático a uno popular. Todos los actores desean ser directores de compañía; la forman todos en cuanto el público les distingue un poco. En todos los teatros estrena el mismo género de obras. Las funciones son por la tarde y por la noche. A la uniformidad aterradora —de un tedio abrumador—a que han llegado todos los teatros, todos los actores y todos los autores, se une este exceso terrible de trabajo que pesa sobre los comediantes y que hace que éstos —inevitablemente— realicen una labor floja, desvaída y sin relieve y sin entusiasmo.»

Excepto por lo que hace al divismo —muy aminorado hoy entre los actores—, este párrafo conserva, a cuarenta años vista, total vigencia.

En su ejecutoria de autor dramático, no hay que olvidar que fué Azorín quien descubrió a los españoles las características del teatro de evasión —hoy tan traído, llevado y, porque los tiempos cambian, desvalorizado—, en un momento en el que la situación social en el país requería precisamente ese teatro inhibitorio. El lo explicaba así, en 1926: «En el momento actual esa clase es la que domina y da el tono a la sociedad española. Y como el teatro es la expresión más directa y rápida—dentro del arte— de la sociedad de un país, el teatro actual en España responde con exactitud a los gustos, a los sentimiento, a las ideas de esa nueva clase social.»

Desde el primer artículo periodistico publicado por Azorín en Madrid—el 16 de diciembre de 1896—, el autor de La voluntad atestiguó preocupada ocupación por el teatro. Entre 1926 y 1930 estrenó Old Spain, Brandy, mucho

brandy, Comedia del arte, la trilogia titulada Lo invisible, El Clamor -en colaboración con Muñoz Seca— y Angelita. Autor también de La guerrilla y Cervantes o la casa encantada. Curiosamente, él, que tan atraído por el cine se manifiesta en los últimos años, había procurado encontrar, ya en 1917, parcelas adecuadas para que el teatro pudiera jugar, con alguna posibilidad de éxito, sus cartas frente al pujante cine. «El cinematógrafo es un arte de espectáculo. El teatro ha de evolucionar en ese sentido. Y si no, perecerá. Espectáculos se llaman ya, no comedias, ni dramas, las obras que representa Gastón Baty en su teatro, las obras de los más nuevos autores franceses.»

Azorín edificó su teatro en la sutil frontera en la que concluye la realidad para comenzar la fantasía. Y lo hizo cuando en Europa se imponía la escuela naturalista de Antoine.

El director francés llevaba su realismo extremado hasta la exigencia de que las piezas de carne que colgaban de ganchos en una tienda, correspondieran verdaderamente a animales descuartizados, en tanto que Azorín quitaba toda importancia a los factores escenográficos. Un teatro experimental montó, años atrás, Lo invisible, y cuando fué consultado el autor acerca del mobiliario y decorados más convenientes, Azorín respondió: «Eso es lo mismo. Nada de mobiliario; nada de decorados; cuatro paredes lisas, unas cortinas... y la palabra. La palabra lo es todo en el teatro.»

Azorín olvidó otro elemento fundamental en sus obras: el silencio, la expresividad del gesto y hasta de la situación sin palabras. O quizá en aquella oportunidad prefirió atenerse al valor de los diálogos.

Ahora reside en el silencio. Trágico silencio. El féretro que contenía su cuerpo, momificado ya, ha recibido en el umbral del portalón de Zorrilla, 21, el homenaje de unas cuantas flores. De ellas, sólo dos claveles permanecieron sobre el barnizado ataúd. Dos vulgares y primorosos claveles de España. También en la hora decisiva, han acompañado a Azorín la España clara y los Primores de lo vulgar.

enfreielras

NACIONALISMO LITERARIO

Transcribimos una noticia que el diario bogotano El Tiempo publica el 5 de febrero: «El profesor Ernesto Vidales, autor de Sombras a cincel, quiso fundar una librería que vendiera exclusivamente libros de autores colombianos. Invirtió cuantiosa suma en el intento, y acaba de comprobar, amargamente, que no es posible. Nadie apoya a los autores colombianos. Ni el gobierno ni el público. Y, además, el profesor fué víctima de los rateros, quienes le asaltaron su librería; pero no se llevaron libros, sino dos máquinas de escribir. Ese fué el premio que Vidales obtuvo por su quijotada.»

Pasaron al interior. El cura caminaba seguro, moviendo su cuerpo de gigante. El grupo le siguió. El teniente iba confiado al frente de la patrulla.

- —Traigo la consigna de arrestar a tres hombres, ya se lo he dicho.
 - -Entonces registre los contornos.
- —Lo hicimos en Cirauqui sin éxito. Acabo de llegar aquí. Hemos dado una vuelta sin sacar nada también.
- —La gente es reacia—observó el Asturiano.
- —Estamos en guerra —y sonrió el cura.
- —Sí, la guerra hace cambiar las cosas y las gentes.
- El teniente endureció el tono de su voz.
- —Pero tenemos un deber y una obligación. Obligaremos a las gentes a salir a la calle.
- —Lo malo de los registros, teniente, es que nunca se saca nada en limpio y se pierde mucho tiempo.

Se detuvo y chasqueó la lengua.

- —Mientras tanto, las partidas están en el campo. Se lo digo de verdad, si yo fuera el capitán de su compañía le ordenaba que batiese el campo y el monte, pero las cosas...; qué sé yo!
 - -Sé perfectamente mi deber.
 - -Me lo imagino.

Se hizo el silencio en el grupo. El teniente echó un vistazo al zaguán, golpeó el suelo un par de veces con sus grandes botas lustrosas. Miró al cura y cambió el tono de su voz.

- -¿Ha visto usted a esos hombres?
- —No, no he visto a nadie. Si llegan ustedes a tardar un poco más no me encuentran.
- Al oficial pareció importarle poco aquella salida del cura. Fué éste quien se justificó.
 - -Salgo dentro de un momento para Estella.
- —Buena tierra—exclamó Ferreiras, el cual movió rítmicamente sus bigotes amarillos y lacios.

Sin perder la vista del suelo, el teniente preguntó:

- -¿Asunto personal?
- -Asuntos de la parroquia, teniente.
- —Comprendo. Pero vaya usted con cuidado; Estella no ha caído todavía.
 - —Pero caerá.

Sonrió con satisfacción el oficial. Se pasó las manos por el rostro.

- —Mis hombres pueden acompañarle. Una escolta nunca es de despreciar.
- —Gracias, teniente. Voy en la diligencia, y tampoco creo que los caminos estén tan mal.
 - —La noche es oscura —afirmó el teniente.
- —Pero uno es todavía joven y está templado—le contestó esbozando una sonrisa el cura.

El ambiente estaba embarazoso y caliente.

- —Pueden echar un trago, se les invita.
- —Muchas gracias, pero es tarde. Hay que hacer muchas cosas todavía.
 - —La guerra no da descansos, padre.

Se dirigieron hasta la puerta.

—La diligencia pasará dentro de media hora. Hasta entonces estaré en casa si en algo puedo servirles.

Correspondieron con un saludo. Los hombres se abrieron en dos filas y dejaron pasar al teniente. Luego los otros cuatro le siguieron hasta la calle.

Comenzaba a levantarse un aire fresco y calmo. Había en el pueblo unas luces vagas y mortecinas, unas luces que no invitaban a nada. De vez en cuando se oía un rumor de voces, el ruido de unas caballerías, el ladrido de un perro. Atravesaron las calles pisando fuerte las piedras aquellas, salientes y duras. Las casas se abrían negras a ambos lados de una forma sombría y agobiante.

Arriba, el cielo se extendía ancho y negro.

CAPITULO III

-; Eh, tú! Venga, levanta ya.

El hombre se revolvió en la cama, abrió enormemente los ojos y contempló lleno de estupor a los tres carlistas con sus boinas echadas para un lado, las chaquetas azules y bayoneta brillante.

- —¡He dicho que fuera! —tornó a gritar Ferreiras.
- El hombre saltó al suelo y se quedó allí tieso y atemorizado.
- —¿Dónde escondes a esos cabecillas?
- —¿Y el dinero, dónde tienes el dinero?
- —Yo no escondo a nadie ni tengo dinero —contestó con voz ahogada el hombre.
 - —¡Pues vaya un liberal pobre!

Rieron los otros la gracia del Asturiano.

-¡Venga!, fuera -ordenó el portugués.

Le empujó con la bayoneta pegada a la espalda. El hombrecillo iba delante del grupo, un poco encorvado, temblando de miedo, con los ojos que le bailaban y un terror vago y anhelante en el rostro.

Bajaron hasta el zaguán.

—¡Vosotros!, a registrad bien la casa—ordenó Ferreiras a los otros dos—. De éste me encargo yo.

El hombrecillo miraba a todos lados, moviendo nerviosamente la cabeza, igual que un títere, con su larga camisa de dormir y los pelos de la cabeza despeinados y revueltos.

El Asturiano y Fermín comenzaron la busca. Echaron los muebles al zaguán, apilándolos alli, sembrando la casa de ruido y de desconcierto.

El hombrecillo pareció animarse. Trató de incorporarse de su posisición.

-¿Eh? ¡No toquen nada! ¡No escondo a nadie! ¡Eso es mío!

Al levantarse tropezó en el pie intencionado de Ferreiras y al caer de nuevo se clavó la bayoneta en el hombro. El hombrecillo gritó ahogadamente y se echó la mano a la parte herida. Le salían borbotones de sangre, pero no dió ya ningún grito más. Miró a Ferreiras con ira y asco, luego se dejó caer para atrás. Y se quedó allí quieto, con los ojos muy abiertos y los labios blancos.

—Estate quieto ya cochino liberal, o te meto la bayoneta hasta el esternón.

El hombre se calló, luego cerró los ojos y echó la cabeza hacia adelante.

Fermín se acercó.

- -Hiciste mal. Eso es una complicación.
- —No le pasará nada. Es una herida sin importancia, ¡Quería escapar!

Se quedaron en silencio los tres.

-¡No han podido ir muy lejos! -bramó el oficial.

Yegazpia le contemplaba serio y erguido, con el fusil en la mano y la mirada observadora.

—¡Estuvimos a punto de cogerles en Cirauqui!

Los otros dos hombres, dos tipos de baja estatura, barba crecida y color moreno, le miraban impávidos.

- -A lo mejor escaparon al monte.
- -Están ustedes locos. ¿Al monte?, ¿ahora?
- -Entonces...
- -; Están aquí, seguro, están aquí escondidos!

El oficial había cambiado su táctica y sus maneras. De pronto parecía como si se hubiese creído engañado por todos, tratado igual que un niño el que todos pueden engañar y mentir. Se sentía receloso, aún de aquellos dos hombres con boina roja, un poco descolorida, y sus arrebatos legitimistas y patrióticos.

—Nosotros queremos ayudarle, teniente, mande usted y haremos lo que sea.

-¡Al diablo con todos!

Se puso a pasear nervioso, dando grandes zancadas, moviendo alternativamente la cabeza.

—¡Se están riendo de mí!, ¿comprenden? ¡Esos tipos se están riendo de mí!

Le miraban fijamente, muy abiertos los ojos, allí a pie firme, como unos soldados que reciben una seria amonestación del capitán de la compañía o del batallón.

—¡No somos un ejército! ¡Somos una partida de estúpidos!

Se detuvo en el centro del cuarto. Se puso a observar detenidamente a aquellos dos hombres.

—¿Quieren ayudarme? Pues andando. Vamos a echar las casas por la ventana.

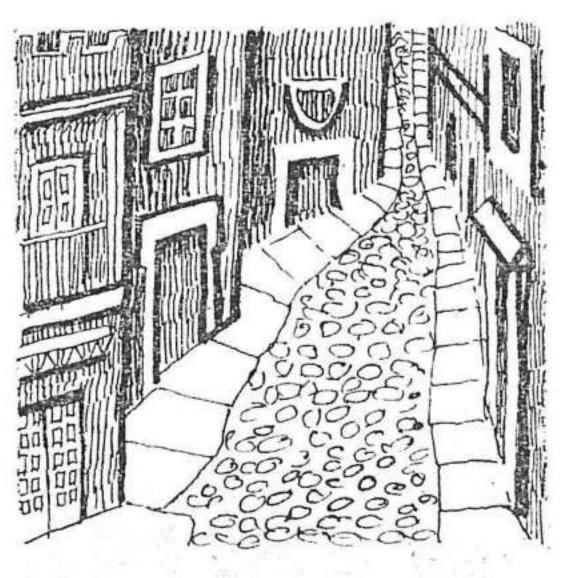
Se volvió hacia Legazpia.

—¡Vámonos! Y ustedes recluten a gente de la causa, monten puesto en los puntos estratégicos del pueblo. ¡No dejen salir a nadie!

Se volvió nervioso.

—Al que no cumpla las órdenes lo cuelgo. ¡Por mi hermano que lo cuelgo!

Y se le subió a la cabeza una nube de sangre caliente que le enrojeció el rostro y le iluminó fuertemente los ojos.



Contempló el cuadro en silencio, con los labios apretados y una ira que se adivinaba hirviente y a punto de estallar.

-¡Vaya gente estúpida! Lo que me faltaba a mí.

Miró a Ferreiras, al Asturiano, a Fermincho. Y luego al hombrecillo con su mano pegada al hombro, la camisa rota, empapada en sangre a la altura del antebrazo. Vió aquella sangre que se le escapaba al hombre de las manos lentamente.

Se volvió a la gente.

-¿Vosotros creéis que hemos venido aquí a saquear y a matar?

Ferreiras se adelantó.

-Quería escapar, mi teniente.

Lo fulminó con la mirada.

—No tienes ni idea, ni idea de nada. ¿Escapar? Si un niño podría con él. ¡Estúpido!

El hombre lo miró fijamente, con sus ojos a medio cerrar, hecho un ovillo junto al muro.

-; Merecías que te colgase!

Se acercó hasta la puerta. A lo lejos oía el rumor de los hombres, pasos inquietos y unas luces vagas que iban de un lado a otro. Comprendió que aquella tarea de buscar a unos hombres no era tan sencilla como había imaginado. Recordó la llamada del capitán de su compañía. Recordó cuando se cuadró ante él. Aún le parecía tener cerca las palabras del jefe.

—Ardanaz, le voy a confiar a usted una tarea delicada. Se trata de buscar, no de luchar.

Era un honor para él. El capitán le había confiado una misión delicada. Buscar a aquellos hombres no era tarea fácil. El capitán sabía que su hermano había sido muerto en Cirauqui por una partida de liberales.

-Es una buena ocasión para usted, teniente.

—Cumpliré con mi deber, sin necesidad de acordarme de mi hermano.

Sí, era difícil aquello. Era difícil irse por los caminos, esconderse, preparar el arma, ordenar registros y echarse responsabilidades a la espalda. Era difícil moverse en tierra extraña, perseguir a las sombras y luego acordarse de su hermano y saber que no podría en buena ley vengar nada.

—La venganza, teniente, no es venganza en guerra. Es, ¡qué sé yo!, un tribunal, un juicio, un juez, un fiscal, un puñado de fusiles al final. El corazón es peligroso, teniente.

Aquel capitán era un hombre bueno, un hombre ya mayor. Solía hablarle de Maroto y de Cabrera, del Maestrazgo y de Santos Ladrón.

—Cuando esté en situación peligrosa, teniente, acuérdese de gritarles a los suyos ¡Aurrea, mitillac!, y verá usted que bríos le sacan.
—sonreía y le decía luego confidencialmente—. Villarreal alentó así a sus tropas en Oriamendi, ¡y allí cómo corrían los ingleses de Evans!

El oficial salió de sus pensamientos y se volvió a sus hombres. Seguían allí, clavados en el suelo, mirando fijamente a su jefe. Y el hombre tendido en el suelo, con la sangre coagulada entre los dedos y una expresión vaga de miedo y de dolor.

—¡Lleváoslo de aquí! ¡Rápido!

En la plaza se habían reunido un grupo de hombres. Uno de los tipos que había estado poco antes con el oficial daba órdenes y distribuía a la gente.

—Tú, Perico, con Gaztelu, al camino. Vosotros dos junto al calvario. Gamboa y Ortiz en el alto.

Parecía meditar sus decisiones. Era un hombre de baja estatura, entrado en años, de ademanes enérgicos y autoritarios. Legazpia lo definió como un vulgar cabecilla del pueblo. Llevaba una boina roja perdida la color y vieja por el uso, una boina muy particular con un emblema en el centro que decía: Dios-Patria-Rey. Cuando lo vió, Martín a punto estuvo de echarse a reír. Se llamaba Máximo Sesma y sus palabras preferidas dentro del léxico político eran legitimidad y patria. Luego añadía lo de Dios y lo de tradición. Se movía nervioso de un lado para otro.

—En la plaza también..., eso en la plaza voy a poner a cinco hombres.

Hablaba consigo mismo, haciendo intrincados y costosos cálculos.

Los hombres estaban en torno suyo, esperando sus decisiones, prontos a asignar los sitios asignados.

Apareció el teniente seguido de Ferreiras, el Asturiano y Fermincho. Máximo Sesma se cuadró militarmente.

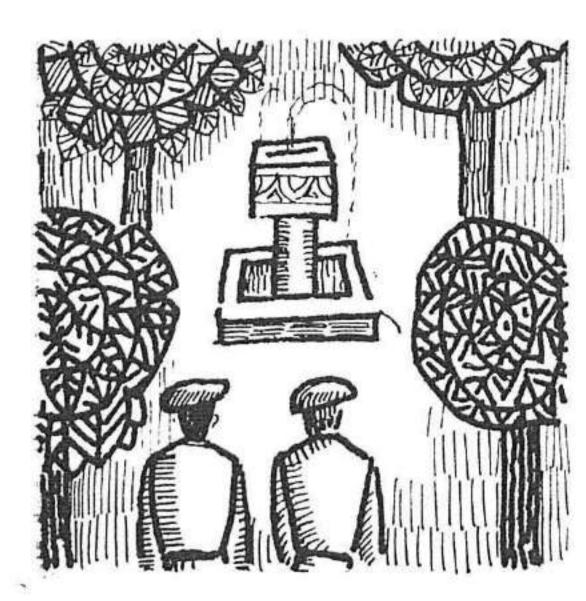
—He mandado gente al alto, al camino y cerca del calvario.

Hizo una pausa ceremoniosa. Luego prosiguió.

—Aquí, en la plaza, voy a colocar a cinco...

Esperó la respuesta del oficial. Este inspeccionó a los hombres allí concentrados.

-¿Fieles? -le susurró al oído.



- -Del todo, teniente. Son gentes de las nuestras.
 - -Entonces, andando.

Máximo Sesma carraspeó, se pasó las manos por la nuca.

- —Teniente, le parece que mande gente fuera, al campo. Una batida.
- —No. Pido poco, pero bien hecho. Vigilar los puestos clave, ¡que nadie salga del pueblo! Me conformo con eso.

Se dió media vuelta. Había en las ventanas gentes curiosas, gentes extrañas del barullo y del acontecimiento. A la luz de los velones

y candiles, hombres, mujeres y niños miraban con sorpresa todo lo que en la calle acontecía.

- -Son carlistas...
- -¿Habrá pasado algo?
- —Malos tiempos, hijo.
- -Facciosos, nada más que eso.
- El teniente llamó privadamente a Sesma.

 —Tengo que registrar las casas de los sospechosos.

Hizo una pausa y prosiguió:

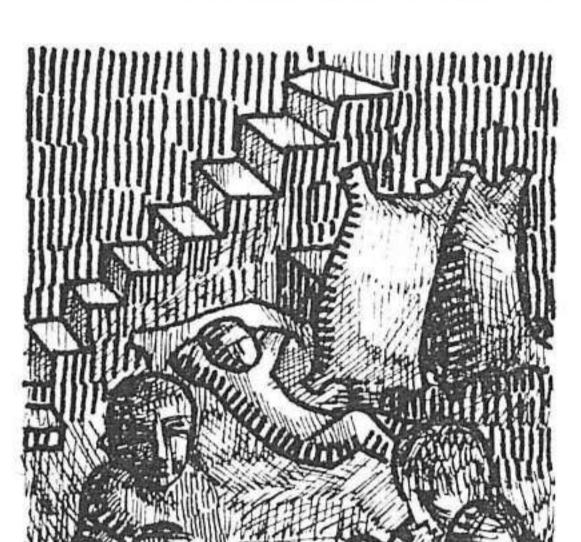
-¿El alcalde?

Huyó hace tres días. Dijo que las cosas no iban a venir bien para ellos. Era liberal, ¿entiende?

-Comprendo.

Máximo Sesma se puso a pensar. Tenía la boina calada y un sudor le bañaba la frente, cubriéndola de pequeñas gotitas redondas y oscuras.

- —Aquí vive un amigo del cojo. Un hombre sin complicaciones, pero ¡qué sé yo! Vive abajo, entrando a la derecha...
 - -Le visitamos ya. Mi gente lo hirió.



—¿Lo hirió?

—Mi gente es estúpida algunas veces. Confiemos en que la suya se portará mejor…

Sesma pareció preocupado.

- —Aquí hay un par de vecinos...
- -Iremos a las casas.

Se volvió y llamó a Fermincho, al Asturiano y a Ferreiras.

—Voy a mandarle a uno que le acompañe —dijo Máximo Sesma.

Se fué hacia el grupo y habló brevemente con un tipo alto y enjuto, barbilampiño y descolorido. Volvieron juntos cerca del oficial.

—Es Berbinzana, un hombre de confianza. El le indicará. Yo vuelvo con la gente.

Salieron los cinco hombres de la plaza. El oficial y Berbinzana iban delante; detrás, los otros tres. Ferreiras se puso a hablar a sus compañeros.

- —Tengo ganas de terminar con esto y emborracharme. Eso, tengo ganas de cantar y de emborracharme. ¿Sería divertido, ¿eh?
- —Mucho—comentó el Asturiano—. Pero por ahora no tendremos más remedio que pensarlo solamente.
 - —Ese cura nos ofreció vino. ¿Por qué no lo aceptamos?
- —El teniente está de malas pulgas. Sólo quiere encontrar a esas gentes.

Fermincho se acercó en tono confidencial a los otros.

- -Me temo que hoy no dormiremos...
- -; Mala la hicimos! -dijo a media voz el Asturiano.
- -Es como para acabar reventado, rediez.

Llegaron al alto de una callejuela. Berbinzana se adelantó y golpeó la puerta. Tuvo que llamar por segunda vez. Al cabo de unos minutos se oyó ruidos. Se abrió una ventana y apareció la cabeza de un hombre, apenas visible por la escasa luz.

- —¿Quién va?
- _;Soldados del rey! —le replicó el teniente desde la calle.

El hombre cerró la ventana. Tardaron bastante en abrir. El oficial y Ferreiras comenzaron a impacientarse. Berbinzana golpeó otra vez.

—Esta gente agotará mi paciencia —bramó por lo bajo el teniente. Les abrió una muchacha de unos veinte años, alta, afilada y de

cabellos morenos sujetos por un pañuelo.

—¿Quiénes son ustedes?

- —Ya lo he dicho, soldados del rey—replicó duramente el teniente, mientras entraba en el portal apartando a la muchacha.
- —Para ser soldado del rey no andan con muchos cumplimientos, ¿eh?
- —Los mínimos, señorita —exclamó el teniente, mientras echaba un vistazo a la casa.

Apareció en la escalera un hombre joven, de buena planta y aire marcial.

- --¿Qué ocurre?
- —Tenemos que registrar la casa —advirtió el oficial.
- —Son soldados del rey—afirmó Berbinzana mirando al hombre.
- —¡Vaya, Berbinzana, por fin encontraste buen amo! El perro que busca siempre lo encuentra—y sonrió con seguridad y confianza a aquel hombre.

Berbinzana hizo intención de adelantarse, pero el teniente lo retuvo.

—Quiero las cosas rápidas. ¡Venga!

Levantaron la casa, subieron al desván, registraron las habitaciones, la cocina, el establo.

- —Aquí no hay nada, teniente.
- _Lo suponia —dijo el hombre mientras miraba con aire de suficiencia al oficial.
 - _;En marcha! —exclamó el teniente.

- —¡Esto no me va!, ¡no es lo mío! —dijo con voz áspera el Cojo, tumbado en un rincón, con las manos en la nuca y la mirada clavada en los pellejos de vino.
 - -Por ahora es la única solución.
 - -Quizá, pero eso, no es lo mío.
- —Tampoco es lo mío, pero aguanto, porque no hay otro remedio. O te crees que estoy aquí por gusto, ¿eh?

Callaron los dos hombres. Pablo Goñi los contemplaba en silencio.

- —Un cura que nos esconde, que cierra la trampilla; un cura que se marcha a Estella...
 - -; Calla!
- —¿Sabes lo que te digo, Baigorri? Pues que cuando entraron los cagaos esos, tendríamos que haber salido y haberlos dejado tiesos a tiros...
 - -Hubiese sido una estupidez.
- —Esto es una estupidez, estar aquí encerrados como tontos, como ratas a merced del gato.
 - -Eran cinco. Hay que ser realista, Cojo.
 - -¡Ni realismos ni Cristos! Parecemos mujeres atemorizadas...
 - -En cierto modo algo hay de eso.
 - -Yo por lo menos no tengo miedo.
 - —Bueno, ¿y qué más da tenerlo o no?

Pablo Goñi terció en la conversación.

- —Lo curioso es que no sabemos qué ocurre fuera.
- —Andarán dormidos por ahí, tumbados. ¡Pero si son unos peleles esos facciosos! No tienen nada en la sangre —exclamó el Cojo.
 - -Pero tienen cinco fusiles y tú una pistola solamente.
 - -; Si te dan miedo!
- —No; lo único que me importa por ahora es que ellos tienen esos cinco fusiles y nosotros no.

Se callaron los tres hombres. En la pared la llama del velón hacía extrañas figuras, negras y ondulantes figuras movedizas.

La noche se había quedado súbitamente callada. Sesma había distribuído convenientemente a los hombres. En la plaza, cinco paisanos se iban turnando sucesivamente. Del campo no llegaba ni un ruido, pero aquel frescor después de la jornada invitaba a salir de las casas y a tumbarse en plena calle.

Apareció el teniente con Berbinzana, Fermincho, Ferreiros y el Asturiano.

-; Nada! -exclamó al encontrarse con Sesma.

Bajó la cabeza el hombre, creyéndose culpable del fracaso de las sucesivas expediciones.

—Quizá hayan huido al campo. Mañana, con luz sería conveniente buscarlos en el monte.

⊸No sé...

Parecía preocupado el teniente. Se sentía cansado y agotado, pero a cada minuto, a cada instante que pasaba se le iba haciendo más grande la necesidad de encontrar a aquellos tres hombres.

- -Juraría que no andan muy lejos -dijo Legazpia.
- —No sé —volvió a repetir el oficial—. La verdad, ¡no sé qué pensar! Levantó su vista hacia Sesma.
- —Mire, usted, de todas formas cuide de su gente. Siguen las mismas consignas. Nosotros daremos un rodeo.

El otro obedeció. Dió media vuelta y avanzó hacia el centro de la plaza solitaria y muda.

La patrulla se perdió al otro lado de la plaza.

- —Hace buena noche —exclamó Fermincho.
- —Pero convendría dormir un poco. Está visto que hoy no hacemos ya nada—afirmó el oficial—. Por eso convendría estar despejados para mañana...
 - -No iría mal dormir un poco-dijo el Asturiano.

Siguieron caminando en silencio. De pronto Ferreiras se dirigió al teniente:

- —El cura nos ofreció buen vino...
- -¿Qué quieres decir?
- —Nada; solamente que allí estariamos mejor.
- —La seguridad en plena guerra es un absurdo. No existe.
- —Bueno, pues, alli por lo menos estariamos bajo techo.
- —Eso es otra cosa.
- —La idea de Ferreiras no es mala, teniente —objetó Legazpia.
- —No me gusta demasiado.
- —El cura es de los nuestros. Todos los curas están con nosotros...
- —Esto es lo de menos —exclamó el oficial—. El cura no está.

Siguieron andando, pisando fuerte, y sus pasos resonaban como un eco saltarín y perdido, rebotando en las paredes y en las fachadas, perdiéndose luego en la negrura de la noche.

—Iremos allá —dijo el teniente, sin mirar a nadie.

CAPITULO IV

El teniente se paseaba de un lado a otro de la cocina con las manos en la espalda, el cuerpo ligeramente encorvado, la mirada en el suelo. Fermincho y Legazpia liaban un cigarro. Los otros dos se habían servido vino.

- -¿Un trago, teniente?
- -No.
- -Le haría bien.
- -Te he dicho que no.

Ferreiras elevó los hombres, hizo un gesto vago y se llevó la jarra a los labios. Sabía bien el vino, sabía mejor ahora después de una jornada larga y dura, después de haber subido a muchas casas y de haber levantado a muchos de la cama. Ferreiras lo saboreaba despacio y a modo.

Dejaron los fusiles junto a la chimenea, alineados correctamente uno junto al otro, así hasta cuatro. Brillaban las bayonetas al resplandor movedizo del velón. Fuera, en la calle, había un denso silencio. Pasó junto a la ventana un grupo de hombres. El teniente se asomó:

-Son los del relevo. Este tío lo ha tomado en serio.

No hicieron ningún comentario a las palabras del oficial.

Fermín se levantó y prendió el cigarro con el velón, luego se lo pasó a Legazpia para que encendiera. El teniente acabó por sentarse en una esquina, las piernas cruzadas, la boina caída. Se irguió un instante. Dijo:

—Fermincho vete a la plaza y manda recado a ese Berbinzana. Quiero verlo.

Fermincho se levantó y salió a la calle.

Al poco rato entró de nuevo seguido del tipo aquel, delgado y barbilampiño. El oficial, sin levantarse, lo miró fijamente.

- -¿Habéis encontrado algo?
- -Nada, teniente.

Volvió el oficial a bajar la cabeza y a mover rítmicamente las piernas.

—Puedes quedarte; voy a necesitar un enlace.

Se hizo un círculo en torno a la mesa. Fermincho y Legazpia tomaron las jarras y comenzaron a beber animadamente. Berbinzana se unió al instante. Sólo quedaba fuera el teniente, metido en sus pensamientos, absorto en un mar de cálculos. Berbinzana hizo un gesto característico, entre alegre y pícaro. Se metió las manos en el bolsillo de la chaqueta y sacó una vieja y mugrienta baraja.

-¡Mus! -exclamó el Asturiano.

Los otros le miraron agradecidos.

- -Eso está bien -inquirió Fermincho.
- -A ver si así matamos el sueño.
- -¡Jo!, pues no hace tiempo que no he tocado una baraja...

Bebieron otra vez y otra. Aquello comenzaba a tomar un aire nuevo, menos pesado y denso.

A Fermincho le dió por cantar, mientras Berbinzana y Legazpia barajaban las cartas:

Dicen que viene don Carlos y en la mano trae una flor; es la reina Margarita, que es la rubia más bonita que en el mundo crió Dios.

Legazpia, Ferreiras y Berbinzana le corearon con aire festivo. Fermincho gesticulaba, roja la cara, inflándosele el cuello al cantar. El teniente los observaba calladamente, sin decir una palabra.

—¿Un trago? —le indicó ceremonioso Ferreiras.

No contestó. Seguía mirándoles.

¡Qué bien te sienta, qué bien te sienta, la boina blanca y la colorá!

Palmearon con ganas, como bestias que han estado encerradas días y días sin salir, sin notar cerca el aire, el rumor del viento, el canto de los pájaros. Brindaron varias veces por don Carlos, por la legitimidad y por su teniente.

- —¡Viva nuestro teniente!
- —Viva.
- —¡Y viva la madre que nos parió a todos! —exclamó eufórico Berbinzana.
 - -; Mira éste, con la cara de tísico que tenía...!
 - -;Bravo por Berbinzana!
 - -; Es de los nuestros!
 - El Cojo se revolvió inquieto.
 - —Esto no me gusta. ¡Me oís?, no me gusta.
 - —Ni a mí tampoco.
 - —Entonces, ¿qué hacemos aquí?
 - —No lo sé todavía. Pero no hay más remedio.
- —Me voy a hinchar y voy a subir a hacerles una visita a esos cagaos de mierda.
 - —Sube —le contestó serenamente Matías—. Anda, sube!
 - El Cojo masculló, trago saliva con dificultad.
 - —Nos tienen cogidos. Sí, cogidos, como ratas.
 - -Por ahora no -contestó Goñi.
 - —Os aseguro que como les eche el guante los dejo tiesos.

Matías y Pablo Goñi callaron. El Cojo estaba excitado. Iba de un lado a otro, renqueando, moviendo su pierna enferma.

- —Pero, ¿es que no les estáis escuchando?
- -Mejor que tú, Cojo; por eso estamos quietos y callados.
- —Pues yo no. ¡Yo no aguanto!
- —Siéntate, será mejor.
- -No; si me siento voy a reventar.

Volvieron a callar. Dejaron que el Cojo fuera de un lado a otro, arrastrando su pierna, pasando por debajo de las odres, contemplando de cerca el velón y volviéndose rápido en un arranque de mala sangre.

- -; Cristos, con los facciosos de la mierda!
- -Mira, Cojo, como nos descubran por tu culpa te parto la cabeza —exclamó Goñi desde un rincón.
 - El otro pareció no oírle:
 - —A mi me da que el cura nos ha engañado...
 - —Mi hermano no puede hacer eso, ¿te enteras?
- -Entonces, ¿cómo están arriba? Anda, contesta... ¡Cómo agarre a uno de ellos le meto el cuchillo hasta la vejiga!

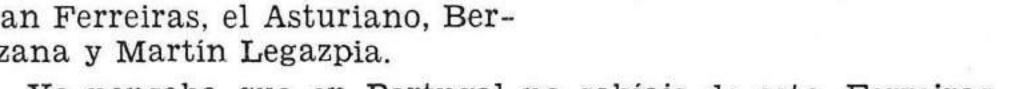
Se hizo el silencio entre los tres hombres. Pablo Goñi intentó dormir, pero no podía. Le pesaba la penumbra, el olor aquel de fermento, de humedad. Cerró los ojos.

- —; Envido a grande!
- -¡Quiero!
- —A chica.
- —Paso a chica.
- —Pares tengo.
- -; Tres envido!
- —¡Tres más!

El teniente probó de la jarra. Tuvo el vino unos segundos en la boca, luego trago con ganas.

- -¡Juego!
- -Envido.
- -¡No quiero!

La partida estaba animada. Jugaban Ferreiras, el Asturiano, Berbinzana y Martín Legazpia.



- -Yo pensaba que en Portugal no sabíais de esto, Ferreiras.
- —En Portugal sabemos de todo...
- -¡Bah!
- —Este aprendió en Guipúzcoa, ¿eh, Ferreiras?

Fermincho lió otro cigarro. Se fué hasta donde estaba el cficial.

- —En seguida amanecerá, teniente.
- -Lo dices pronto, muchacho.
- -Es necesario engañarse un poco -y sonrió-. A mí tampoco me hace gracia eso de jugar a la guerra, eso de buscar entre las sombras.
 - —A ninguno nos gusta, Fermín.

Hicieron una pausa.

- -Yo me acuerdo mucho de Eraul. ¡Aquello si que era guerra!
- —Sí, pero la guerra es todo, son muchas cosas.

El teniente volvió a repetirse mentalmente aquellas palabras, las palabras del hombrecillo de Cirauqui: «Cuando haya usted aprendido más, se convencerá de que la guerra son muchas cosas. Y la guerra es eso, lo de su hermano». Le subió hasta la cabeza un calor molesto, un calor tibio que le bañaba el rostro y le encendía las sienes.

—Usted sabe la verdad de lo que estamos haciendo ahora.

Elevó los hombros el teniente.

—¡Psch!, ya lo ves, jugando al mús—y sonrió, con una sonrisa forzada y breve.

Había en la cocina un tufillo espeso y denso.

- -Paso.
- -Dos más.
- --; Ordago!

Legazpia dió un golpe en la mesa.

- —¡Mira este pelao!, y parecía tonto.
- —Nos está limpiando los bolsillos.
- -; Bravo por Berbinzana!
- El teniente y Fermincho miraron hacia el grupo.
- —¿Ves?, jugando al mus...

Tornaron a llenar las jarras. Ferreiras y Legazpia brindaron sonoramente por la causa, el Rey y la legitimidad del trono.

- —¡Abajo la Constitución!
- —¡Eso, abajo!
- —¡Viva don Carlos!
- A Fermín le brillaban los ojos. Se volvió hacia el teniente.
- —¿Usted cree en la guerra?
- —Hay que creer, si no...
- A veces pienso, teniente, que esto no va a servir para nada.
- -Yo también lo pienso, pero estamos aquí para algo. Somos soldados.

- -Eso es cierto, pero ¡qué sé yo!
- —¡Tú no eres de los que te quedas atrás, Fermincho!
- -No; pero uno se acuerda a veces de la madre que quedó sola, del hermanillo pequeño, de la casa sin hombre, del campo que no está atendido, de las palabras antes de marchar. ¡Hijo, a luchar por el Rey!, y si luego no valiese para nada...

El teniente titubeó unos instantes.

-Claro que valdrá. La causa está formada por muchas voluntades así, por muchos pequeños sacrificios como el tuyo...

Fermincho era un tipo bajo, rechoncho y colorado. Andaría por los treinta escasos. Era de Sangüesa y había bebido la devoción a la Causa desde pequeño. Su padre luchó en el batallón de Guías y cayó herido en Mendoza. Lo mandaron a casa, pero a los tres días quiso volver otra vez al combate. Fermincho, por todas estas cosas, esperó siempre la oportunidad de continuar la línea de su padre, y cuando se enteró de que la guerra estaba ya fraguándose otra vez y que Dorregaray había asumido el mando para Navarra y las Vascongadas no dudó en alistarse. Luchó en Eraul y luego en Baramendi contra las columnas de Castañón.

- —A mí, teniente, me gusta la guerra abierta, el campo. Esto de buscar entre las sombras...
- —A todos nos ocurre igual, Fermín.
 - —Pero diga una cosa: ¿es tan importante cazar a esos hombres?
- -Mira, Fermín. Tú tal vez no llegues a comprenderlo, pero es preciso cortar la cabeza, sujetar a los de arriba... los cabecillas son siempre peligrosos.

Dudó unos instantes. Prosiguió:

—Piensa que el capitán espera mucho de nosotros.

Movió lentamente la cabeza Fermín.

—Sí, eso es verdad..., pero ¡yo creí que esto iba a ser cosa de un momento!

El teniente volvió a creerse engañado y mentido. Había momentos en que sentía una zozobra inmensa, un temor extraño. Se le llenaba el cuerpo de coraje, de ansias de atrapar a aquellos hombres y de hacerles ver que de él no se reia nadie.

- —Su padre de usted, ¿Luchó también?
- -Mi padre y mi hermano... a mi hermano le mataron los liberales.

Movió la cabeza Fermín. Sacó la petaca y ofreció tabaco. Liaron lentamente un cigarro. El teniente se levantó, prendió fuego y se puso a pasear por la habitación. Volvía a sentirse nervioso, contaba los minutos, el paso de los hombres por las calles, sus voces y sus ruidos. Notaba lejanas y vagas las conversaciones, los gritos de sus hombres, el chorro del vino al caer en la jarra, la voz ligera y empalagosa de Ferreiras. Salió hasta la puerta y observó el cielo estrellado, quieto y limpio. Berbinzana se había levantado y se acercó hasta el oficial.

- —¿Ocurre algo, mi teniente?
- —Nada. Puedes seguir—le contestó secamente el oficial.

Máximo Sesma y dos más llegaron cerca del camino. Se pusieron a hablar.

- -Este teniente es un crío.
- —Se cree que le van a venir a las manos.
- —Dicen que andamos mal de artillería. ¡Me río yo de la artillería, con estos oficiales tan chiquilicuatris!
- —Tendriamos que salir al campo. La guerra se está haciendo en el monte no en las casas...

Se detuvieron al borde de una cerca. Hicieron el relevo sin novedad. A la luz del farol, los cinco hombres se miraron entre sí.

- -; Suerte que la noche es buena!
- —Verás mañana, con el calor...
- —¡Cómo nos toque salir!
- —Ese tio no sé lo que se trae entre manos...
- —Nada. Es de leche, eso, de leche...

Subía lento y ondulante el humo. Dejaron a los recién llegados y los dos salientes con Sesma, dieron una vuelta hasta encontrar una callejuela.

- —Y a ese infeliz, va y medio lo matan.
- —Se necesita ser bruto.
- —¡Pero si es un pobre infeliz!
- —¡Un viejo con sus ideas, su libertad y su progreso! Pero nada más...
 - —Dicen que fué el portugués.
 - —A mí, el tio ese no me cae bien...
 - —Yo no entiendo eso de hacer la guerra con gente de fuera.

Los tres hombres se detuvieron junto a una esquina, en lo alto. El pueblo, dormido a sus pies, quieto y oscuro, parecía ajeno al momento, a la guerra, al afán de los hombres.

- —Si nos viera el tío Tomás, se reiría...
- —; Aquellos eran otros tiempos!
- —¡Pues no se ha empezado mal por ahora!
- —Pero con gente así, ¡tú dirás!

Doblaron un recodo y cayeron sobre la plaza. Allí, un grupo de hombres hablaba en voz baja. Arriba, la luna luchaba por salirse del enredo de unas nubes gordas y redondas.

TENKIA

LUYS SANTA MARINA

YO era muy niño entonces, pero aún le recuerdo, pequeño, desmedrado, con cejas y barba blancas, un guardapolvo color barquillo y una gorrilla negra muy usada. Se llamaba Pablo Carral y era el único anarquista, afincado en la ciudad hacía mucho.

Tenía un quiosco, todo de cristales, en una plazuela que miraba al mar por encima de unos raquíticos y entrañables jardincillos. En medio de aquella glorieta con bancos de piedra y plátanos labrados en sombrilla, «in the core of the square», estaba la estatua de nuestro héroe provincial: Don Pedro de Velarde, el compañero de Daoiz en el españolísimo Dos de Mayo, cuando lucharon a la desesperada defendiendo el Parque de Monteleón. Allí estaba, broncíneo, en su pedestal, el sable en alto, junto a un cañoncillo, rayo quizá en su tiempo de la tormentaria. Era de un viejo linaje montañés que, a Dios gracias, aún perdura; el lema de su escudo —una Infantina en lo alto de una torre y un caballero al pie, que alancea un serpentón disforme— parecía una leyenda carolingia: «Velarde el que la sierpe mató y con la infanta casó». Descaminados por el alma y el cuerpo del blasón, los eruditos locales se obstinaban en buscarle etimologías germanas o wikingas a su apellido, cuando bien cerca, a pocas leguas, tenían sus raíces éuscaras: «vela», halcón o cuervo y «arte» o «art», «roble», es decir, «roble del halcón».

Y a la sombra—sin metáfora—del totem tenía nuestro anarquista su tiendecilla, una relojería muy aparroquiada, donde venían curas de misa y olla, con muchos inviernos a cuestas, de raído manteo y casi pelada teja, perdidos de por vida en aldeorrios, y le traían sus relojes de plata de cuando fueron misacantanos, los cuales se habían parado a fuerza de marcar horas y horas durante años y más años, como sus dueños, hartos de oír chismes y absolver una vez y otra vez los pecados de siempre; señores mayores de llana cortesía, que desprendían sus cronómetros suizos de las pesadas leontinas de oro; damas elegantes con sus relojitos de París, prendidos en largas cadenillas áureas, y tantos y tantos parroquianos fijos o giróvagos; la aldeana a quien algún tío de Cuba le mandó un reloj muy vistoso, y quería saber cuánto valía, y al oírlo se le caían las alas del corazón, y se ıba muy mustia y caritriste. Allí se pasaba los días, las semanas, los años, siempre inclinado, con su anteojo de latón amarillo, sobre el alma sonora de los relojes.

Los había de todas castas y pelajes: cucos de la Selva Negra de afilada voz, tallados prolijamente a navaja, con su copete de faisanes colilargos, relojes de pared, taraceados de nácar en la caja y esferas de apagado esmalte blanco, relojes de sobremesa, relojes de caja larga, esbeltos como el Campanile de San Marcos, pobretones «roskof», abultados y fieles contadores de minutos y horas, suntuosos relojes de bolsillo con caja y tapas de oro, sabonetas y relojes de medio huevo, y relojes chiquitillos, «pendulettes», pura pacotilla, despertadores de los de entonces, que ponían en pie de un salto a los Siete Durmientes; cuando daban las doce en el sonoro reloj de la catedral, todos respon-

dían con sus vocecillas como un enjambre pajaríl. Y el amo y señor de aquel edículo dedicado al Dios del Tiempo, mirábalos con sus bondadosos y cansados ojos. En un rincón de la cristalera un cartel amarillento ya, impreso Dios sabe cuándo, decía: «Tenkia. Novela anarquista», por Pablo Carral. Precio, 1 peseta».

Aun los más recalcitrantes ultramontanos olvidaban las «ideas avanzadas» de Carral por su pericia, pues
tenía unas manos llenas de finura y
maestría. No le asustaban los trabajos más absurdos. Hacía revivir mecanismos que se detuvieron Dios
sabe cuándo ni por qué, quizá en
remotos días de los abuelos, y le
llegaban desarticulados, con alguna

espiga rota y cualquier ruedecilla perdida, llenos de polvo, unas veces gris ceniza y otras negro hollín, petrificada la grasa de ejes; cajas de música y peregrinos artilugios, ignorando por todos ya para qué sirvieron, meros caprichos, idos con sus dueños y con las modas y gustos que les dieron vida.

Rejuvenecía cuando una de esas piezas llegaba a sus manos. Ibansele las horas en su observación y estudio; sentíase liberado de la prosa diaria de relojes y más relojes o aburridos juguetes mecánicos de niños que fueron buenos unas semanas antes de los Santos Reyes.

Parecíale haber logrado, en parte, su gran sueño. Sueño que era una realidad concreta y tangible, ungida, eso sí, de leyenda, de gloriosa quimera. Durante su ya lejana estancia en París, como precoz -era casi un chiquillo-emigrado político, vió en la señorial Plaçe du Regent, en una exposición de orfebrería histórica, un cisne de plata que Napoleón regaló a Josefina. Estaba, con sus trece y medio kilos de peso, inmóvil en su estanque de ciento ochenta plaquitas de cristal ondulado, no lejos de un pececillo argénteo que brujulea, es decir, brujuleaba por su cuenta. Según el catálogo, el cuello del palmípedo, formado por más de un centenar de laminillas de acero, puede inclinarse y atrapar el pez; y además girar a derecha e izquierda para alisarse las plumas de las alas, entre la música de un carillón muy suave... Mas tales primores habían de intuirse: el cisne permanecía en su lacustre imperio absorto y desdeñoso.

Pablo le miró y remiró y, tras leer atento su descripción en el catálogo, le preguntó a una señorita por el dueño de la sala y propuso, gratisdato, volver a la vida a cisne, pez y «cristalinas» ondas; el «musiú» díjole muy amable, no era suya la pieza, sino de un caballero inglés, y nada podía hacer sin su anuencia. Tomó no obstante nombre y señas para informarle del asunto.

Pero pasó el tiempo y nada dijo; quizá la extrema juventud del muchacho le impidió tomar en serio su oferta. Meses después, merced a una amnistía, Pablo regresó a España, y nunca más supo del cisne, tan inasequible para él

Selpertador be peccadores: Junenta-do por vino bellos.

cual el de Leda o de Lohengrin. Y no pudo olvidarle nunca; fué su dulce tormento de por vida.

Las primeras veces que el rey visitó la ciudad venía un policía y llevábale al Gobierno Civil, que estaba al lado; a las pocas horas le soltaban, pues era un alma de Dios, incapaz de hacer daño a nadie. Un idealista, compañero en sus mocedades de Fermín Salvochea. Todo el mundo conocía su hombría de bien y su generosidad inagotable: no tenía nada suyo.

Cuando menudearon las regias visitas, se cansó la policía de aquel rigodón de detenciones y libertades y no volvieron a buscarle; quizá Don Alfonso, enterado del caso, diera la orden envuelta en una sonrisa: ¡harto había de atentados con sangre y muertos!

Pienso que al viejo discípulo del Príncipe Kropotkine, le debió de llegar al alma aquel olvido, aquel piadoso olvido. Lo cierto es que murió meses después entre sus queridos relojes, aferrado al six-clefs, siempre a su alcance. De seguro mandó le enterrasen en el cementerio civil; fué su última inocente rebeldía. Y desde luego se fué solo, pues ni perro tenía. Y lo grande es que no hizo nada ni por estarlo ni por dejarlo de estar; cosas de la vida. Alguna vez decía:

-Estoy solo, como el junco en el agua.

Y podía haber agregado: —Solo con mi honor y mi orgullo —pues era un caballero andante de Dama Acracia, «la belle Dame sans Mercy».

Luego pusieron allí un puesto de caramelos, palo de regaliz y juguetillos para niños pobres, esos niños que andan por la calle libres como pájaros; caballitos de cartón de a dos perras gordas; canicas de apagados colores, expuestas en un tarro de cristal; chillonas trompetillas de hojalata; tiragomas; tracamacas; trompas; pelotas de trapo, forradas de badanas...

Sentí no ver más al viejo y nunca compré ninguna baratija en aquel tenderete que había profanado el minúsculo templetillo del Dios del Tiempo. Parece oportuno recordar la causa de los distintos tamaños obtenidos en la reproducción de portadas de libros en esta sección bibliográfica: los grabados reducen a su cuarta parte las dimensiones reales de cada volumen. Es un dato visual pensado para mejor orientación del lector.

LA PROSA

Autobiografía de un libro

EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

CARMEN BRAVO-VILLASANTE



Desde que estuve en Puerto Rico, el Nuevo Mundo me atraia cada vez más, no sólo por lo que descubría en él de nosotros, sino por la novedad y el brillo de las culturas indígenas. Cuando unos cantores camagüeyanos nos preguntaban: «¿Qué quieren que cantemos?, décimas a lo humano o a lo divino», el salto era fabuloso, hacia el XVI y el XVII. Y cuando en el teatro de titeres callejero y escolar aparecia Juan Bobo haciendo sus gracias simples, la sorpresa no era menos grande. América era un filón para la literatura infantil. La exigua selección de autores hispanoamericanos debía engrandecerse, pensamos.

El momento era propicio para el descubrimiento de la literatura infantil del Nuevo Mundo. Y entonces comenzó un trasiego de cartas, una infinidad de pesquisas detectivescas, una serie de conversaciones indagatorias y hasta una colección de aparentes tonterías, que tenían por finalidad allegar datos y conocimientos.

Yo no sabia nada, era una persona que no sabia nada—como Pasteur cuando le enseñaron un capullo de mariposa y se creyó que era una semilla y luego hizo sus famosos descubrimientos sobre las mariposas—, y tenía que enterarme, por ejemplo, del estado de la literatura infantil en Costa Rica. Entonces me sumergía en los ficheros de la Biblioteca Nacional y leía todo lo referente a los autores costarricenses. El resultado era, a veces, mínimo. Luego en esa inmensa biblioteca del Instituto de Cultura Hispánica, con una plegadera en ristre -porque muchos libros están cerrados—, entraba a saco, sin orden ni concierto, en los estantes de América Central. De la pedagogía pasaba a la poesía, de allí a la historia, luego al folclore, una ojeada sobre la novela y los libros de memorias y poco a poco se iban atando cabos. Un anciano escritor rememoraba su infancia, y de las líneas preciosas surgían nombres, lecturas preferidas, añoranzas, y a veces proyectos de literatura infantil.

Ya empezaba a dibujarse el plan de la literatura en aquel país. Ahora venía la segunda parte: la investigación en vivo. Había que hablar con costarricenses, o si se trataba de Colombia con colombianos. Se localizaban estudiantes de aquel país, se sentaba uno junto a ellos y de pronto se entablaba conversación: «¿Es usted colombiana?» «Sí.» «Pues yo soy una escritora que estoy escribiendo un libro sobre la literatura infantil de Colombia. ¿Podría usted decirme qué autores son los preferidos en su país?» A veces el estudiante titubeaba. Otras, certeramente, respondia: «Fulano, fulano y fulano.» «Y usted, ¿qué leia de pequeña?» La respuesta era inmediata. Todos recordaban a sus autores predilectos. «¿Sabe usted qué leian sus padres? ¿Recuerda usted qué leian en tiempos antiguos? ¿Qué se leen en las escuelas?» En fin, un largo interrogatorio que se convertía en amistad simpática, y la gente quedaba «envenenada» para siempre por el interés del tema.

Y otra vez la búsqueda de los libros recomendados, y nuevas cartas a las direcciones de los autores modernos, con numerosas preguntas, explicaciones sobre la propia identidad, y para conseguir la respuesta —no siempre pronta y fácil— un llamamiento al sentido patriótico, etc.

Todo seguía siendo casual y premeditado al mismo tiempo, es decir, parecía casual, pero estaba dirigido. Creo que nosotros dirigimos la vida. La vida no nos dirige.

En octubre de 1964 se celebraba en Madrid un Congreso Internacional de Literatura Infantil. Era necesario que asistiesen los países americanos. Había que organizar una Exposición de Libros de América, que serían utilisimos para mi historia y antología. Después de localizar a las personas más representativas de cada nación americana, que a su vez se relacionaban con otras, se las invitaba a venir y se solicitaba el envío de libros. Los libros iban llegando en grandes paquetes. Los autores, los maestros, los bibliotecarios se iban dando la voz y enviaban libros. Sorprendentemente coincidían con nuestro esquema de la literatura infantil de cada país y lo enriquecían.

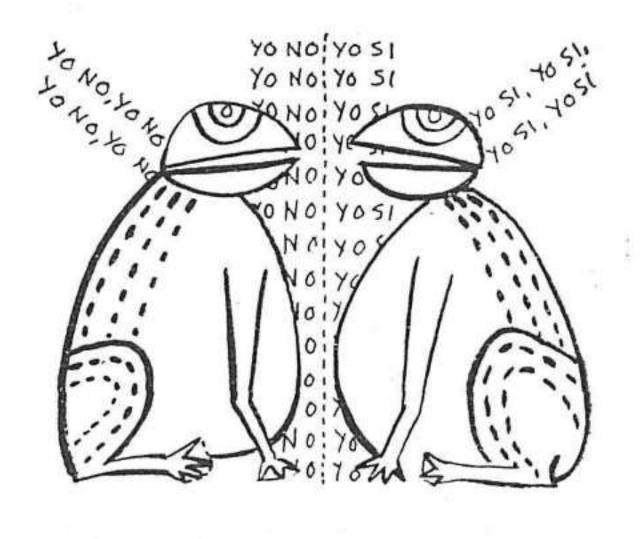
Algún país, como Bolivia, permanecía en silencio. A ese país se le escribia y no contestaba. Se volvia a escribir y el escritor requerido remitía a otro escritor, que a su vez remitía a otro en un juego interminable, como esas narraciones folclóricas infantiles que no tienen fin. ¿Qué hago yo con Bolivia? ¿La borro del mapa de la literatura infantil? Estuardo Núñez, el gran peruanista, se reia y contaba la historia de la reina Victoria de Inglaterra, que borró del mapa a esa nación, enfadada por la imposibilidad de resolver un conflicto mediante relaciones diplomáticas. «Carmen hace como la reina Victoria. Si Bolivia no responde la borra del mapa.» Y todavía estoy esperando las respuestas de escritores, ministros, agregados culturales, estudiantes, que espero lleguen para la segunda edición.

Desde Perú, Carlota Carvallo, la gran escritora para niños, me facilitó muchas noticias. De nuestra correspondencia nació una amistad. Carlota era una corresponsal puntualisima. Contestaba a vuelta de correo, con datos de literatura y con datos humanos que me interesaban tanto o más que los literarios. ¡Qué sorpresa el día que se abrió la puerta de mi casa y apareció Carlota como una reina inca!: «Soy Carlota Carvallo.» Todos iban llegando. Otro día: «Soy Rafael Jijena», que llegaba de Argentina, «Soy Marcela Paz», de Chile. «Soy Conchita Alzola», de Cuba, «Soy Espinosa Borges», de Montevideo. «Traigo estos libros de Juana de Ibarbourou y esta dedicatoria, y las cartas de Gastón Figueira y de Montiel Ballesteros.»

A la avenida de América llegaban de América. Entonces las conversaciones eran interminables; pasábamos las tardes hablando, comentábamos libros... Aquellos amigos sabian muchísimo y se sorprendían, a veces, de que yo supiera cosas que ellos no sabían. El panorama se iba completando. De la biblioteca del Instituto de Cultura Hispánica yo me traía maletas de libros, el director me dejaba «merodear» por los pisos. «Me voy a Méjico, me bajo a Paraguay, ahora me quedo en Guatemala.»

Es así como se hace un libro, con muchas intuiciones, habilidades, diplomacias, a veces desplantes y violencias, súplicas y hasta terribles sacrificios. Con la persistencia de la gota de agua. Yo estaba enajenada, como deslumbrada con la poesía, la novela, los cuentos y el folclore de América. Lo más







interesante era que desde Madrid yo vivia en América, me eran familiares sus calles, las costumbres, los tipos, el lenguaje coloquial, y oía canciones americanas, escuchaba las artimañas de Tío Tigre y Tío Conejo, de todos los animales de ese riquisimo fabulario americano.

En mi cabeza siempre tenía la idea de que 180 millones de personas hablan el español y que los niños de lengua hispánica, bien sean de España, de Argentina, de Chile, de Colombia, de Perú, de Méjico, de Cuba, de Uruguay, de Puerto Rico, debían tener lecturas comunes en esa gran patria del idioma, pues ¡qué desconocimiento mutuo teníamos!

Camino de América me encontré con Portugal. Esta podría ser la historia del descubrimiento de nuestro vecino, pues España y Portugal son dos vecinos vueltos de espalda. En las librerías portuguesas no hay libros españoles, ni en las de España libros portugueses. Como resultado de la asistencia a algún congreso organizado en Portugal, nacieron amistades duraderas, y un interés muy vivo por toda la literatura portuguesa. Fernando Pi-

res de Lima fué el gran introductor a la literatura infantil; posteriormente una visita de Lilia da Fonseca, angolesa de gracia vivísima. Lo ibérico se imponía en los libros, y el Brasil como continuación de Portugal y de ese bloque ibérico literario. Surgió Filipinas, a lo lejos, aquellas lejanas islas Filipinas donde todavía se habla español y en donde se conservan las leyendas

y tradiciones infantiles como perlas del mar Pacífico.

El descubrimiento de América se prolongaba hasta las Filipinas; desde España el historiador daba la vuelta al mundo para retornar al punto de partida. Al término del viaje empezaba otra aventura, pero ésta ya es otra historia donde intervienen la Editorial Doncel y la pintora Pepi Sánchez.

DOS LIBROS BAROJIANOS

Julio Caro Baroja: La ciudad y el campo. Alfaguara. Madrid, 1966, 225 págs., Ø21,5×15Ø, 150 ptas.

Es innecesario decir quién es Julio Caro Baroja, bien conocido a través de sus numerosas obras, pero desde el punto de vista, personal, introspectivo, resulta siempre interesante la definición que un autor da sobre sí mismo, como la que ahora nos ofrece Julio Caro Baroja en la introducción de este libro suyo cuando dice: «Este es un libro de un hombre que después de creer que iba a ser arqueólogo, antropólogo y otras cosas más, propias de la sociedad moderna, se convenció de que era aprendiz de humanista, a la antigua, y que en esta vía tenía aún mucho que hacer.» Al leerle comprobamos que hay efectivamente realizaciones útiles y verdaderas, donde la penetración científica del etnólogo confiere un enfoque nuevo al análisis de problemas tradicionalmente humanísticos.

El presente libro ofrece un original planteamiento sobre seis cuestiones, en una compilación de estudios independientes pero relacionados unos con otros en el fondo por un vínculo esencial; es este el punto de vista que prevalece en ellos, al presentar el autor su antropología de las ciudades o zonas urbanas frente a la antropología de los campos, porque en el planteamiento de esta cuestión ya antoñana Julio Caro parte de la contraposición en la forma de vida urbana y rústica, pero en realidad hace notar que ambas formas de existencia se complementan, sobre todo en los hombres del Mediterráneo. Esa forma tradicional de oposición, que desde la antigüedad clásica hace atribuir caracteres opuestos al hombre del campo y al hombre de ciudad, sobre todo en el aspecto moral y valorativo, en términos generales, queda desarrollada por el autor en el primer estudio, cuyo título, La ciudad y el campo o una discusión sobre viejos lugares comunes, responde plenamente al contenido.

El segundo ensayo, Menandro y los campesinos del Mediterráneo, nos ofrece sobre la base de la poco conocida comedia «El díscolo», un planteamiento directo del ambiente campesino de una aldea del norte de Atenas, donde se evidencia que la tierra hace al hombre, sobre todo, dice Julio Caro Baroja, «cuando la tierra es áspera». El díscolo Cnemon es un hombre que necesita

la soledad, un insociable, quizá, como advierte Julio Caro, porque la pobreza es causa de insociabilidad, y en este aspecto Cnemon, «hasta cierto punto, resulta representante de todo el paisanaje pobre del Atica». Inversamente, Sostrato, pretendiente de la hija de Cnemon, es el arquetipo del «señorito» rico, como hijo de un pudiente agricultor de la comarca. Es aquí donde riqueza y pobreza manifiestan su oposición social y generan el concepto de orgullo, honor, etc., desde sus puntos de vista respectivos para crear antagonismos. Otro personaje definidor es Gorgias, hermano de la joven, que ha creido ver, desde su punto de vista de pobre, un ultrajador en Sostrato, pero es capaz de apreciar buenas intenciones en el hijo del rico y hacerse su los teológicos, los literarios y los esclavos, cuyo papel contribuye al desarrollo de la comedia de Menandro, plantea Julio Caro Baroja la lucha de orgullos y la oposición de la ciudad y el campo en la antigüedad clásica.

El tercer ensayo, Honor y vergüenza, que fué primeramente publicado en la Revista de dialectología y tradiciones populares, se enfrenta al reconocido influjo que los conceptos de «honor» y «vergüenza» han ejercido sobre las sociedades de la Europa meridional. Lo importante aquí, a nuestro modo de ver, es el punto de vista del autor al buscar los cambios de significación en su aspecto histórico y geográfico, para lo cual plantea la cuestión, en lo que se refiere a la sociedad española de otras épocas, basado en cuatro clases de documentos: los textos legales, los teológicos, los literarios y los estrictamente históricos. Además, creemos muy fundamental el haber esquematizado el autor dicho estudio en tres épocas históricas: primero, Sobre el honor medieval; segundo, El honor en los siglos XVI y XVII, y tercero, El tránsito a la sociedad moderna.

El cuarto ensayo de este libro es inédito, y responde al título Linajes, bandos, ciudades y monarquías. Toma como base una rara obra de don Juan Alfonso Rodríguez de Lancina, impresa en Madrid el año 1692, con el título de «Historia de las reboluciones del Senado de Messina»; una historia chispeante, plena de vida, para sacar deducciones respecto a ese planteamiento que ofrece Julio Caro Baroja sobre las estructuras políticas, sociales y económicas de los pueblos y ciudades del Mediterráneo.

Aediterraneo. El quinto ensayo, titulado Sobre ciudades españolas, nos ofrece una interpretación del desarrollo de las ciudades a partir de la Edad Media, con sus barrios característicos, el porqué de su fisonomía interior, y en el fondo su génesis como reflejo ante todo del poder político, por donde nos lleva el autor a comprender que cada ciudad desarrolle sus elementos según las estructuras de poder vigente y se haga «más fortaleza, más mercado, más bella y placentera, o más hirsuta, así también puede decirse que desde el punto de vista ético y psicológico cambia de ser, varía».

El último ensayo, Sobre la expansión de la cultura portuguesa, fué publicado el año 1959 por la Sociedad Portuguesa de Antropología y Etnología. La habilidad navegante de los portugueses para descubrir y colonizar tierras, su actividad comercial a través de las nuevas rutas abiertas por ellos, su postura antirracista, su acción cultural, son en este último estudio del presente libro de Julio Caro Baroja una serie de puntos de vista, encadenados felizmente, que nos llevan a la mejor comprensión de «algunos caracteres del proceso de integración y de desintegración cultural debido al contacto de los pueblos peninsulares con otros...».

В

José Alberich: Los ingleses y otros temas de Pio Baroja. Alfaguara, 1966; 179 páginas, $\emptyset 21.5 \times 15 \emptyset$, 150 ptas.

El autor se sitúa desde fuera, mira desde Inglaterra la perspectiva de la literatura española. Gracias a este punto de vista, cree José Alberich poder entender mejor a España y a los grandes españoles como Baroja.

El agnosticismo característico de Baroja, y en cierto modo su vitalismo, se hallan profundamente analizados en el primer capítulo de este libro, no en su aspecto superficial, que salta a la vista, sino en su esencia y en sus interdependencias mentales que se relacionan con su postura ante el mundo, con su exaltación de los valores latentes en la naturaleza, de la vida y realidad de la existencia, ajeno a toda metafísica y con esa gran independencia filosófica, política y social, para sentir y pensar, que caracterizó a don Pio.

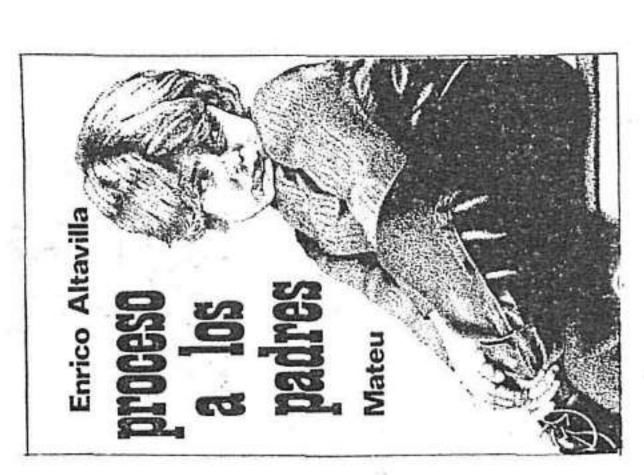
En el segundo capitulo nos ofrece José Alberich un interesante estudio sobre la biblioteca de Baroja, donde nos demuestra que «su formación humanistica y filosófica era mucho más solida de lo que aparentan sus novelas o ensayos». Efectivamente, José Alberich nos presenta aqui un recuento de libros, totalizado en obras de literatura (española, francesa, inglesa, americana y rusa), clásicos (griegos, latinos, españoles, franceses), obras no literarias (filosofía, antropología y biología, historia, critica, de religión, de brujería, viajes, etc.), lo cual da aproximadamente cinco mil treinta y cinco ejemplares. Lo más interesante de todo esto son los comentarios que hace José Alberich de cada una de las secciones de la biblioteca de Baroja para acercarnos así directamente a la intimidad de la raigambre literaria del maestro, sobre todo en su forma de seleccionar, y ni que decir tiene con la presencia de sus manuscritos.

Sobre «el estilo de Pio Baroja» hay en este libro un capítulo cuyos puntos de vista sientan como una base metódica para un estudio sistemático de la estilística barojiana, que necesariamente habría de ser más amplio y es una de las empresas que esperamos acometa José Alberich algún día, quizá de forma exhaustiva, dado el profundo conocimiento que tiene de todas las obras del gran novelista, la agudeza que demuestra ya en este ensayo para captar su fondo, gestación, desarrollo y forma expresiva. Evidentemente, como dice José Alberich, la critica se ha ocupado hasta ahora mucho más de la personalidad humana de Baroja que de su producción novelistica.

José Alberich nos habla también del interés que despertó siempre en Baroja la aventura humana, y de la cual es un elocuente indicio su afición a leer esas características novelas inglesas de aventuras. Es quizá, como dice José Alberich, la aventura como «evasión», y se pregunta cuál de las dos aventuras, la de la vida real o la «literaria», es «evasión», para responder que ambas son evasión; porque «la vida aventurera es evasión de la vida de pensamiento, es un aturdimiento con el influjo de los sucesos para escapar a toda tentación de hacer metafísica sobre el mundo y sus razones. La literatura aventurera, por otro lado, y tanto para el autor como para el lector, supone también una escapada, aunque sea temporal, de los problemas, los disgustos que nos trae la realidad circundante». También es una buena captación de José Alberich la de ese trasfondo que existe en muchas obras de Baroja, sugeridor de «toda una trastienda repleta de pequeños recuerdos aprendidos en las novelas inglesas...».

La anglofilia de Baroja, con el gran contenido de personajes ingleses en sus novelas, con la infiltración de normas e ideas del ambiente social de Inglaterra, tradicionalmente, es una cuestión que José Alberich analiza sin prejuicios, con una visión propia y directa de la obra barojiana, y una captación del sentir auténtico de Baroja, percibido en su ideario, con visión psicológica, como, por ejemplo, cuando se refiere a La ciudad de la niebla, donde se muestra el desabrimiento anticolectivista por boca del

BRERIAS



PROCESO A LOS PADRES
MATEU • BARCELONA, 1967
208 PAGS. Ø14×22,5Ø. 120 PTAS.

Antonio Millán Puelles

LA ESTRUCTURA

DE LA SUBJETIVIDAD

RIALP © MADRID, 1967

RIALP © MADRID, 1967

VENEZUELA

RIALP • MADRID, 1967

520 PAGS. Ø15×21,5Ø. PTA

Ricardo Ulloa Barreneche:

LA VIRGEN MARIA EN EL MUSEO DEL PRADO EDITORA NÁCIONAL MADRID, 1967 9 PAGS. Ø17 × 24,5Ø. 300 PTAS.

239

Creación musical
Vicente Salas Viu

Vicente Salas Viu MUSICA Y CREACION MUSICAL TAURUS • MADRID, 1967 318 PAGS. Ø11×18Ø. 75 PTAS.

Madrid, 11 de marzo de 1967

personaje Aracil. Y cita José Alberich el fragmento en la extensión precisa para demostrarnos que Baroja «admira al inglés por enérgico, activo, práctico; lo contrapone al español de su tiempo, abúlico y sin ideales, y a veces no cabe duda que desea para si o para sus compatriotas esas virtudes del inglés. Pero el fruto de esas virtudes, el poderio económico, la estabilidad política, el bienestar material que los ingleses han conseguido a fuerza de tenacidad, de audacia, de actividad incesante, ya no le entusiasma».

Hay un aspecto en Baroja que José Alberich ha sabido percibir genialmente, es a lo que dedica el sexto ensayo de este libro con el título de «El mito de lo nórdico y lo anglosajón en Baroja», donde muestra la evidente adhesión a lo nórdico de nuestro gran novelista. Dice que Baroja «se considera latino en el lenguaje, pero en ideas, en gustos, en sentimentalidad, se siente nórdico. Hasta en sus tendencias religiosas se opone al dogmatismo judeo-cristiano para inclinarse a un vago panteismo que él cree caracteristico de las regiones célticas. Su estética sigue la misma orientación».

Luego, sin abandonar esta línea del pensamiento barojiano respecto a lo inglés, José Alberich incluye en este libro otro ensayo con el sugestivo título «Baroja frente a Shakespeare». El concepto que Baroja tiene de Shakespeare, a través de sus propias citas, tiene aquí alcance psicológico para co-

nocer al propio Baroja y su difícil urdimbre de ideas, por muy claras que resulten. Así, por ejemplo, si en un principio lo que Baroja admira de Shakespeare es su potencia creadora de personajes tan diversos, tan definidores o arquetípicos de pasiones humanas, después lo que más le maravilla de Shakespeare es su retórica y su alegría. De esta última observación saca José Alberich consideraciones de un gran acierto respecto a lo que podría llamarse el «mensaje» de Shakespeare para Baroja. Expone después el autor una larga serie de apreciaciones muy definidoras de Baroja, que nos llevan hasta lo que puede haber de humorístico en don Pio, que si lo hay es indudablemente de corte shakespeariano.

«El caso Tichborne y "Los impostores joviales"» es el título del último ensayo de este libro de José Alberich, y responde a la utilización de Baroja del histórico proceso londinense de Tichborne para la confección de la novela Los impostores joviales, aunque la versión de nuestro novelista no responda exactamente a los hechos reales, pues Baroja no quiso sin duda, según opina José Alberich, constatar la audacia y la habilidad del impostor, sino dar un giro bondadoso e irónico a su relato, pero, continua Alberich: «Como compensación de esta debilidad en la trama, la novelita tiene otros encantos...»

LUIS BONILLA

NOVELAS Y FABULAS

Albertine Sarrazin; El astrágalo. «Palabra en el Tiempo» núm. 8. Editorial Lumen. Barcelona, 1966; 224 páginas, Ø18,5×13,5Ø, 200 ptas.

¿Duele, asombra, asquea o conmueve el caso de esta argelina—hija de madre española y padre desconocido—, Albertine Sarrazin, que a los veinte años ha conocido ya toda clase de degradaciones y depravaciones -prostitución, alcoholismo, encarcelamientos, perversiones sexuales, atracos a mano armada— y que a los veintiocho se apunta en Francia un deslumbrante éxito de crítica y público con dos novelas autobiográficas: L'Astragale y La Cavale? Uno cree que es una mezcla de todo eso —dolor, asombro, asco, lástima— lo que esta frágil muchacha de ojos negros e inteligencia vivísima produce en quien se acerca a sus breves vida y obra y en su mundo se adentra llevado de su prosa ágil, dura, cortante, suave a ratos, palpitante y sincera siempre.

Javier de Albiñana acaba de traducir al castellano, para la colección «Palabra en el Tiempo», que dirige Antonio Vilanova, la primera de las dos citadas: *El astrágalo*. Anne —Albertine— se rompe el hueso del pie

que lleva tal nombre al saltar desde los muros de la prisión donde cumple una condena de siete años. Ese hueso roto será, paradójicamente, la taba a la que esta muchacha se jugará su suerte. Quien la recoge, agotada y sangrante, es otro personaje de mal vivir, ex presidiario como ella: Julien. El la protege, la ayuda, la hace su amante, se aparta de ella, mas regresa siempre. «He interpuesto mi pie inmovilizado en la vida de un granuja...», escribe; sí, su pie inmovilizado la hace volver, por un largo momento, a la realidad («la realidad, ¿esa podredumbre?»), renacer de sus propios escombros. A través de su mente, turbia por el vicio y el alcohol, Anne ve perfilarse la «figura abstracta y azul del amor», surgir la eterna pregunta: «¿Qué es eso que pasa como un rumor de su cuerpo al mío? ¿De dónde ha nacido?» Uno recuerda aquí el desafío de Martín Fierro y el guitarrero de piel negra, su respuesta a la difícil interrogante: «¿De dónde nace el amor?».

> A pregunta tan escura trataré de responder,

vacilaba el Moreno, a la sombra de aquellos remotos octosílabos. Albertine —Anne— trata también de hallar la razón, el origen de aquella fe impa-

ciente y segura, nueva en su alma, y entre sus brumas distingue, intuye: «El que me haya lastimado tan suciamente —escribe— y el que me haya escapado y remendado tan milagrosamente es un signo, el preludio y la condición de algo, algo mucho más importante que un amor adulterado, concluído en la cárcel y casi muerto por el olvido.» Al final, Anne volverá a las cuatro paredes que matarán su libertad: no a esa cárcel de la que ella soñaba a Julien único carcelero, sino a aquella otra de la que un día volara ángel—o demonio— desalado. Pero dentro del pecho de esta muchacha truncada fluye otra vez el manantial que creyera cegado. Y una mujer nueva se adivina crecer desde su triste sonrisa todavía luminosa.

CARLOS MURCIANO

Bernard Malamud: Una nueva vida. Editorial Lumen. Barcelona, 1966, 423 págs., Ø18,5 × ×13,5 Ø, 230 ptas.

El novelista neoyorquino Bernard Malamud reafirma en esta novela, A new Life su trayectoria y su postura literaria que ya conocemos de cuentos y novelas anteriores, donde mostraba esa atracción hacia el aspecto trágicocómico del vivir cotidiano, que recoge con una manera de narrar desenfadada, pero que no llega a ser humoristica en el verdadero sentido de la expresión, sino más bien ausencia de prejuicios, donde puede adivinarse una intención satirica, como en esta reciente novela. Una nueva vida, donde prevalece como fundamental, a nuestro modo de ver, un fondo de critica a las costumbres norteamericanas. Sinceramente nos parece que la sociedad, el hogar, las relaciones sociales y sexuales no quedan en muy buen lugar en lo que respecta a la moral básica de nuestra civilización. Quizá el autor no pretenda eso, sino ironizar y presentar personajes fuera de lo normal, pero es el caso que a través de sus narraciones se nos ofrecen ambientes con tendencia a ser generalizados, y terminamos por crearnos imágenes, a través de la lectura, que no pertenecen ya a la trama esencial de los personajes centrales, necesariamente, sino a las costumbres, al estilo de vida; y esto suele ser lo que más queda generalmente en esa fácil aceptación, por el lector, de lo novelesco como en cierto modo verídico, o como reflejo de lo auténtico, cuando leemos, por ejemplo, la intrigante vida del profesorado de un colegio universitario, el desenfado erótico de una alumna con el profesor, la amoralidad de una esposa, la ridicula indiferencia moral del esposo para discutir con la mayor naturalidad con el burlador los pros y los contras de la situación. En fin, es evidente la sátira de Bernard Malamud al ambiente que presenta de un rincón provinciano del Oeste de Norteamérica, bajo el velo de satirizar la existencia de un hombre de tipo medio que parece incapaz de salir de su fatal torpeza para resolver los problemas a que se enfrenta.

El protagonista de Una nueva vida es un barbudo neoyorquino, Seymour Levin, el consabido alcohólico regenerado, que llega en tren al otro extremo de los Estados Unidos, a una pequeña ciudad universitaria del Oeste, para tomar el puesto de instructor de inglés en el College de Cascalia. Así empieza la novela, cuando el profesor Gilley con su esposa le esperan en la estación y le invitan a cenar en su casa. Ya desde el principio, al instalarse en el coche, Pauline no deja a Levin colocarse en el asiento posterior, sino que le hace sentar delante y ella se pone entre los dos hombres. Durante el trayecto, ella pregunta a Levin si lleva fotografías de familia o de la novia en la cartera. Como responde que ni fotografias, ni novia, ni cartera, Pauline rie a carcajadas y su marido entre dientes. Luego, durante la cena, Pauline deja caer sopa en los pantalones de Levin, el cual se cambia con unos de Milley, que ella le ofrece. Hay un coloquio a través de la puerta del cuarto de baño cuando él se niega a aceptar unos calzoncillos de Gilley. Después, un niño se orina en los nuevos pantalones, y Levin ha de cambiarse otra vez tras el consabido coloquio. Así, reiterativamente, se apunta ya la intención erótica que va a presidir en Pauline durante el curso de la novela. En realidad ella va a jugar un papel que es un eco del clásico tipo de Madame Bovary, pero más vulgar. Y como ya se anuncia desde el principio con acciones e intenciones previas, Levin se ve entregado irremisiblemente a los amores clandestinos de Pauline, la cual tiene ya su historia amorosa, llamémosla así, de la que, por ejemplo, es testimonio una fotografía que hizo su marido de ella, sin que lo advirtiese, desnuda en la playa con otro hombre. Pero Levin tiene también otros devaneos sexuales con una alumna. Es ella más bien la que acosa a Levin con aplomo y sin gazmoñeria de colegiala, sino con un dominio psicológico de la situación que desconcierta y deja a Levin inmerso en una serie de titubeos entre la insatisfacción y la satisfacción, entre lo biológico y lo mental, con esa inseguridad suya caracteristica a través de toda la novela y que le hace fracasar también en esta nueva vida.

La primera cita con la joven Nadalae, que acaba de cumplir los veinte
años, es en un motel, a donde llega
Levin tras un largo recorrido en automovil, de varias horas, y cuyo azaroso
viaje relata Bernard Malamud con irónico sentido de la realidad. Cuando llega, aunque muy tarde, a la cita, ella le
abre la puerta del apartamento del motel ya desnuda, ante lo cual deja Levin una lucha mental que le ha ocupado sus pensamientos durante todo el
viaje.

No obstante, Levin vuelve a los brazos de la esposa de Gilley. Se suceden las consabidas escenas, donde Levin es indiferente en el fondo y quiere rehuir toda complicación, pero no abandona el trato sexual con ella. Asi transcurren estos amores hasta que ella decide pedir el divorcio; le plantea al marido la cuestión, pero él se niega a dejar que se lleve los niños. Entonces Pauline pide a Levin que intente convencer a Gilley. Entre ambos hombres hay una larguisima entrevista de regateo, donde, por ejemplo, Gilley, al referirse a su esposa, enumera los inconvenientes que tendrá Levin si se la lleva:

Maurice Montuclard
CONCIENCIA RELIGIOSA
Y DEMOCRACIA
TAURUS • MADRID, 1967

201 . Zor ~ 11 Z . con .

TAURUS • MADRID, 60 PAGS. Ø11×18Ø. 30 P

Henri Bouillard

LOGICA DE LA FE

TAURUS • MADRID, 19
230 PAGS. Ø11×18Ø. 80 PT/

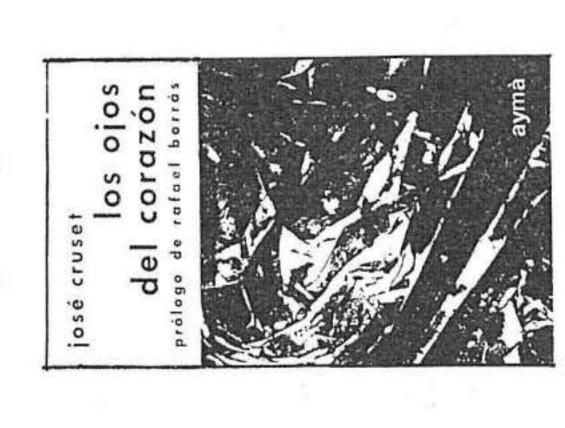
Bertrand Russell

LOGICA Y CONOCIMIENT

TAURUS © MADRID, 1967

531 PAGS. Ø13,5 × 21,5 Ø. 275 PTA

Cornelio Fabro
INTRODUCCION
AL TOMISMO
RIALP © MADRID, 1967
03 PAGS. Ø11×18Ø. P



LOS OJOS DEL CORAZON
AYMA • BARCELONA, 1967
233 PAGS. Ø11,5×19Ø. 100 PTAS.



Julián Pemartín CANTE FLAMENCO «... no puedo decir que su salud sea mala, pero tiene problemas que tú debes saber. Después de los treinta, una mujer ya no es muy jovén. A veces padece de estreñimiento, pero dejemos esto, lo verdaderamente molesto son sus trastornos femeninos. Cuando menos lo esperas entra en un período de nueve dias...»

Levin consigue los niños a condición de abandonar la enseñanza superior universitaria. No le vale gritar que eso es un chantaje, anticonstitucional e inmoral, pues Levin se ve precisado a conseguir esos dos niños que ella adoptó cuando creía que su marido no era prolifico por haber tenido paperas; pero es que además ella le confiesa a Levin en el momento de la partida que está embarazada. Y como pregunte éste que de quién, Pauline responde que es de su marido. Gilley los ve marchar al fin; pasan cerca de él, que se halla dispuesto a tomar unas fotos casualmente, y entonces, al verlos, enfoca la cámara hacia ellos y les grita mientras se alejan en el coche: «¡Tengo vuestra fotografia!»

He aqui el fracaso de la nueva vida de Levin, cuyas decisiones, siempre equivocadas, le llevan a encadenarse. Alrededor de este personaje, que el autor hace eje de su novela, hay siempre una sátira constante que seria pueril en su desenfado si no resultase corrosiva psicológicamente en el fondo, sobre todo respecto al ambiente que envuelve al protagonista, donde parece quererse expresar, con ironia, un indicio de degeneración social.

LB

VARIOS AUTORES: El gran libro de las fábulas. Editorial Noguer, S. A. Barcelona - Madrid, 1966; 340 págs., Ø17 × \times 25 \emptyset , 300 ptas.

En la esmerada colección «Clásicos infantiles», de Noguer, acaba de ser reunida una excelente selección de fábulas, procedentes de la literatura universal y traducidas por Luisa Pérez Torras, encargándose de ilustrarlas Janusz Grabianski con su peculiar maestría; resultando un esfuerzo editorial digno de encomio.

La fábula es tal vez el género matriz de cuanta literatura se ha escrito en el mundo a través de los tiempos y en todas las lenguas; por ello, creemos que es lo mejor que podemos ofrecer a los niños para iniciarlos en la lectura, por la sencillez y claridad de sus ejemplos, morales e instructivos, y, también, porque son, de paso, contenidos de buena literatura. En la fábula la fantasia suele estar al servicio de la verdad y de la lógica; es decir, se convierte en un medio idealizado de presentarnos los males y los bienes del mundo, para ponerlos al alcance de la mente infantil, cautivada por lo maravilloso de un animal que habla, como la zorra de nuestro Samaniego, o el cerdo que lloraba, de Krylov.

Y la panorámica que se nos ofrece en este volumen responde a su titulo: El gran libro de las fábulas. Se recogen fábulas de procedencia popular y antiquisima, entre ellas «La apuesta» -africana-, «Los monos jardineros»

—india—, «Por qué son enemigos el perro y el gato» -china-y otras famosas de diversos acervos, al lado de las creadas por los bien llamados «fabulistas clásicos», tales como Esopo —de quien se transcriben «La corneja y el cántaro», «La zorra y la cabra en el pozo», «La lagartija y el ciervo», «El lobo y el perro guardian», «El león en su guarida», «El asno y el jabalí», «El zorro en el escondrijo», «La rana hinchada» y «El león y el ratón»—. La Fontaine y Samaniego, que asimismo se encuentran ampliamente representados en la antología. No faltan tampoco escritores como los Hermanos Grimm, Hans Christian Andersen —con «El saltarin»— o Rudyard Kipling, idolos de la grey infantil en todos los tiempos. Igualmente varios pasajes ejemplares de Las mil y una noches, cuidadosamente seleccionados.

Complementa y enriquece a este libro la aportación al género de un buen número de autores de reconocido prestigio y de los más distantes países: Romulus, León Tolstoi, John Gay, Ludwig Bechstein, Gotthold Epraim Lessing, Jacquetta Hawkes, Juan Enrique Pestalozzi, Babrio, James Thurber, Christian F. Gellert, Andreas Fay August Gottlieb Meissner, Florián, Ulrico Megerle, el mismisimo Hesíodo —; cómo no!-, Lokmann, Multatuli, Steinhoewel, Martin Lutero, Wilhem Schrrel-

mann, Ivan Krylov, Gesta Romanorum, Maria de Francia, Johann Peter Hebel, Martin Montano, Francis Jammes, Friedrich Karl von Moser, Gerhard von Minden, Geoffrey Chaucer, Hilario Belloc, Ivan Turgueniev, Hellmut von Cube, Fedro, Karl Lerds, Johann Gottfried von Herder, Gower, Franz Grillparzer, James Thurber, Arthur Schopenhauer, el indio Panchatantra, Theodor Etzel y algunos otros, como Hinrek van Alkmar y Gottsched, en calidad de versionistas.

Como se puede apreciar por la enumeración de estos nombres, la vigencia de la fábula está al nivel de los siglos, incluso fué revalorizándose y ganando esclarecidos cultivadores. Como ejemplo de ello, sirvanos la transcripción de «El mosquito y el león», una de las fábulas originales del ruso León Tolstoi que se incluyen en el libro, merecedora de comparación con cualquiera de las mejores de Esopo: «Un mosquito, volando, se acercó a un león y le dijo:

-; Seguro que te crees más fuerte que yo! Pero ¡estás equivocado, amigo! ¿De qué te serviria tu fuerza leonina si yo te atacase? En vano darian zarpazos tus garras y morderian tus dientes; te pasaría exactamente igual que a las mujeres de los campesinos cuando riñen con sus maridos. Y te lo voy a demostrar. ¡Hala, vamos a lu-

Y el diminuto insecto, lanzando un agudo y zumbante grito de combate, se precipitó sobre el león, picándole una y otra vez en su sensible hocico.

El león quiso ahuyentarlo a zarpazos. Al principio estaba enfadado, pero acabó furioso. Sin embargo, sólo consiguió arañarse su propio rostro, sin conseguir alcanzar al mosquito. Por último, extenuado y sangrando, abandonó el desigual combate.

El mosquito zumbó triunfante y se marchó volando. Iba tan engreido, que casi reventaba de orgullo. Y como no miraba por donde volaba fué a dar, derecho, en una tela de araña. Así fué como la araña se pudo deslizar hasta él y comenzó a chuparle la sangre.

-He vencido al león, el más fuerte de todos los animales - pensó el mosquito antes de morir-jy ahora, qué gran injusticia, me mata una miserable araña!»

El pequeño relato de Tolstoi es una muestra más de cómo los más profundos conocedores del alma humana recurren a la fábula para darnos a comprender los defectos y virtudes de los hombres. Bienvenido, por tanto, sea El gran libro de las fábulas para enriquecer bibliotecas y entendimientos de chicos y mayores, cumpliendo su fin de libro recreativo y sabio.

MANUEL RIOS RUIZ

LOS VERSOS

LUIS JIMENEZ MARTOS

MARCOS RICARDO BARNATÁN: Acerca de los viajes. Pájaro Cascabel. México-Madrid, 1966. 59 págs. \emptyset 12,5 × 18,5 \emptyset . Spm.

Un poeta argentino, nacido en 1946, publica su primer libro en nuestro pais con el sello de una magnifica revista de México que dirige Thelma Nava. Esto es cosa que va ocurriendo, por fortuna, cada vez más frecuentemente, y contribuye a hacer un solo contingente del habla española. Barnatán hace arrancar su poesía de una renovada interpretación del simbolismo; el mar y todo cuanto tiene como esencia el movimiento fija la imagen de la inquietud, bajo la que se unifica la materia que el poeta utiliza; hay idas y vueltas, búsquedas (yo, infante ciego aun, / ante el despertar hiriente de la luz, / ante el descubrimiento del aire / y del dolor), retornos; y ese mismo peregrinar se halla incurso en los hebraicos y familiares antecedentes del autor.

Barnatán da preferencia expresiva a lo mental sobre lo emotivo; no es que carezca de esto último, sino que lo arropa, diriamos, en un verso troceado, poco rítmico generalmente, que

a mi entender desluce más de una vez los aciertos de dicción y su indudable capacidad de síntesis. Es cierta frialdad, creo que involuntaria, lo negativo aquí, porque poeta hay, y así queda plenamente demostrado en Los viajeros, La búsqueda, Cuando la sangre viaja... Es esta, por otra parte, una poesía joven que trae, por sus propias raíces, mucho de la orilla argentina, menos hispanizada poéticamente, como es sabido.

> FRANCISCO BRINES: Palabras a la oscuridad. Insula. Madrid, 1966. 174 págs. \emptyset 16,5 \times 23 \emptyset . 125 ptas.

Ha querido Francisco Brines que su segunda obra quedase distanciada de la primera (Las brasas, premio Adonais de Poesía 1959), consciente de lo que esto obliga. Pero a pesar del tiempo transcurrido, se advierte al primer toque cuánto hay de hilo continuo entre aquella obra y la que ahora presenta, en dos de sus aspectos fundamentales: la identidad climática y la razón de los poemas. Brines ha nacido junto al Mediterráneo de Valen-

cia, y no se aparta de ese imperativo de la geopoesía; y no se aparta tampoco de su condición de poeta lírico, cuya subjetividad adopta la forma de un vaivén entre lo exterior y lo interior, acentuando siempre esto último, vista la realidad—naturaleza y hombre—desde el temblor del yo.

La poesia tiene sus leyes y cada poeta la suya propia. La ley del corazón es la ley mia, dicen las primeras palabras de este libro, y por esa declaración hemos de guiarnos. Importa concretar que si estamos ante un poeta del sentimiento, no es propicio éste a desbordarse, aunque si a desnudarse. La tierra es como un reino; mas quien reina así en el mundo no es la noche, es el tiempo. He aquí la almendra de una melancolía, por la cual la fuerte luz levantina aparece tamizada, pronta a caer para convertirse en noche. La actitud elegiaca de un Jorge Manrique, tan estricto y concretisimo, es compatible (dentro de la poesía española y fuera de ella) con otra clase de dolor más diluído, pero no menos verdadero, en el que se dibujan los contornos reales y se produce un son que, lentamente, cala y cala. Lo muy intimo no excluye nunca la



RAPSO Z.

PLANETA

PAGS.

292

 $\times 21 \varnothing$. COMBATE TAURUS PAGS. 404

TAURU

Madrid, 11 de marzo de 1967

Francisco

María

ESPAÑA

HUM

TAURUS

PAGS.

310

Alonzo Zamora Vicente

LENG

TAURU

PAGS.

PAGS.

-LAS GAFAS SIN CRISTAL=

búsqueda de una relación generalizadora.

El paradigma de esta segunda corriente lo hallamos, por ejemplo, en Luis Cernuda, a quien su dolorido sentir, desbastándole a sí mismo, hizo crecer una conciencia honda y propicia a ásperos encontronazos con el mundo y los seres. Que Brines pertenece a esta linea, resulta evidente; ahora bien, tal punto de partida no le absorbe, en cuanto que Palabras a la oscuridad revela un mayor contacto con lo exterior del vivir, un entusiasmo que va apagándose, con el amor como centro de todo. Si no tuviéramos otros datos de la distancia existente entre maestro y discípulo, los hallariamos en el poema La mano muerta (Cernuda): Y recordé la mano muerta del museo porque pensé en la tuya: / tu torpe mano en que se deshacia / la posible amistad, el necesario afecto de los hombres: / la mano segura que imponía / soberbia servidumbre a la palabra.

Brines vive con intensidad y tiene conciencia de que vive. Apura el presente, pero lo que arrasa el tiempo no se le olvida. En todos los lugares / de la tierra, / el tiempo le señala / al corazón del joven / los signos de la muerte / y de la soledad. No obstante, nada le impulsa a la rebeldia; al contrario: Y al dolor agradeces / que se desborde de tu frágil pecho / la firme aceptación de la existencia.

Este núcleo de su poesía viene a determinar claramente dos ritmos bási-

cos: el endecasílabo blanco (que está presente de continuo en Las brasas) y el heptasílabo. El segundo se constituye en una especie de adelgazamiento del primero. Naturalmente, se dan otras formas (versículo y varias combinaciones dentro del verso libre) y en todas ellas permanece la unidad del ritmo interior, el predominio de una lenta contemplación, de una delicada y cavilosa manera—¿qué le falta a mi pecho para ser ya ceniza?— de ir sintiendo y de ir muriendo. Los poemas finales of recen una mayor y amarga rotundidad, no otra cosa que la propia decepción del hedonismo.

La trasparencia del lenguaje no se quiebra nunca. Esta poesía del corazón —vieja ley cumplida totalmente ha sido sin duda elaborada con mucha calma, limpiada de cualquier sentimentalismo cortical. La densidad sentimental es su norma. Por la misma naturaleza de su concepción y de su realización, insiste, yo creo que demasiado, en el mismo motivo y ello ocasiona algún perjuicio al interés. Aunque al poeta, como tal poeta, le funcione la intuición, ella no suele transformarse en sorpresa expresiva. La amplia medida que da Brines de su modo de hacer la poesía es, por supuesto, positiva y justifica de sobra su prolongado silencio. Palabras a la oscuridad incide por otra parte en la tendencia a dar libros muy abundosos, que, últimamente, caracteriza a poetas de la misma promoción que Brines: Claudio Rodríguez y Mantero, por ejemplo. Buen sintoma de que los niños de la guerra llegan a la madurez.

MIGUEL ARTECHE: Resta poética. Colección La Muralla. Avila, 1966. 59 págs. \emptyset 12×16 \emptyset . Spm.

Nacido en Chile, en 1926, Arteche es uno de los más caracterizados representantes de la poesía joven hispanoamericana. Actualmente se encuentra entre nosotros como agregado cultural de la embajada de su país. Estuvo antes varias veces en España, y ya, en 1953, editó con membrete español Solitario mira hacia la ausencia. Esta resta—lo que queda de un largo itinerario—, suma poemas del libro citado, de El sur dormido y Destierros y tinieblas, aparte de algunos otros hasta ahora inéditos. Da fe, por tanto, de varias etapas de un quehacer iniciado en 1949.

Entiendo que resultarà interesante tratar de ver al trasluz de lo aquí seleccionado cuál ha sido la evolución poética de Arteche. Las tres piezas de El sur dormido se hallan tocadas por un neorromanticismo en el que asoma alguna que otra nota del Neruda los poemas amorosos; ese neorromanticismo subsiste, en parte, a través de Solitario mira hacia la ausencia, con una ya clara personalización, atento el poeta a unos valores de más radio, con los que esquiva toda sombra de los grandes y tan influyentes poetas de su patria. Especialmente Thomas Wol-

fe camina por Virginia y Un viento recorre la tierra, amplios y hondos, dan razón de un lírico que consigue esquivar de modo absoluto la presión inevitable de los grandes maestros de la poesia chilena de este siglo: Gabriela Mistral, Neruda, Huidobro, Diaz Casanueva. De mucho le ha servido a Arteche para conseguir ser quien es el acercamiento a algunos clásicos españoles, el cual se efectúa a partir de Destierros y tinieblas. El primer poema de esta obra que aparece aqui seleccionado se titula Quevedo habla de sus llagas; se trata de una esplénaida muestra. Puede observarse la frecuencia con que en adelante escribe Arteche sonetos de un delicado dramatismo -La bicicleta-, que se torna patético en los que siguen —Comedor, El café, Restaurante—, mientras Alba trae un recuerdo becqueriano y Navidad expresa con originalidad un tema eterno, lo mismo que Gólgota, otra magnífica prueba de calidad, y estas dos composiciones unidas a Tercera invocación a Nuestra Señora del Apocalipsis dan la medida de un poeta cristiano.

Los cuatro poemas inéditos que se incluyen no se despegan de la linea inmediatamente anterior; esto es, de la alianza entre una disciplina de la forma y una emoción temporal dueña siempre de la palabra, sin excluir algunos juegos verbales nada virtuo-sistas.

La resta es suma, he de repetir. Miguel Arteche ha presentado sus credenciales poéticas, se ha vinculado a
la poesía española, como estaba ya vinculado a la hispanoamericana. Le ha
cabido el honor de inaugurar una nueva colección poética que acaba de nacer en Avila y que dirige Lidio Nieto,
con quien colabora Feliciano Blázquez.
Buen principio el de la recién estrenada serie hecha con excelente gusto
tipográfico.

Verbi gratia. expr. elípt. lat. Por ejemplo.

Un poeta español y dos hispanoamericanos, de Chile, de Argentina. Una misma lengua y tres lenguajes poéticos. El membrete de los libros dice Madrid. Buena seña; unidad para la diversidad.

ESTE REINO, LA TIERRA

No importa que el amor ya esté caido, con tanto daño encima. Ni que el tiempo, ese fuego, se te quede detrás de ti humeando. Sabes que éste es tu reino. Tampoco lo amas más si a veces dudas la existencia del otro. La alegría, el dolor, toda su vida, se hizo a su semejanza. Por eso amas la tierra. Si callas, su voz oyes, con acento que tendrás cuando mueras. Quieres ser fiel, decir en tus palabras su verdad, y no sabes. Ahora vives, espera.

> (De Palabras a la oscuridad) FRANCISCO BRINES

GOLGOTA

Cristo, cerviz de noche: tu cabeza al viernes otra vez, de nuevo al muerto que volverás a ser, cordero abierto, donde la eternidad del clavo empieza. Ojos que el estertor de la tristeza se van, ya se nos van. ¿Hasta qué puerto?

Toda la sed del mundo se ha cubierto

y de abandono toda la pobreza.

No sé cómo llamarte ni qué nombre te voy a dar, si somos sólo un hombre los dos en este viernes de tu nada.

Y siento en mi costado todo el frio, y en tu abandono, a solas, hijo mío, toda mi carne en ti crucificada.

> (De Resta poética) MIGUEL ARTECHE

LOS VIAJEROS

Creemos en el tiempo, y este lento viaje en el espacio forma parte del culto. Somos un constante amanecer, raudos dardos que bajan como las aguas de los hontanares. Adivinamos los bordes sinuosos del brocado orillando el camino. Sólo un sonido de laúd puede dejarnos inmóviles. En el fondo, arrastramos piedras de dudosos colores, oxidadas joyas ornadas en carey. Crecemos en el tiempo, y el crepúsculo es extinta escarcha.

(De Acerca de los viajes)
MARCOS RICARDO BARNATAN

Y, ADEMAS, ANOTAMOS

SIN ARTE, de Carmen González (Madrid, 1967), un solo poema en el que se muestran los distintos rostros de la muerte en el mundo. La idea es interesante y con matices originales, y el desarrollo de la misma da lugar a aciertos parciales. Creo que el poco cuidado del ritmo desangela visiblemente esta entrega que, no obstante, deja ver el progreso de esta poetisa con respecto a su anterior obra.

GRIS PLATA, de J. Muñoz Callejero (Calatayud, 1966). Contiene una amplia selección de poesías escritas a lo largo de bastantes años por un hombre muy ligado a las nobles faenas de la imprenta. Estos versos acreditan facilidad para tratar muy diversos temas con arreglo a un estilo que corresponde a otra época.

VERSOS DE TIERRA CALIENTE, de E. Suárez Egea (Almería, 1966). Un poeta amigo de la copla, un seguidor, a veces cercanísimo, de Manuel Machado, pues, como éste, dedica breves glosas a cada una de las ciudades del Sur. No deja de haber gracia popular en estas páginas que prologa Arturo Medina, el marido de la inolvidable Celia Viñas.

desde Buenos Aires,

Eduardo Zamacois nos cuenta que tiene una "heladera"

VENTAJAS DEL NO TENER

OS «amigos de lo ajeno» siempre me trataron bien.

En Memorias de Un hombre que se va...
hablo del maleante que una noche me
asaltó, cuchillo en mano, me dejó sin dinero
y luego, para evitarme otro mal encuentro,
me acompañó a mi casa porque «en ese barrio
—dijo— vive muy mala gente».

Años después, en aquel Madrid patriarcal donde todos nos conociamos, otro «ganzúa» que me había escamoteado la cartera me la devolvió con el dinero que guardaba —cincuenta pesetas— y un papel que decia: «Saludos de un lector». Lance que comenté en una crónica que publicó El Imparcial y terminaba así: «Señor ladrón, es usted un caballero.» ¿Cómo no sentir una viva simpatia hacia estos dos arrepentidos de haberme hecho daño?...

De los temibles «expropiadores» de Buenos Aires, tampoco he de quejarme; al revés.

Serian las once de la mañana cuando llamaron a la puerta.

-¿Quién?-pregunté.

—De la empresa del gas—contestó una voz. La voz impaciente, dura, de alguien que lleva prisa.

Abrí y, casi empujándome, irrumpieron dos hombres jóvenes, decididos, fuertes, buenos para una «tropa de choque». Sin vacilar, uno de ellos se metió en la cocina. El más alto se quedó a mi lado, de pie, en la habitación que me sirve de despacho. Emocionado por el aspecto de aquellas paredes cubiertas de libros y de retratos, no hablaba, miraba, y su silen-

cio admirativo me lo hacía simpático. De pronto alargó un brazo, preguntando:

-¿Quién es ese tipo?

Señalaba una foto mía.

-Ese tipo-repeti secretamente mortificado de que no me conociera-soy yo.

Otro silencio:

—Con tanto libro no se aburrirá usted, ¿eh?...—continuó.

—Hombre—repuse—, eso depende del autor. Cuando el autor tiene gracia o me cuenta cosas interesantes, me divierto. De lo contrario, me aburro.

Atrajo su atención un retrato de Miguel de Molina.

-¿Ese era usted de joven?

Me apresuré a sacarle de su error.

—No, señor. No nos confunda. Ese caballero es el famoso Miguel de Molina. Puede estar usted cierto de que no nos parecemos en nada.

No contestó. Hasta que, como si repentinamente se hubiera acordado de que la misión que le llevó allí no era la de examinar el contador del gas, se encaró conmigo. Su voz y la expresión de su rostro habian cambiado. Miró detenidamente a su alrededor.

__; Tiene usted heladera?

-No, señor.

-- ¿No tiene usted heladera? -- repitió levantando la voz.

La ansiedad que había en sus preguntas crecia por momentos. Su cara era la del hombre que necesita beber algo fresco. La escena empezaba a divertirme.

-No imagina usted-dije sonriendo-cuánto deploro no tener una heladera que poner a su disposición.

Paseó por toda la estancia una mirada voraz, codiciosa, como una raqueta.

-¿Y televisor?... ¿Va usted a decirme que tampoco tiene televisor?

—Pues, así es, mi apreciable amigo. No tengo televisor, ni lo quiero. La televisión es la gran enemiga del teatro y del libro.

Sus ojos me miraron desdeñosos, como acusándome de no tener mi casa mejor amueblada.

—Entonces—exclamó—, ¡es usted un desgraciado!

Y dirigiéndose a su compañero, que no se había movido de la cocina, le gritó:

-¡Tú, vámonos, que aqui no hacemos ná!...

Palabras (las mismas, exactamente, que él empleó) que me dieron a comprender que habian ido a robarme.

Como los escritores no saben esquivar la tentación de convertir en literatura cuanto les sucede, me di prisa en decir por televisión lo que acabo de contar. Hice bien. El lance interesó mucho y fué muy comentado. Pasados unos días, pocos, recibí una heladera, casi tan alta como yo, que mido un metro setenta y seis. Sus porteadores se limitaron a decirme:

-Esto nos ha dado un señor para usted.

Y se fueron. Se trataba, pues, de un regalo. Dentro de la heladera el generoso donante dejó un anónimo que decia: «Afectuoso recuerdo de un antiguo lector.» Y mientras yo me devanaba los sesos pensando a cuál de mis amigos atribuir el obsequio, la noticia de que, «al señor del 63» le habían regalado una heladera, recorrió y alborotó en contados minutos los diez pisos del inmueble. La escalera, los ascensores, se llenaron de vecinos ganosos de verla. Unos bajaban, otros subian...

—¿Y de verdad usted no sabe quién se la envia?—preguntaban todos.

Para sacarles de dudas yo les daba a leer el anónimo. Y ellos:

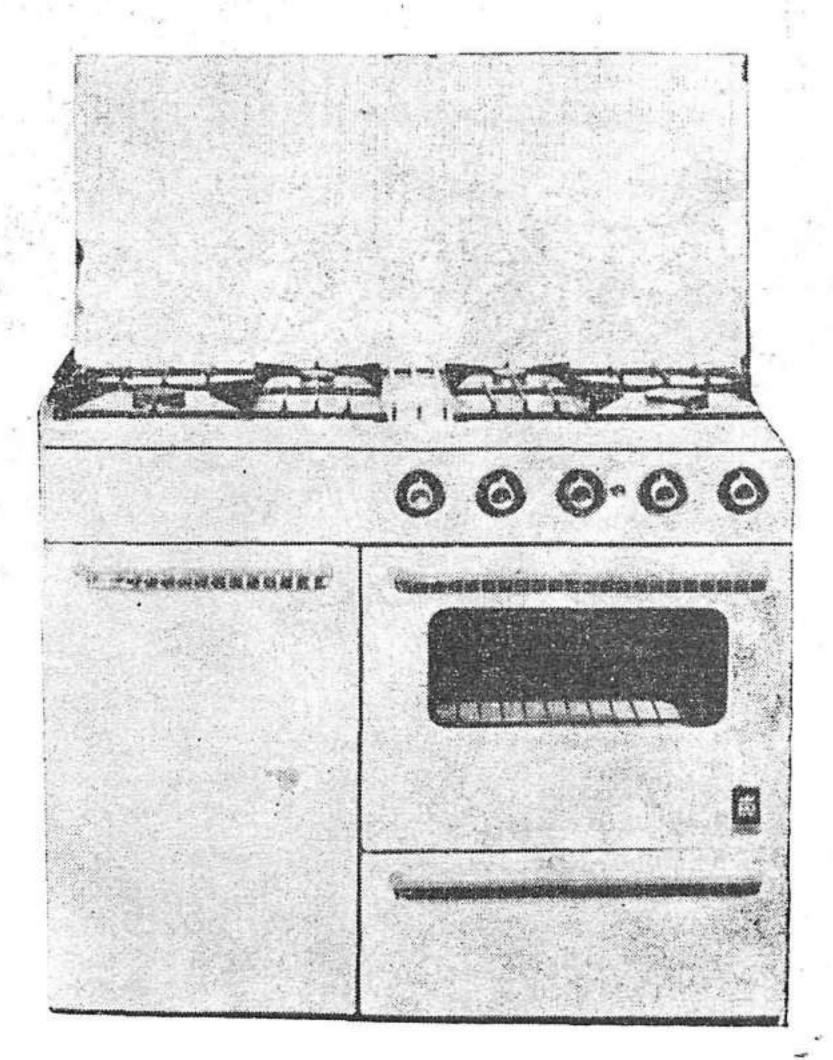
—¡Es increible!... Una heladera cuesta mucha plata...

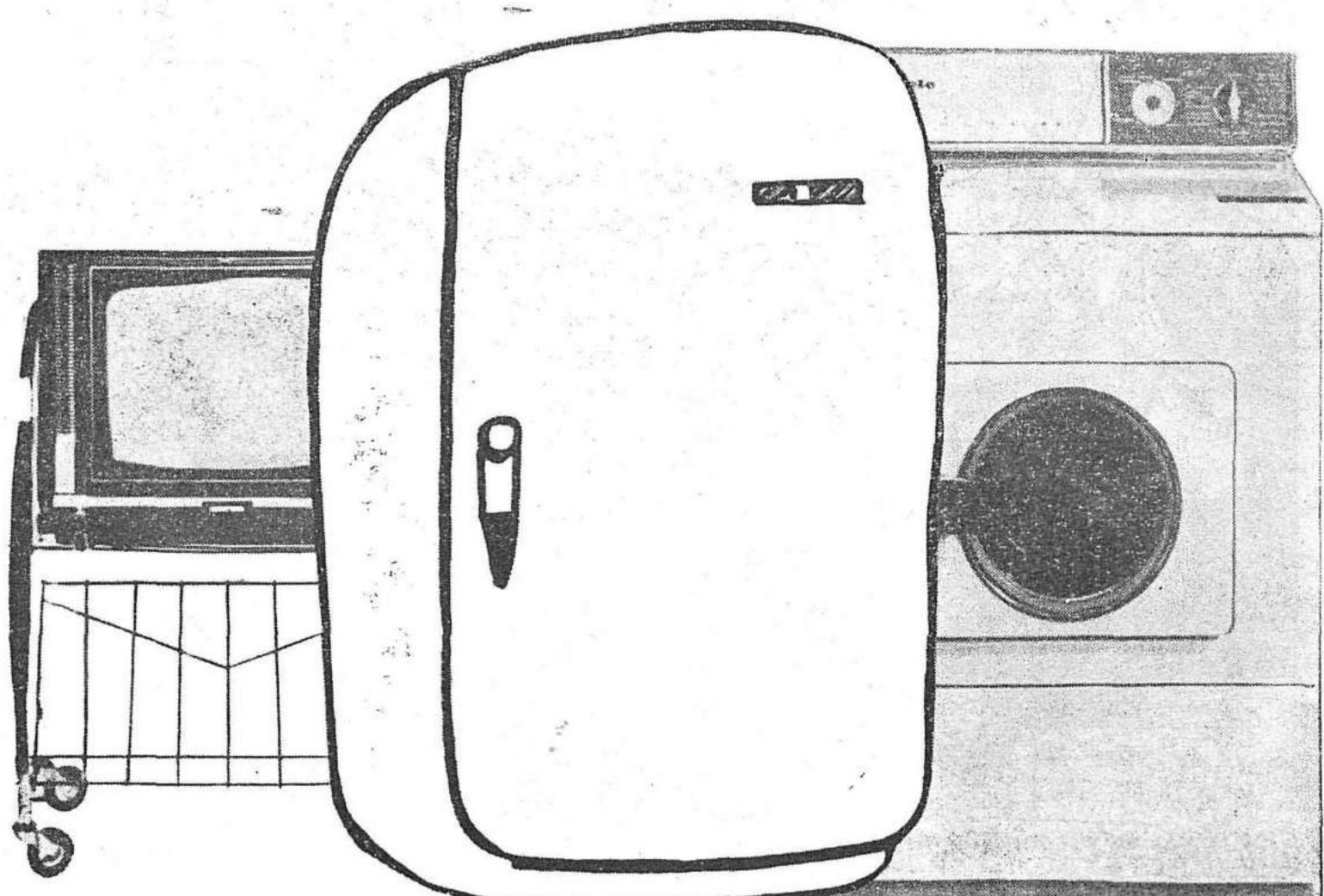
Las mujeres, no satisfechas con remirarla, la manoseaban por dentro y convinieron «en que estaba usada».

—Se conoce—decian—que el autor del obsequio se habrá comprado otra mejor.

De mis convecinos, algunos me observaban recelosos, como si les pareciese que todo aquello era una farsa ideada por mi para darme importancia; o sea, que, a su entender, yo, escritor, no merecia que me regalasen una heladera.

Ahora que la tengo estoy intranquilo; temo que reaparezcan «los del gas».





cinco cantas standhahanas

III.-Rojo y Negro del cura Martin Merino

V. A.

FS magnifico cómo Galdós va trayendo ante nosotros al personaje que le interesa; cómo nos lo va poniendo delante de los ojos hasta darle vida completa. Sus episodios ofrecen un cañamazo tenso, bien urdido, donde la labor de tejido presenta alguna parte poco cuidada, demasiado rápidamente hecha, con algunos tipos demasiado esquemáticos y alguna que otra dosis de ñoñez, pero también jcon qué fuerza en los personajes y en el habla! ¡Qué magníficos retratos verdaderos aquí y allá, y qué prodigio de composición!

Estamos en 1848, en una tormenta política más. Un «pollo» —destinado a medrar como niño bonito en el reino de Narváez— mantiene relaciones amorosas intimas con una muchacha de pueblo, a la que ha puesto un piso en la Plaza Mayor de Madrid; una humilde mujer como tantas otras en las que Galdós confinó su vida erótica. En un momento dado, la amante está enferma de pulmonía; admirables capítulos XXI y XXIII en los que Galdós describe la

agonía de la pobre muchacha, auxiliada por un sitan a don Martín en su mísera morada, obsclérigo del vecindario, a quien han llamado para hacerle subir al domicilio del pecado. Es el cura don Martín Merino, que se autorretrata como hombre extravagante, recio salmista, politiquero, y que desaparece páginas más adelante en su callejón del Infierno para dar paso al admirable final de Las tormentas del 48.

Acabará la novela, pero Galdós no abandonará la figura del clérigo. En Los duendes de la Camarilla mueve por ese mismo barrio a otros de sus personajes. Está planteada una sorda lucha entre dos mujeres por el amor de un hombre: la bellísima Lucila —alma ingenua y popular—y la torva Domiciana, calculadora y arrivista. Ambas pugnan por el uso y disfrute del mismo Capitán revolucionario, puesto que Galdós siempre sirve a sus símbolos.

En una situación del conflicto, Lucila tiene espiritual necesidad de acercarse al confesor de Domiciana y otra, material, de obtener un dinero en préstamo. Ambas necesidades pueden ser satisfechas por el inquietante cura del callejón de la Plaza Mayor. Lucila y su padre vicura de luz, obscurecida aún más por una mesa camilla cubierta de hule negro, libros amontonados, uno de cubierta roja, un breviario, revelando todo pobreza y avaricia.

EL CUCHILLO REGICIDA

Don Martin posee un cuchillo que ha sido de Lucila y con el que ésta quiso matar a su rival para vengarse; ahora el arma está en manos de este extraño clérigo prestamista y resentido. Galdós nos lo ha ido trayendo «in crescendo» por los capítulos XV, XXIV a XXVII y ha dejado expuesta su figura, su hogar, su función, sus ideas y, finalmente, hasta su lugar de esparcimiento y paseo —Cuesta de la Vega abajo— en aquel campo de la Tela de nuestro Siglo de Oro que era, en 1851, un descampado polvoriento lleno de desolación. En ese yermo Galdós encuadra la amarga requisitoria de don Martín Merino contra el mundo, su sombria exaltación del capítulo XXXII. Don Martín casará a Lucila con



Attentat sur la personne de la reine d'Espagne, le 2 février 1852.

la España labradora, ya resignada a no tener el amor del Capitán perdido. Es el 2 de febrero de 1852. Unas horas después, en magistral simbiosis histórico-novelesca, don Martín—con el puñal que fué de Lucila—intenta asesinar a la reina Isabel II.

Un personaje, hasta ahora vivo en el papel, salta como un resorte desde el plano novelístico al histórico, inundándonos de plenitud de verdad. En el siguiente Episodio —y ya desde una visión externa— se relatan minuciosamente el atentado, el proceso y la «entereza estoica» del cura Merino durante él, y en la ejecución de la pena de muerte que le fué impuesta. Un anecdotario muy conocido, por su atractivo para el gusto necrófago, resalta y refuerza la impresionante dureza del regicida. La España contemporánea veria con horror este atentado insólito, y el «pollo» narvaista apenas ofrece resistencia a esta actitud que debió de ser general.

DE GALDOS A BAROJA

Galdós escribía estos Episodios a los cincuenta años justos del atentado, utilizando en la presentación del personaje sin duda datos recogidos por él cuidadosamente, de testigos y participantes en el suceso, como en él era habitual. Pero su visión de Martín Merino está hecha desde fuera, es externa, transcribe el tipo y sus ideas, le pone en pie delante de nosotros, pero no interpreta el personaje.

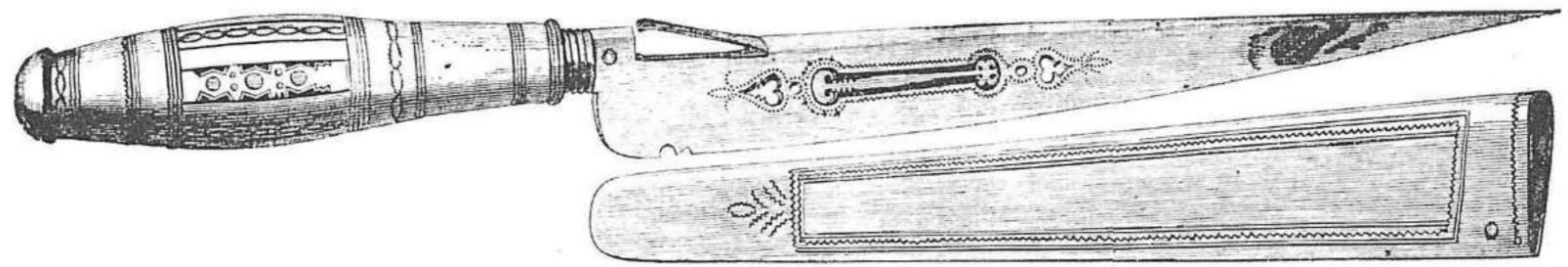
En un artículo de 1933, el médico Pio Baroja intenta una aproximación. El cura parecía hecho de encargo para don Pio: exclaustrado, guerrillero, emigrado liberal, psicópata, hombre de acción dirigido por una idea, carne de verdugo... Muchos temas de Baroja convergen en él. En El alma estoica de don Martín Merino, Baroja reconoce que la figura del regicida es poco conocida y que no existe un estudio antropológico sobre esta silueta de celtibero, de cántabro duro y sufrido. A falta de datos más directos, Baroja arriesga un retrato antropológico basado en los cuatro de Merino que se conocen, y que nos muestran a un hombre de mirada fiera y altiva, de expresión amarga y desdeñosa, atento. Baroja ensaya también el retrato moral y psicológico de este misántropo de modales amables, de figura erguida, huraña, de paso seguro y firme, burlón e irascible, que opinaba que la muerte era el mayor consuelo que puede ofrecernos la vida. Baroja va dándonos, por acumulación de adjetivos, un contorno a la figura de don Martin. Se pregunta Baroja si no sería masón o carbonario, ya que entiende que sus ideas correspondian a las de esta última secta. Lo que concluye es que pertenecía a una casta huraña, sin sentido práctico, que llevaba dentro un instinto suicida.

El anecdotario de la ejecución, como en el caso de Galdós, se nutre en el relato de Baroja de muchos testimonios escritos. Merino murió popular por el impresionante estoicismo de su morir. La literatura de cordel tenía en el regicida un tipo de primer orden, y ya en 1859, seis años después de su muerte, aparece su biografía en una obra «seria» compilada por don Manuel Angelón, titulada Crímenes célebres españoles, donde el atentado de don Martín está escrito por don Eduardo de Inza. Baroja conoce este relato, melodramático, cuajado de datos—algunos de ellos con aire de bulo— y cuyo valor estriba en su proximidad a los sucesos.

¿Sería tan rico Merino como Inza señala? ¿Dejaría tal cantidad de onzas de oro, más de cinco
mil duros de crédito en préstamos? ¿Quiso este
suicida huir en el primer momento, después de
apuñalar a la Reina? ¿Tomó parte en la represión de julio de 1822, contra los realistas sublevados? ¿Amenazó a la persona de Fernando VII
en esa ocasión, como señalan unas sospechosas
«noticias» que recoge Inza? ¿Fué apaleado por
alguna victima de sus préstamos usuarios? ¿Qué
palabras son las que verdaderamente pronunció,
entre tantas como se le atribuyen?

En una figura tan dramática como la de Merino, toda tinta que se cargue es creida de antemano; todo bulo puede coagular a su alrededor. Fenómeno en el que participan por igual el horror púdico de los «bien pensantes» y el regusto negrológico y la actitud complacida hacia la violencia y la dureza, tan fomentadas en nuestro pueblo. ¿Se ha ido haciendo un Merino distinto al verdadero?

Una reciente biografía novelada de un joven escritor, El cura Merino, el regicida, de Vázquez

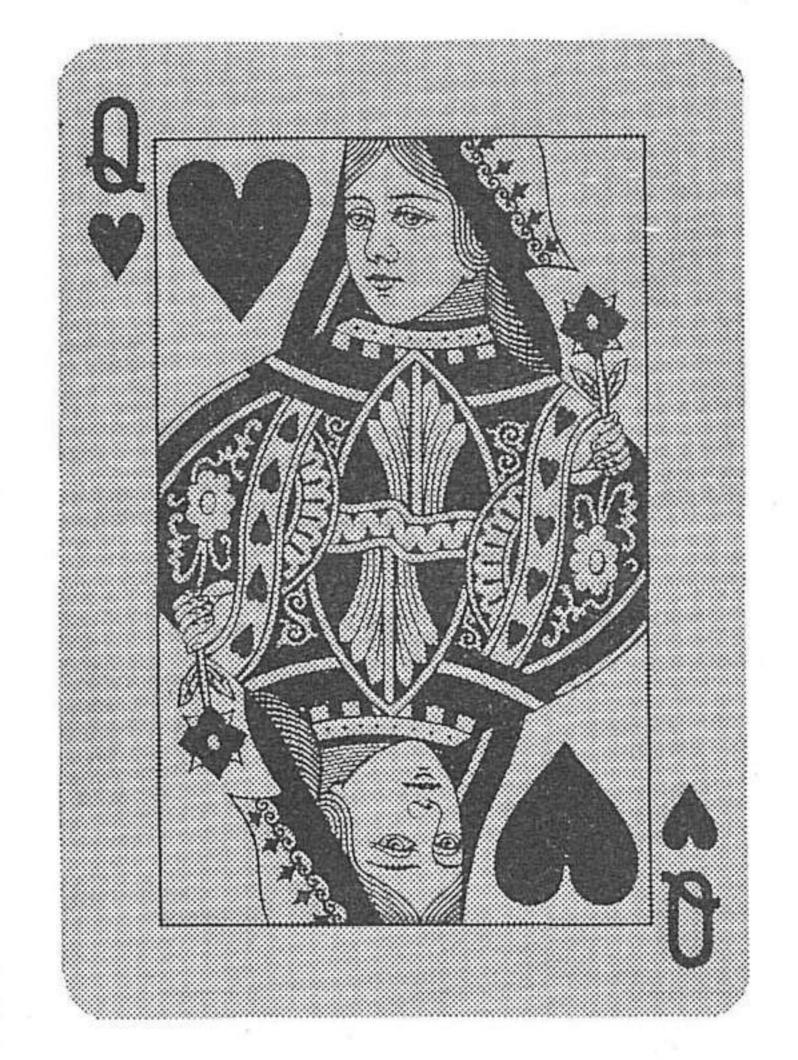


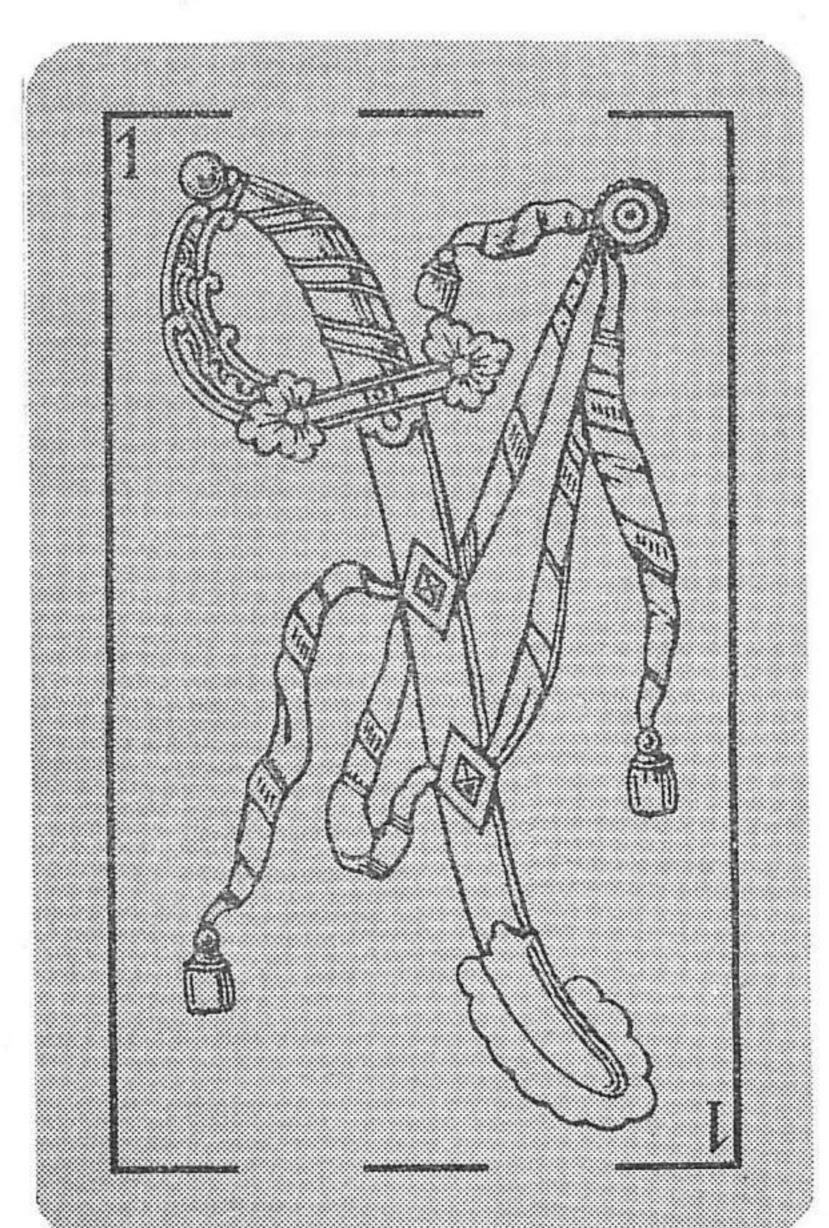
Confeau-poignard de l'assassin, d'après un dessin communiqué par l'éditeur de la Illustracion de Madrid.

Azpiri, publicada en 1965, nos ofrece quizá una posición extrema en esa actitud. Es un relato hecho con garbo, donde aparecen los bulos a borbotones, para pulular por toda la narración, haciendo de Merino un personaje de grabado de madera o de cartelón de ciego. Procedimiento literariamente lícito, dentro de una gran tradición española.

MERINO EN FRANCIA

Pero quizá podamos apuntar en otra dirección, proponiendo una versión más de esa patética figura, mirando su peripecia desde otro ángulo. Nos parece que ni el biógrafo de 1859, ni los escritores posteriores, han dado la importancia que se merece al largo exilio de don Martín en Francia.





Inza ya nos dice que cruzó los Pirineos en 1819, que regresó a España en los años constitucionales y que volvió a Francia nuevamente en 1824, donde «vivió en varias poblaciones del Alto Garona y otros puntos, hasta que en 1830 fué nombrado cura párroco de Saidental, pueblo distante tres leguas de Burdeos. Alli estuvo desempeñando este cargo durante once años, al cabo de los cuales volvió a Madrid.» Según Inza, pues, Merino fué párroco en aquel pueblo desde 1830 hasta 1841. Como en el interrogatorio a que fué sometido después de su atentado contra la Reina, dijo al juez que hacía diez años que estaba en Madrid, vemos confirmado que ha vivido en Francia durante varias épocas de su vida: un cierto tiempo en el año 1819 y unos diecisiete o dieciocho años entre 1824 y 1841.

Galdós no deja de señalar el exilio de don Martín al norte de los Pirineos; sus personajes palatinos señalan indignados la vinculación del fracasado regicida con los enciclopedistas, los demagogos y todo el «espíritu del siglo». Uno de estos palatinos recuerda que el sacerdote «había vivido en Francia muchos años desempeñando un curato».

En L'Illustration. Journal universel del 14 y del 21 de febrero de 1852 —donde se lleva a las primeras páginas el relato del atentado y el de la ejecución, con grabados muy precisos de la escena, del puñal, y de la figura del regicida no se dice que don Martin hubiese vivido en Francia. Baroja buscó también este semanario ilustrado para ver el retrato de don Martin, con su cara enérgica, su pequeña boca de hombre decidido, sus grandes ojos y alta nariz, enmarcados por un rostro triangular. Según L'Illustratión, fueron hallados en su domicilio una pistola y alguna munición, así como libros y papeles, todo lo cual fué quemado o destruído por orden de la autoridad. Equivocadamente, siguiendo sin duda un rumor llegado de Madrid, L'Illustration atribuye a don Martin ser sobrino del «famoso jefe carlista» del mismo apellido.

en rele ras

EL NEGOCIO DEL SEXO

En un artículo publicado en la revista alemana «Die Dritte Gewalt», el ministro de Justicia del estado del Rhin-Palatinado, Fritz Schneider, manifiesta sus dudas respecto a que las prescripciones legales sean suficientes para salvaguardar a la juventud de los crimenes sexuales o de un estigma para toda la vida. Y requiere a la prensa, al cine y a la TV para que contribuyan a no lesionar la dignidad y el honor personales. El llamamiento va especialmente encaminado a resonar en los directores de cine y de revistas ilustradas, para que se hagan más conscientes de su responsabilidad cuando exhiben la sexualidad en cualquiera de sus manifestaciones. En este «negocio del sexo» ve Schneider la causa de muchos crimenes contra la moral que se cometen más tarde. «Deberíamos poner el remedio en la raíz del problema, por medio de la educación y de la discreción, sin el temor de ser considerados como mojigatos.»

Ramón Barce y su nuevo sistema atonal



La urgencia de ciertos comentarios, la importancia de otros, el
deber impuesto de reflejar determinados hechos, no dejan a veces
tiempo o espacio para resaltar actividades y luchas continuadas que
merecerían más atención. Por eso
hoy nos hemos detenido un poco
para considerar directamente la
posición de un compositor que a la
etiqueta de ser contemporáneo, une
la de ser español: Ramón Barce.

Con estas dos referencias estaría justificada su presencia entre estas líneas, pero la crónica se centra, además, en una postura creadora que él mismo define como «nuevo sistema atonal», que dió cuenta técnica y detallada en la revista Atlántida.

En su exposición, Ramón Barce recorre previamente el camino de situación del razonamiento que le habría de llevar a la creación de su nuevo sistema. Sus referencias son eminentemente técnicas y, en consecuencia, un poco en exclusiva para músicos. De aquí que importe en extremo difundir una versión más asequible de su postura, una reseña y un comentario que, sin poder evitar alguna alusión con-

creta, puedan ser comprendidos por un grupo más amplio.

En el preámbulo sigue Barce la línea de razonamiento que movió a Schönberg a romper con la música tonal para deshacerse de la tiranía de atracciones que implicaba la tónica y moverse con libertad entre los doce sonidos de la escala cromática. Pero demuestra, al mismo tiempo, cómo esa libertad trajo otras limitaciones menos «acústicas» y, por tanto, menos justificadas.

Los estrechos (?) límites de la tonalidad se vieron ampliados por una parte y cerrados por otra, con la misma rigurosidad de principios a que había estado sometida la música en periodos anteriores. Dicho de otro modo: la temida disonancia pasó a ser el intervalo obligado, mientras que la consonancia se convertía en «tabú».

Sobre este cambio de factores especula Ramón Barce para, por un procedimiento de lógica deductiva, sacar sus consecuencias. Lo que importa—se dice a si mismo—es aprovechar las ventajas de ambas tendencias. La ruptura con la tonalidad está justificada en nombre de una mejor libertad de movimientos, pero la sujeción a la disonancia por temor a la tonalidad resulta excesiva. El problema de «evitar» la caida en lo tonal puede ser salvado con una simple supresión de la quinta y la cuarta de la tónica que en el nuevo sistema atonal de Barce recibe el nombre de sonido privilegiado. La consonancia adquiere de nuevo un valor y con ello se aumentan considerablemente las posibilidades. Las «huidas» se reducen al minimo y, por tanto, el compositor puede actuar con mayor número de combinaciones sonoras.

El sistema es simple y la argumentación, de extraordinaria lógica. Lo que resta, pues, es su concreción en obras y, sobre todo, en la audición de las mismas.

Dentro del panorama de tendencias actuales, ésta representa una
posibilidad muy definida. No es
posible dudar que el serialismo se
vió rebasado precisamente por esa
sucesión de nuevas limitaciones.
Los compositores acudieron a otros
procedimientos de busca de una

nueva libertad de movimiento. Ramón Barce ha encontrado un camino entre dos tendencias, una nueva dirección consecuente de dos teorías que parecían agotadas. Al margen de la calidad de sus obras, muestra su inquietud. Una inquietud que se justifica siempre, pero aún más en la diversidad de tendencias de nuestros días.

entre ayer y mañana

DENTRO de sus actuaciones semanales, la Orquesta Sinfónica de la Radio Televisión, esta vez dirigida por Odón Alonso, ofreció un programa de extraordinario atractivo: Egmont, de Beethoven, y Cármina Burana, de Carl Orff. Lo resaltable en la primera fué que se trataba de la audición completa de la música de escena compuesta para la tragedia de Goethe, de la que nunca se pasa de la obertura.

En ambas participaron los coros y, como solistas, Isabel Penagos, Thomas Carey y Julio Julián. Y ante tal conjunto no es de extrañar que hubiera un lleno completo. La ocasión de escuchar Egmont «in extenso» fué muy apreciable y apreciada por todos, porque, a la vez, la dirección de Odón Alonso estuvo, como se dice, a la altura de las circunstancias. Exceptuando la obertura, es obra de curvas suaves que supo matizar con eficacia.

Orff es espectacular y grato. Odón Alonso conoce muy bien la obra y la dirige apurando los efectos brillantes y los contrastes rítmicos. No es partitura fácil y tanto la orquesta como los coros respondieron bien a la dirección. Todos estos detalles colaboraron para crear una atmósfera de entusiasmo en el público que obligó a director y solistas a numerosas salidas. Es bien cierto que Cármina Burana es obra interesante, pero fué sin duda la versión lo que arrastró a la audiencia a los insistentes aplausos.

A LBERTO Blancafort, que dejó huella de su labor en la preparación de los coros para la obra de Orff, ha sido protagonista del cuarto concierto organizado por la Sección Femenina. La Misa, de Mozart, sirvió de base al programa, precedida de comentarios de Antonio Fernández Cid. Insistimos en que este tipo de conciertos de orientación muy definida son un complemento educativo de importancia en la formación de nuevos aficionados para la música, en especial en el mundo universitario, que es al que fundamentalmente van dirigidos.

La Orquesta Nacional, con Frühbeck y Ferrás, concentraron sus esfuerzos en programa dedicado a Beethoven. Un buen concierto cuyo atractivo residía en la interpretación, ya que en cuanto a los títulos no es posible establecer el número de veces de su interpretación. Buenas versiones y buena actuación la de Ferrás en el concierto para violín.

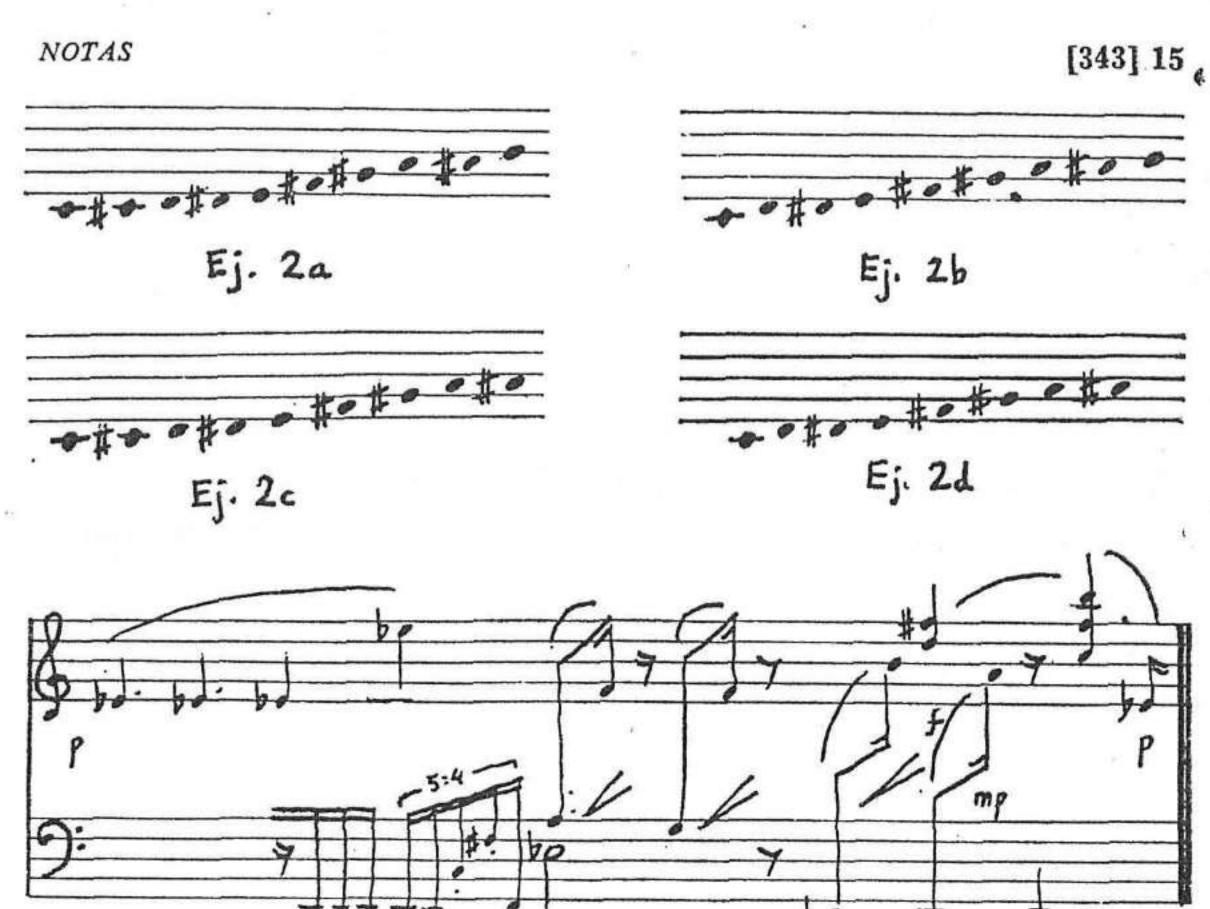
De nuevo la Nacional y de nuevo Beethoven, aunque en esta segunda ocasión alternando con Mozart y Tchaikovsky. Von Matacic al frente de orquesta y programa. También buenas versiones, en las que no es preciso ir más allá de la simple referencia de constancia.

THOMAS Carey, cuyas actuaciones como solista junto a la Orquesta de la Radio Televisión hemos comentado en diversas ocasiones, ofreció, dentro del Club de Conciertos, un recital acompañado por Esteban Sánchez. La musicalidad, el dominio y la variedad de sus acentos hicieron del recital un modelo de calidad que lógicamente se reflejó en las ovaciones que fueron cerrando cada una de sus actuaciones.

UN nuevo concierto del grupo «Alea» y, como consecuencia, una nueva estadística de estrenos. Cinco títulos y cinco primeras audiciones, dos de ellas en España y tres estrenos absolutos. La proporción de nacionalidades tuvo, además, saldo favorable para España, representada en los nombres de Agustín Bartoméu, Arturo Tamayo y Tomás Marco. Buscando más detalles significativos, encontramos dos de extraordinaria importancia. Por una parte, la juventud de los tres compositores españoles. Por otra, la fecha de 1966 que figura en sus partituras.

En estos dos últimos datos reside tal vez la valoración más alta que corresponde al grupo «Alea». A la dificultad generalizada de estreno de obras contemporáneas, a la eterna espera de las partituras que alcanza incluso—como comentábamos recientemente a títulos premiados—, se oponen la juventud de los autores y la velocidad de paso de la composición a los atriles del concierto. Hemos citado varias veces la importancia de este grupo que dirige Luis de Pablo, pero no tememos repetirnos cuando la ocasión obliga.

Alexandre Hrisanide y Toshiro Mayuzumi fueron los nombres extranjeros que completaban el programa, en el que la música correspondía por entero a la titulación del grupo. Tomás Marco ofreció en su Jabberwocky un conjunto de efectos musicales y extramusicales, según un criterio de espectáculo que sorprende y agrada porque despierta una sensación de fres-



cura, de naturalidad frente a lo insólito que le hace escaparse del peligro de una aparente elaboración cerebralista.

RECIENTE el homenaje al maestro López Chávarri, llega, por contraste, una triste noticia: el fallecimiento en Valencia del maestro Manuel Paláu.

Doloroso ha sido también el poco relieve que se ha dado a esta noticia. El maestro Paláu significaba mucho en Valencia y en el resto de España. Una vida de dedicación a la música desde los más variados ángulos. En la enseñanza dirigió hasta hace muy poco el Conservatorio valenciano. En la composición deja una producción meritoria. Y, sobre todas sus vertientes, destaca su personalidad de músico fervoroso, dedicado por entero a su profesión.

La vida musical tiene sus nombres cotidianos a los que se debe un tributo independientemente de su reflejo en el mundo. Al maestro Manuel Paláu le correspondía y le sigue correspondiendo.

PEDRO Espinosa ha sido solista en el Concierto número 1, para piano y orquesta, de Bela Bartok, con la Orquesta de la Radio Televisión bajo la dirección de Volker Wangenheim. Rienzi y la Segunda sinfonía, de Brahms, componían el resto del programa.

Con Bartok continúan las novedades o las obras de singular interés en las sesiones del Club de Conciertos. En sábados sucesivos figuran programados sus conciertos números 2 y 3, en un despliegue de su obra, cuya importancia no vamos a descubrir ahora y, en consecuencia, la importancia de su inclusión con solistas y directores distintos.



ADOLFO CASTAÑO

PINTO COELHO

A pesar de sus escasos años, Luis Pinto-Coelho, figurativo, si necesitamos filiarle a una tendencia podemos decir expresionista, ha llegado a su propia madurez.

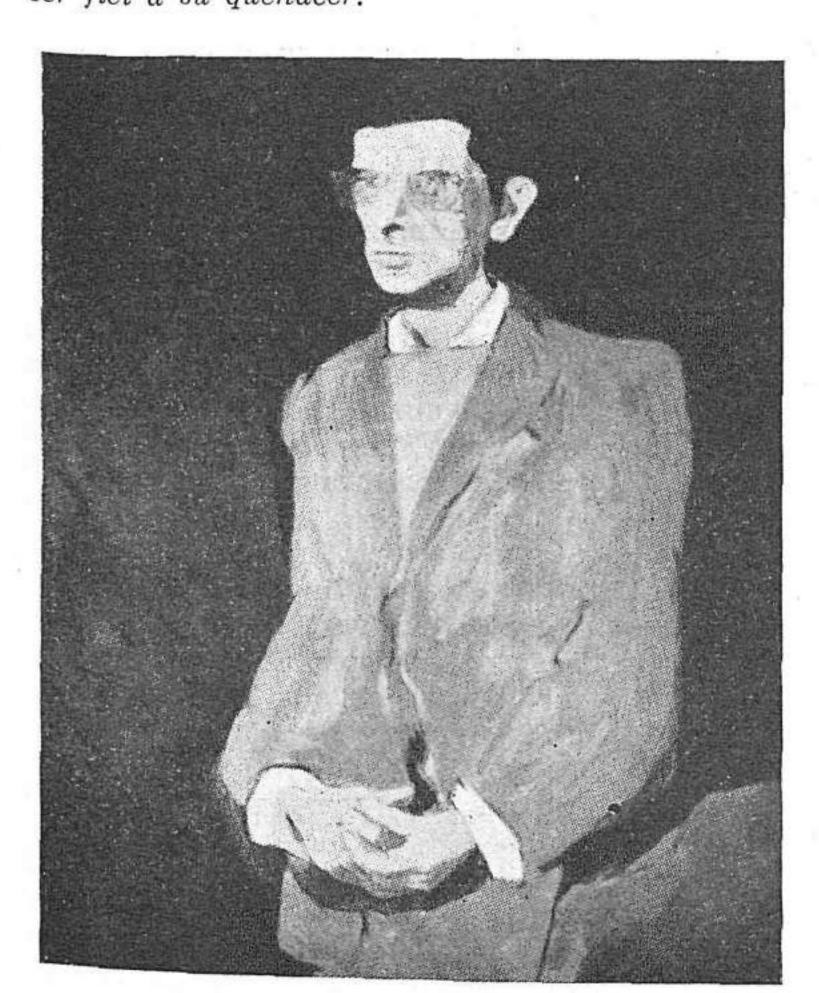
En la muestra que expone en la galeria El Bosco, hay un par de pinturas, el retrato de Jesús de la Torre y el titulado Frontón, que marcan lo que ya ha conseguido y el camino que va a seguir.

Si hasta ahora Pinto-Coelho había trabajado con los elementos tradicionales, espacio, color, planos, desde ya, saltando por sobre su expresionismo, va a ocuparse con mayor cuidado en conseguir un espacio impacto que dé razón de ser a cada una de sus pinturas.

En mi opinión esto es calar hondo, llegar al hueso, puesto que el espacio es la esencia, la entraña de lo pictórico.

Pienso que los figurativos deben considerar esta actitud, pues es aqui en la solución personal que se dé a este problema, donde reside el talento.

Estoy seguro que Pinto-Coelho conseguirá lo que se propone, porque sabe también que el talento es trabajo, trabajo consciente. Y él está dispuesto a ser fiel a su quehacer.



PIÑEROSS

Las pinturas que Piñeross nos muestra en la Galería Neblí son el resultado de su paciente y serena observación del mundo vegetal.

Piñeross ha actuado, por tanto, con una honradez figurativa, añadiendo al dato histológico muy concreto su capacidad de elegir determinadas formas predominantes y el empleo de una coloración graduada a voluntad, dentro de unos límites dados. El resultado es una auténtica abstracción.

Este ejercicio humilde de transmisor de una realidad no condiciona en absoluto la imaginación, ni la capacidad de inventiva de Piñeross, sino que la estimula y le da acceso a los felices hallazgos de sus dibujos.

Piñeross descubre, pues, un universo microscópico y nos lo presenta en primer plano. Un universo vivo. Un universo violento, lleno de formas agudas, erizadas, la piel cubre siempre con su corteza inocente la lucha que se desarrolla a cubierto de ella. Un universo terrible, con sus ciclos vitales en constante progresión, sin descanso.

Tal actitud pictórica es original, inteligente, audaz, y, como decía más arriba, honrada.

MAESTRO PALMERO



El guiarse sólo por la estética, una estética bien empaquetada, con muchas cubiertas que impidan llegar hasta ella el polvo de las calles, da como resultado una pintura adrede distanciada de nuestro mundo cotidiano, apta tan sólo para la remembranza.

Da pena ver esparcirse los talentos en un juego bonito, guiado por una evidente facilidad, perderse la riqueza de una paleta en esta teoría de viejas escenas del 900.

El maestro Palmero no va a hacer caso de nada y seguirá su camino convencido de la bondad de su óptica.

Lo malo es el engaño, el error, hacia el que lleva al público, afirmándole en su opinión de que el arte es tan débil cosa. (Salón Cano.)

CLAUDE COLLET

La alegría de existir ϵ s la nota que golpea en nuestra cara desde las pinturas de Claude Collet.

Sus seres están contentos y corren o danzan, se aquietan o contemplan, desde dentro de su dibujado continente.

El color que los define también es alegre, pero se ha serenado un tanto, justo lo suficiente para que sepamos dónde empieza uno de ellos y dónde termina.

Veo a Claude Collet segura de su acento, poco preocupada con sus propios problemas, con limpia mirada que sabe discurrir sobre los seres y contarnos, con un tanto de ingenuidad y un mucho de sabiduría, la mínima historia de un momento.

PERCEVAL-CANTON CHECA-ALCARAZ-CAÑADAS



Todavía recuerdo la sorpresa de aquella degollación de los Inocentes, con Eugenio D'Ors y Perceval como personajes.

Pero ha pasado el tiempo y, con todo respeto a tal señor..., este Perceval redivivo nos trae hasta el hoy, trepidante, lleno de invenciones, de formas nuevas a cada instante, el vino añejo en los mismos odres.

La fidelidad «porque si», cuando todo se derrumba en derredor y hay que construir cada día el arte del siguiente, no es buena consejera.

Lamento decir que me ha decepcionado, en conjunto, esta exposición Indaliana del Círculo de Bellas Artes. Yo sé que todos estos hombres: Perceval, Cantón-Checa, Alcaraz, Cañadas, creen en lo que hacen, piesan que es lo necesario, lo urgente; que salvan la pintura.

Y la pintura se mueve, siempre se moverá entre estos límites inmensos: una batalla ganada y perdida al mismo tempo.

JESUS LOMA

Con mucha timidez, timidez que congenia muy mal con la seguridad que tiene en sí mismo, Jesús Loma expone en la Galería Seiquer una serie de desnudos femeninos.

Estos apuntes rápidos son la primera letra de un alfabeto que Jesús Loma no tiene más remedio que mostrarnos cuanto antes, para que podamos comprobar hasta dónde alcanza su vocación personal.

Confieso que me gustan estas mujeres cuyas rotundidades, cuyas curvaturas no siempre se ciñen al canon de delgadez femenino. Y me gustan por la plenitud que encierran dentro de si, por la inmensa posibilidad de goce y de presencia que contienen.

Jesús Loma no esquiva una ironía, un sentido del humor que se cuela entre tanta cadera bien trazada. Tampoco esquiva la pequeña anécdota que cada cuerpo humano contiene.

MOLINA SANCHEZ

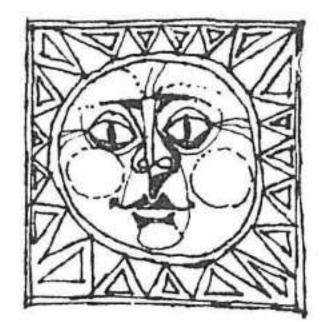
Molina Sánchez es fiel a su pintura, testarudo en su honestidad hasta un punto increíble. No creo que su trabajo se resienta con ello, solamente enuncio un hecho.

La parsimonia, el método, la elaboración de Molina Sánchez no le permiten precipitarse. El pasea por su almario la parte de realidad que le interesa

y luego la dice, pero a su manera.

Por esto, su exposición sobre temas africanos es un anuncio, un inicio de todas las sorpresas que sin duda ha experimentado Molina Sánchez al entrar en contacto con un mundo desconocido, variopinto, lleno de empuje.

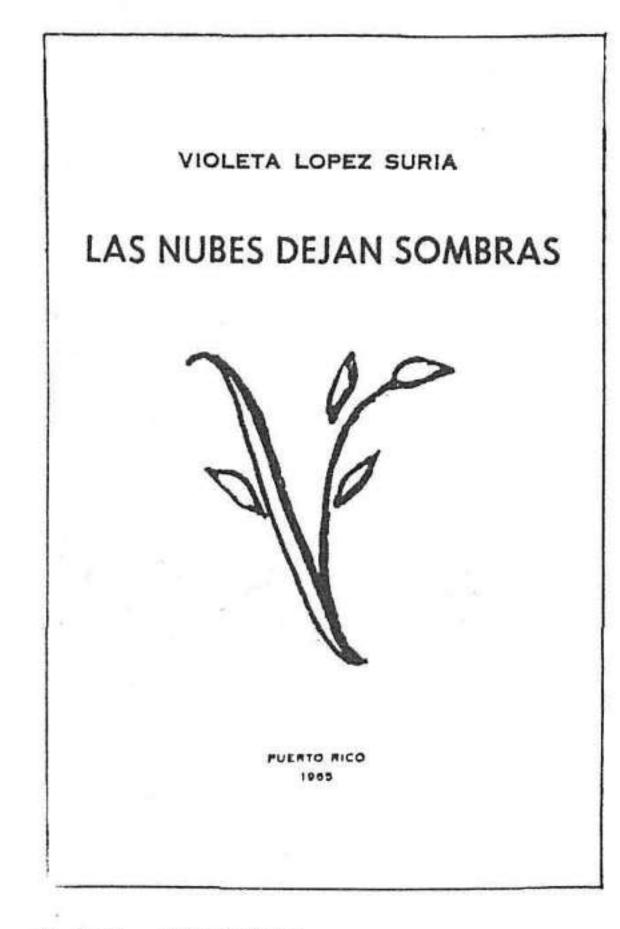
Por esto, nos sabe a poco lo que nos dice Molina Sánchez en su exposición de la Galería Círculo 2. Pero esperamos. Sin duda alguna, ya lo anuncian los cambios imperceptibles que pululan en sus pinturas, el pintor va a dar el fruto que promete, y va a darlo con limpieza, integrado al concepto total que lleva dentro y del que él sólo conoce el secreto.



estafeta de los hispanoamericanos

RAUL CHAVARRI

POETISAS, POETAS Y MAS POETISAS



LAS «NUBES», DE VIOLETA

Hace algunos años, en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, conocimos a Violeta López Suria, poetisa puertorriqueña que acaba de publicar el octavo de sus libros, Diluvio. Después, faltos de comunicación epistolar, no nos ha llegado otra noticia de la joven y laboriosa escritora. Ahora recibimos Las nubes dejan sombras, decimosexto libro de poesías de esta —ya hoy— realidad de la literatura iberoamericana.

En él, con casi diez años de experiencia sobre sus poemas en *Diluvio*, Violeta López Suria se ofrece mucho más poetisa de temas y expresiones.

Gran parte de sus obras adoptan una forma epistolar deliberadamente informal, en la que la autora llega a ofrecer todo un sistema de interpretación del tiempo y del espacio.

Si en *Diluvio* encontrábamos una tensión en la autora por llegar a una expresión poética que fuera el encuentro con lo innombrable, estas *Nubes* de hoy nos demuestran una escritora más rica en experiencias, muchísimo más humana y que ve repetirse la sensación de sus primeros desalientos.

«ISLA SIN BOSQUES»

José Ramón Vicioso es un escritor dominicano que vive desde hace años en la isla de Aruba (Antillas holandesas). De él nos llega su libro *Isla sin bosques*, sorprendente itinerario poético del paisaje antillano.

El libro está ilustrado por John Pandellis, artista arubano. Está dedicado a numerosas personalidades de la isla, a la que el autor, en un brindis entusiasta, llama «asilo de los hombres perseguidos por la injusta opresión de los tiranos».

Isla sin bosques es el primer libro de Vicioso. En él recogemos leyendas antillanas; recordamos personas, paisajes y sucesos históricos, y, con todos ellos, el testimonio de una pequeña isla, en la que tres idiomas—el holandés, el castellano y el papiamento—se encuentran en un mismo diálogo poético.

POESIA DE OSCAR ACOSTA

Oscar Acosta ha editado en España un libro de poesías que contiene la selección de su obra entre 1952 y 1965. Su libro, en trece años de producción poética, ofrece el contraste de una sorprendente unidad. En la obra que se nos presenta no hay disonancias ni desorientaciones, sino el esfuerzo de un escritor que va afirmándose en su tarea, enriqueciendo su experiencia y buscando expresiones teóricas cada vez más depuradas. Por esta razón, a los elogios que la obra de Acosta ha cosechado de críticos e historiadores como Salazar Bondi, Anderson y Alfonso Reyes, «Estafeta de los iberoamericanos» une los suyos.

LOS DIAS USURPADOS

Horacio Armani, premio nacional de poesía argentina, es autor de Esta luz donde habitas, La música extremada, Conocimiento de la alegria y La vida de siempre. Armani es un poeta impetuoso, apasionado, que vive y escribe su poesía con una gran energía, pero, sobre todo, con una enorme sinceridad. Las personas, los sucesos, las figuras e incluso las ciudades constituyen la preocupación a la que aboca su creación poética, algunas veces llena de energía. Los días usurpados, última obra del autor, es un testimonio de esta manera de hacer.

LOS PALIDOS PROFETAS

«Nosotros reimos, lloramos, odiamos y, generalmente, no comprendemos. Esta realidad confusa, esta búsqueda de soluciones imposibles, tiene sus profetas de diversos sayales y variadas actitudes. Augures desesperanzados que se aferran a su pequeña verdad para justificar una presencia más en este cosmos. Esta interpretación neurótica convierte en finalidad a la profecía misma, mientras aumenta el desencanto, porque el ruido de tantas voces nos impide escucharnos. Lo único importante es saber lo que decimos y creerlo profundamente.»

Con estas palabras, Gustavo Soler, poeta argentino, presenta su obra Los pálidos profetas, en la que, como desgraciadamente no ocurre muchas veces, encontramos un extraordinario acento poético

y una asombrosa y rica expresión. Soler es un gran poeta que quizá corra el peligro de pasar inadvertido en la copiosa producción poética iberoamericana de nuestro tiempo; un escritor al que, aun cuando en esta ocasión no dedicamos más que esta breve atención de unas líneas, tendremos que volver a buscar sus oráculos, sus baladas, sus églogas, en las que, sobre un friso de convencionales mitologías, está presente la personalidad y el talento de un gran poeta iberoamericano.

«MUERTE Y MEMORIA»

Nacido en 1930, Lupo Hernández Rueda ha publicado varias colecciones de poemas, entre los que destacan Santo Domingo Vertical y Trio. Ahora la colección «El silbo vulnerado» nos envía su libro Muerte y memoria, intento de establecer una poesía testimonio de profundas inquietudes metafísicas.

La muerte es el gran tema sobre el que Hernández Rueda despliega su inspiración poética y el trasfondo constante de esta obra, que viene a enriquecer el panorama de la poesía dominicana, que ya cuenta con valores tan positivos como Franklin Mieses y Manuel del Cabral.

POESIA DEL HOMBRE MUTABLE



Ante mi, subtitulado Poesía del hombre mutable, es un libro de Marcos Ricardo Barnatan, poeta de veinte años escasos de edad que colabora habitualmente en la revista literaria Reflejos. Su obra tiene interés. Es un primer intento, lleno de aciertos, en el que la vacilación y las equivocaciones no son sino las pautas que nos sirven para encontrar mejor lo que en la obra hay de meritorio. Se puede esperar una nueva obra de este escritor para los que nos preocupamos por la literatura iberoameri-

cana; casi podríamos decir: «se debe».

LUBIO CARDOZO

Lubio Cardozo nos envía su libro Extensión habitual. Nadie nos lo presenta, ni hay un prólogo que nos guíe, y la obra queda sola, arriesgada, ante la fatiga del crítico explorador de páginas y más páginas.

Cardozo debe de ser venezolano. Un excelente dibujante, Manuel Espinoza, ha ilustrado su obra con unos dibujos de hermosa abstracción poética.

En estos primeros encuentros leemos *Extensión habitual*. A lo largo de 29 capítulos, el autor nos va ofreciendo un hilvanarse de expresiones, en las que las alusiones a una profunda preocupación metafísica denuncian, quizá, el desacomodo y la inquietud de la juventud.

Al acabar la lectura, Cardozo, que sigue siendo tan desconocido como cuando abrimos el libro, se nos presenta como una incógnita. ¿Qué puede representar esta forma de escribir en el marco de las letras iberoamericanas? ¿A dónde puede conducirnos esta manera de hacer? Y el juicio queda suspendido ante este libro extraño, unas veces ingenuo, otras profundo, del que nos queda el recuerdo de una imagen:

De la orilla hacia el límite ama-[necerá todo en oferta. Bajo la división —avanza-[da— de las otras estancias, dar. Luego, revivir: [poesía.

LA SIGLA EME

Jorge Eduardo Fuentes, periodista, crítico musical y literario y poeta, es autor de un libro desenfadado en el que las apariciones de un bello e inusitado lirismo surgen como la pirueta de un titiritero en la austeridad de una plaza castellana. Sus poemas, a veces informales, pero siempre escritos en un correcto castellano, son una demostración de los nuevos derroteros de la expresión poética iberoamericana.

VICTORIA PUEYRREDON

Inés Gómez Carrillo, gran concertista y asombroso ejemplo de sensibilidad, pone en nuestras manos un libro de poemas original de Victoria Pueyrredón, poetisa con más de veinte años de dedicación, que titula *Poemas de soledad* esta nueva y madura incursión.

Como muchos poetas de nuestro tiempo, Victoria Pueyrredón se afana en dos quehaceres diferentes: de un lado, investigar en las raíces de su propia soledad y desencanto para buscar en ella las razones de su existencia; de otro, insistir y buscar el nombre de aquellas cosas que aparentemente no lo tienen.

Brillante y desigual resultado el de este esfuerzo de Victoria Puey-rredón. Con él cerramos esta sección, dedicada hoy a la poesía iberoamericana.

Desde Barcelona

De nuestra Delegación

SOBRE PREMIOS LITERARIOS DE LA EDITORIAL "PLANETA"

El editor don José Manuel Lara tiene la endiablada habilidad de acaparar el interés de una forma constante. Ha vuelto a asomarse a la ventana pública con motivo del anuncio de la ampliación económica, hasta 1.100.000 pesetas, del premio «Planeta». Amén de la creación de un nuevo galardón letrero. Este para la novela en lengua catalana y por un importe de 200.000 pesetas.

Con objeto de charlar sobre estos asuntos nos hemos dirigido a su editorial. Es una zona muy literaria, ya que allí viven Guillermo Díaz Plaja y también la novelista Mercedes Salisachs. Por cierto, la última ha puesto una tienda de objetos de decoración, y la ha bautizado con el bonito nombre de «El diablo Cojuelo».

-Lara. Se dice que la nueva dotación de tu premio obedece a espíritu de controversia y rivalidad.

Te equivocas; yo, hace tiempo, tenía pensado elevar la base económica de el «Planeta». El anuncio de que el «Nadal», por una sola vez y para dentro de dos años (convocatoria de 1969), iba a ofrecer al escritor un millón de pesetas, puede que precipitara mi decisión; pero te advierto que ya estaba tomada, con anterioridad, por mi parte.

-¿Es rentable un premio con ese presupuesto?

—Puntualicemos. Al principio el «Planeta» estaba dotado con 100.000 pesetas. Luego con 250.000; la curva era de perder en las primeras convocatorias, y después recuperar lo invertido. Puede que ocurra ahora lo mismo; perderé los primeros años, y a continuación nivelaré los presupuestos. Sin embargo, eso, en cuanto al premio, es lo de menos. Lo de más es su resonancia y su prestigio.

—Puntualizo yo a mi vez. ¿No sería más lógico poner el acento en la circulación del libro ganando el autor por sus legales derechos y no con la cantidad del premio?

—Verás; eso pasa en Francia con el Goncourt. Había entonces pocos premios, y ello facilitaba la venta. En

América del Norte, por ejemplo, los premios literarios tienen dotaciones muy pingües; en razón de unos 10.000 dólares.

—La novela, género en crisis, ¿cómo despierta el interés de los premios?

—Me parece aventurado indicar que la novela es un género literario en crisis; es cierto que remitió su venta hace unos años. Se debió a que los autores la complicaron con sus mensajes, objetivismo, etc. Una novela debe llevar una carga de interés, y distraer, al mismo tiempo. Pueden decir lo que quieran del actual «Planeta». Lo que yo te afirmo es que llevo vendidos 31.000 ejemplares, ¿qué te parece?

—La mujer, ¿se ha incorporado a la lectura?

—No tienes idea, y esa es la razón de que debe cambiarse la técnica novelesca y volver a su argumento y sentido narrativo clásico. La mujer lee novelas; pero no quiere que éstas tengan demasiados problemas. No le importan las escenas escabrosas siempre que se coloquen en su sitio, rechazando el abuso del excesivo picante, que orienta hacia lo morboso una lectura.

En cambio, el hombre lee poca novela. Se dirige su atención al libro-herramienta; al volumen instructivo.

-¿Perdemos los mercados de América?

—No; lo que perdemos son las ventas en las librerías americanas. Ocurre igual que aquí, en España. El libro hay que darle salida mediante otros métodos de venta. Una solución es la que hemos intentado nosotros; establecer en los centros claves de América grandes dispositivos de ventas a plazos. Los números no fallan; en 1964 la exportación de mi editorial subió a cuatro millones de pesetas; en 1965, pasamos a los 20 millones; en 1966, consolidados nuestros dispositivos en Méjico, Argentina, Chile y Venezuela, hemos llegado a los 40 millones de pesetas.

—Pero, en ese negocio, ¿no hay la carga de los morosos?

—Todo está calculado. En América la venta a plazo permite suponer un índice de morosos de un 10 por 100; en España, no se llega al 1,5 por 100.

—Desde la plataforma de tu experiencia, ¿quién compra más libros?

—Pues verás; el hombre, que debido a haber tenido que luchar con la vida para consolidar una posición, no pudo pasar por las aulas universitarias. Ese hombre, inteligente, conoce que tiene un vacío en su formación; y como dispone además de medios, adquiere libros que lo ilustran y sitúen. De ahí el fenómeno de las ventas masivas de las enciclopedias, libros de historia, economía, etc.

—Pasemos al nuevo premio. ¿Qué líneas tendrá?

—Ha habido confusión al recoger la noticia. Este premio se otorgará a una novela catalana editada en el año. Nuestro compromiso será el de traducirla al castellano y difundirla en toda España y en los países de habla española.

—Lara, ¿no se te ha ocurrido que puede el autor negarse a ser traducido?

—No, porque la traducción será de acuerdo con el autor premiado. Hasta él podrá escoger el traductor que le apetezca, amén de revisar los originales antes de enviarlos a la imprenta.

-Y el editor de la obra, ¿no puede negarse, haciendo valer su contrato?

—Tampoco lo creo. Mi premio significará una enorme propaganda para la novela, lo que incrementará la venta en sus ediciones de lengua catalana. Lo que yo haré es dar a conocer la literatura vernácula, especialmente en América, a través del idioma que allí se maneja.

-¿Has recibido cartas sobre ese premio?

—Muchas. Me han propuesto personalidades de las letras catalanas para jurado, y nombres para bautizar el premio. Yo acepto toda esa clase de iniciativas, y recogeré las estimables. Ahora que yo tengo pensado ya un nombre para el galardón. ¿Qué te parece?

Y José Manuel Lara se inclina en mi oído y me susurra el nombre de un escritor catalán vivo. Sonrío y pienso cómo sonará ese nombre en algunos vecinos de la calle Tallers.

I BIENAL INTERNACIONAL DEL DEPORTE EN LAS BELLAS ARTES

Hemos tenido la I Bienal Internacional del Deporte en las Bellas Artes. El premio de honor fué para Jaime Muxart, por su obra *Tras moto*. Y el de escultura volvió de nuevo a manos de Venancio Blanco, ganador de la bienal del año pasado; la obra objeto de galardón ha sido un relieve titulado *Baloncesto*.

Entre premios y adquisiciones, la Delegación Nacional de Deportes ha distribuído 700.000 pesetas entre los artistas. Se presentaron a concurso 442 obras. El jurado seleccionador sólo expuso 339.

En total, y según nuestro saber y entender, 12 han sido los artistas catalanes galardonados en esta I Bienal Internacional del Deporte; buena proporción si se tiene presente que los



El pintor Alejandro Cabanyes. Al fondo su histórica «masía»

premios a distribuir—entre pintores, escultores y grabadores de todo el mundo—sumaban 20.

VILA CASAS Y SIN MALICIA

Hemos afirmado en alguna ocasión en La Estafeta Literaria que el pintornovelista Joan Vila Casas es una de las personalidades más interesantes de la vida intelectual de Cataluña. Su última novela, Jourdain-65—que se anuncia con el siguiente lema: L'estrellat i les intrigues d'un cert premi literari. ¿Una novel·la amb clau?—, está dando mucho que hablar. Aunque se desenvuelve en Francia, no faltan maliciosos que identifiquen a los personajes como barceloneses, y como paisaje, el fallo del premio en lengua vernácula «Sant Jordi». Al crítico literario señor Fauli le ha parecido mal la sinceridad de esta novela, y se ha puesto a establecer una especie de identificación policial de sus protagonistas. «Es curioso —dice Vila Casas que a este crítico le parezca poco elegante lo que estima mi actitud de relacionar hechos reales con los imaginados, y no le parezca grosero, por ejemplo, que un novelista (en este caso, Josep Maria Espinás, en su obra El ultim replà, premio "Sant Jordi"), por cierto, haga a sus héroes ver una exposición mía en la Sala Gaspar y que uno de ellos afirme: "Es muy difícil pintar y no lo es tanto plagiar."»

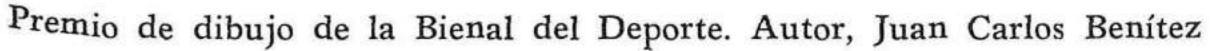
En verdad, en verdad, el mundillo literario parece obedecer a consignas, y cada vez es más difícil mostrarse, como Vila Casas, varón libre e independiente.

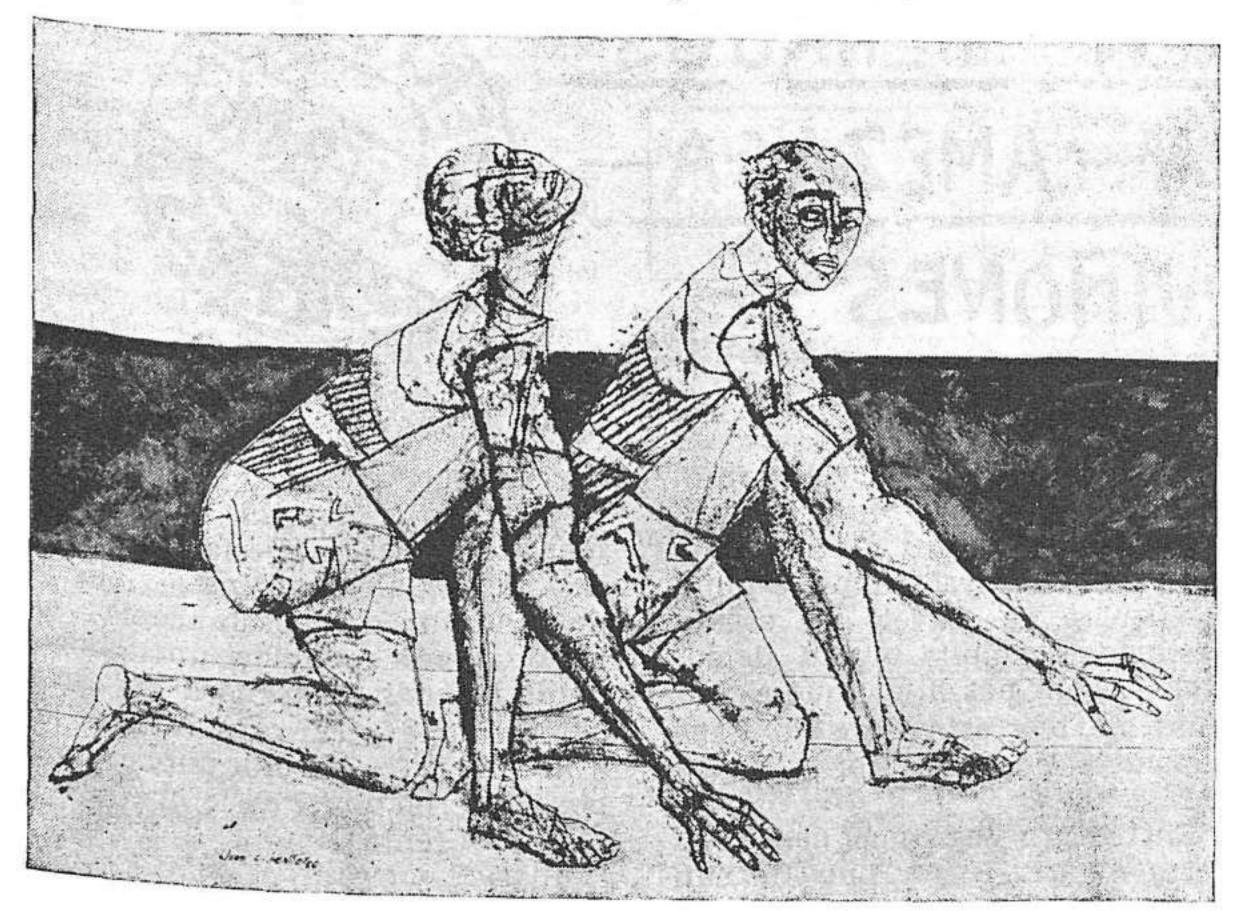
HOMENAJE AL PINTOR CABANYES

El municipio de Barcelona ha entregado la «Medalla de Mérito» al pintor Alejandro Cabanyes, que acaba de cumplir noventa años de edad. Nació en Barcelona, en la calle de Mercaders, el día 4 de marzo de 1877. Su linaje se remonta al tiempo de las Cruzadas; él pertenece a una rama familiar establecida en Villanueva y Geltrú en 1700. A este linaje perteneció también el ilustre poeta Cabanyes, figura de nuestro romanticismo y que fué muy elogiado por Menéndez y Pelayo. Precisamente vive don Alejandro en su famosa «masía», en Villanueva, donde conserva la habitación donde murió su poético pariente.

Cabanyes es un «caso». A sus noventa años conduce, por su propia mano, su viejo automóvil. Y aún continúa llevando a sus lienzos, con pincelada fresca, el mundo marinero de Villanueva, con sus barcas y sus subastas típicas de pescado.

Viajero por Europa, él se siente feliz oteando desde su «masía» la planuria azul del mar de Villanueva.





PORTAL --- MANTERO ----- RUBIO -- MIRANDA AQUINO -- CARVAJAL ---



Habia quedado con Rodrigo Rubio en que pasaría a recogerme al hotel e iriamos juntos, a las doce, a LA ESTAFETA LITERARIA. Cuando cruzamos la plaza de Santa Ana para dirigirnos a la calle del Prado, expresé mi temor a Rodrigo Rubio:

—¿Qué tal me recibirán?
—Bien. Ya verás...

Creo que fué Epicteto quien dijo que los hombres viven atormentados —y yo diria: o felices — por la opinión que ellos tienen de las cosas, no por las cosas mismas. La opinión que yo tenía de LA ESTA-FETA LITERARIA y sus tripulantes—opinión humana, no literaria— era de cierta superioridad, o bien yo me sentía en inferioridad de condiciones respecto al «clan» estafetario. Después de dos años y pico de asidua lectura, me sabía de memoria el epigrafe: «Para las visitas a la Redacción, rogamos previo acuerdo telefónico, y preferimos los sábados por la mañana.» Pero en mis viajes a Madrid, en mi vocación literaria soledosa y aislada, nunca me había decidido a asistir a una de esas tertulias de la calle del Prado, 21.

La puerta que del Ateneo madrileño da acceso a la Redacción de LA ESTAFETA LITERARIA es pequeña y pobre; el letrero que dice «LA ESTAFETA LITERARIA», humilde. Al abrirse esta puerta, la primera impresión es de desorden. Montañas de periódicos, revistas, libros y paquetes ubicados en las mesas, en las sillas, encima de los archivadores o en el suelo, al alcance de la puntera de nuestros zapatos, según avanzamos hacia las mesas de las dos secretarias. Una, muy joven, y otra, un poco -sin eufemismo-menos joven. Las dos, sonrientes, nos reciben a Rodrigo Rubio y a mí como a viejos amigos. Yo acaricio la halagadora idea de que me han reconocido por las fotos. Pero quizá la sonrisa abierta de las secretarias sea una de las normas de la casa.

Pasamos a un despacho, a la derecha, en donde me presentan a Juan José Plans, a Manuel Ríos y a Luis Hernández Aquino, quien me regala un ejemplar de Bayoán.

Una de las secretarias nos pregunta que qué queremos beber.
Decimos que todavia nada; más
tarde. Aparece con cara de despistado y con una chaqueta gris de
punto, ligeramente—ahora si, con
eufemismo—larga, Juan Emilio
Aragonés. A Aragonés ya lo conocia
de la noche del 15 de octubre y de
la mañana del 16 en el Hotel de
Barcelona.

Asoma en mangas de camisa Luis Ponce de León. Me presenta Juan Emilio Aragonés. Parece como si nos conociéramos de hace mucho tiempo. Yo a él, sí. En ese momento recuerdo a Cervantes: «Es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño.» Ponce de León no «lleva» barba ese día. Ante mi desilusión me explica que se la dejó en una peluquería de Granada porque le reconocían demasiado por la calle.

Nos pide que pasemos a su despacho, que van a hacerle una entrevista en cinta magnetofónica
para un programa cultural de Radio Nacional. Sotillos, el locutor de
Radio Nacional inicia la entrevista. Ponce de León nos cita en un
momento dado a Rodrigo y a mí.
Ponce de León, consciente de su
brillante y absorbente personalidad, quiere, está pendiente de dar
entrada a los demás: en la conversación, en la vida, en la literatura.

Terminado el reportaje regresamos al despacho, «según se entra, a la derecha». El director reitera la pregunta de la secretaria:

—¿Queréis beber algo? ¿O comer algo? ¿O mear? ¡Soy médico! —se apresura a aclararme, por si la última invitación me hubiera inducido a tacharle de boquifresco.

Aceptamos beber algo: una ginebra con tónica. El despacho va quedando pequeño con la arribada de nuevos contertulios: Manuel Mantero, Nicasio Salvador... Se habla del mapa literario del Sureste de España. Ponce pregunta, por turno, la opinión de cada uno sobre la conveniencia o inconvenientes de incluir a Alicante en ese mapa. La opinión de Rodrigo Rubio, por ser de esas tierras, es la más documentada. Cita la Confederación de las Cajas de Ahorro del Sureste de España, y asegura —temperando la responsabilidad de posibles celos patrioteros— que los alicantinos se consideran a sí mismos más «suresteños» que levantinos o valencianos. Creo que la idea de Rodrigo Rubio prevalecerá.

A Luis Ponce de León le reclaman al teléfono. Cuando se reintegra a la tertulia le acompaña un muchacho joven.

Este es—nos dice— López Carvajal, con grandes aficiones literarias. Nos lo envían de «Pueb!o» con una carta en la que se nos dice que López Carvajal demuestra talento para escribir y que veamos lo que se puede hacer por él.

Lee la carta. Luego, dirigiéndose al recién llegado, le dice:

—Mira, hoy es un buen dia para ti. Podrás conocer a gente importante —y nos va presentando a todos los alli reunidos.

López Carvajal nos mira muy serio y asegura:

—Para mí no hay nadie importante. Yo sé que puedo escribir tan bien como cualquiera.

Trae bajo el brazo muestras de su prosa. Ponce le invita:

—A ver, léenos algo de lo que tienes ahí.

López Carvajal contesta (¿con insolencia?):

─Yo no sé leer.

Hay un silencio amenazador. Presentimos el ronroneo de algún «taco» en el aire, pero no llega a sonorizarse.

Sotillos se ofrece:

-Puesto que soy locutor, leeré yo.

El relato trata de un maletilla. De la vida sin gloria en los ruedos durante el verano. De la llegada del invierno, de la remembranza de las tardes de sol y luces, sentado el maletilla en un café esperando que alguien le invite, que alguien lo escuche...

Al final hay en el relato emoción. Está bien escrito. Cuando la voz de Sotillos se apaga se hace un silencio, a mi parecer larguísimo—al parecer de López Carvajal debió ser eterno—, en la tertulia del sábado en LA ESTAFETA.

Juan Emilio Aragonés lo rompe: —Hay que decir algo, ¿no? A mí me parece que está bien.

Todos corroboramos la opinión de Aragonés.

Ponce se dirige a López Carvajal y le dice:

—Mira, te publicaremos esto. En la próxima ESTAFETA, no; en la siguiente, tampoco; en la otra. Y añadiremos que te presentaste aquí lleno de orgullo, de displicencia y casi de agresividad. Que te lo perdonamos porque sabes escribir, porque tienes diecinueve años y

además acné juvenil. ¿Estás conforme?

López Carvajal, muy serio, se adelanta y manifiesta:

—Lo que yo creo es que aqui no se me ha comprendido. Yo no soy ni orgulloso ni agresivo: sólo sincero. Y sobre el acné juvenil tengo escritos ciento cincuenta folios.

El director se enfada:

—¿Con que eres sincero? ¡C...!
¿Es que los demás no lo somos?
Mira, Carvajal...—continúa Ponce,
pero el muchacho le interrumpe:
«¿Por qué no me llama López Carvajal? Carvajal es sólo el apellido
de mi madre?»—. Mira, López Carvajal: llegas aquí rebotado de
«Pueblo». Te acogemos bien. Te vamos a publicar tu narración. Te
decimos que nos ha gustado, ¿qué
más quieres?

La cosa amenaza con ponerse fea. Rodrigo Rubio interviene en favor del novel. Los ánimos se apaciguan. Se habla de otra cosa. Se rie. López Carvajal no rie nunca. Ni a pesar de que se le pide. López Carvajal regresará a Jaén esa misma tarde. Al despedirnos expresa una emocionada gratitud a Rodrigo Rubio por el capote que le lanzó.

Son las dos y media pasadas. En la desmantelada plaza de Santa Ana luce el sol. Es enero, el último sabado de enero, y el día es soleado. La ginebra, con el estómago vacío, parece habérseme subido a la cabeza. Como a López Carvajal la violencia autodefensiva de su lastimado orgullo. Se le pasará, como mi bigerisimo mareo. A mi, con una buena comida. A él, con los años. ¡Que envidia su acné! ¡Qué pena que no sepa sonreir a los diecinueve años! Aunque, claro, aprendemos a sonreir más tarde, con la experiencia. La experiencia que se enriquece de sucesivas derrotas, a las que sólo nos cabe oponer una sonrisa. Si, enseñándoles los dientes.

MARTA PORTAL

-GALA -- LOREN -- PENAGOS --- CASTRESANA -- AMEZAGA -SERRANO -- QUINONES ---

de sus raros libros, un volumen inquisicional titulado Auto de fe en de Aldonza y Valladolid, de cerca de seiscientas mente, revista páginas, en cuya solapa estampó de —Alcalá la de a guisa de clavel— su espalda de —Puerto in

Sábado 25, febrero y 1967. Ateneo de Madrid, Redacción de La Estafeta. Como todos los fines de semana, cita a mediodía, coloquio puntual, tertulia amiga, gozado trago de tinto, limonada, coca, whisky o café cortado en torno a los temas más dispares de la vida literaria.

El primero en llegar fué Amézaga, un erudito con complexión de atleta, que acaba de publicar otro quisicional titulado Auto de fe en Valladolid, de cerca de seiscientas páginas, en cuya solapa estampó—a guisa de clavel— su espalda desnuda y amplia, «para demostrar—según nos dijo— que el cristiano de hoy está libre de flagelaciones». Curioso autor y curiosa obra.

Entretanto llega más gente: Alberto Alvarez-Ruz y Luis Hernán-

dez Aquino, editores y directores de Aldonza y Bayoán, respectivamente, revistas de poesía de aquende —Alcalá la cervantina —y allende —Puerto Rico de la copla—el mar, quienes entablan un diálogo mano a mano en torno a las dificultades que encarna mantener la aventura lírica de una publicación por el eterno aquél de lo que cuesta la imprenta.

Aparece un gallego, Juan Miguel

Moreiras, el descubridor de las semejanzas entre los poetas Gabriel Celaya —vasco del siglo xx— y Chin Shengt'an —chino del xvIII—.

Seguidamente entra en escena Antonio Gala. Ponce de León le ha invitado para que conozca y le conozca Santiago Lorén, que llegaría luego. Comentamos con el autor de Los verdes campos del Edén los sies y los noes de su espacio televisivo — Y al final esperanza — y nuestro dramaturgo vedette - asi le han llamado recientemente nos da noticia de su próxima gira por Norteamérica, donde dictará una serie de conferencias. Un fotógrafo de prensa, que llegó con Raúl Torres para entrevistar a Lorén, fotografía a Gala desde todos los ángulos, en negro y en color, de perfil, de frente, de espaldas, de arriba abajo y de abajo arriba, entusiasmado: «Yo le tenía por un señor gordo y viejo, como suelen ser los autores teatrales, ; pero usted tiene un físico de actor!» Ni que decir tiene que el segoviano —porque es de Cuéllar, aunque presume de cordobés-sentíase satisfechísimo con tamañas atenciones.

En esto estábamos, cuando llegan Rafael de Penagos—el poeta de las soleares—y Luis de Castresana—el novelista de La frontera del hombre—. Vienen a entregar los originales que, junto a los de Gascó, Gómez de la Serna y Alcántara, publicamos en este número (páginas 4 a 9), y en los que los cinco escritores describen su visita a Azorín. (Es de advertir que esto ocurría en la mañana del 25 de febrero, cinco días antes de la muerte del nonagenario escritor.) La solicitud de textos se hizo como tributo a su magistral labor creadora. Mientras que Castresana nos habla de lo equivocadamente que interpretó la critica nacional el sentido de su última novela y del argumento de su narración El otro árbol de Guernica —de próxima aparición—, que trata los problemas vitales de los hijos de los exiliados, Penagos hila la palabra con el poeta Fernando Quiñones, el cual viene acompañado de Nadia, su esposa, y de la escritora argentina María Angélica Correa, recién llegada a España desde el país del tango. Hablan, ¡cómo no!, de América; Rafael y Fernando son apasionados americanistas; allí dejaron, allí tienen amigos y lectores. Un grupo de escritores jóvenes y Juan Emilio Aragonés, nuestro subdirector, se unen a ellos y la conversación se multiplica.

Juan Barberán, convertido en eficaz fotógrafo, hace verdaderos equilibrios, lo mismo se tumba en el suelo que se sube a las mesas, buscando buenos encuadres. Ahora el objetivo es Santiago Lorén, que contesta a las preguntas que Raúl Torres le hace para Tiempo Nuevo. Y el novelista-médico posa junto a Luis Ponce de León — médico también, como todos sabéis—, que le entrega el prólogo—una carta de «presentación cefálica»—para su obra Historia de la Medicina —que editará Urriza—; y junto a Juan José Plans, otro de la casa, que ha realizado para el citado libro unas originalísimas ilustraciones.

Estos éramos, mas se une al gru-

po, a la tertulia, otro testigo importante: Eugenia Serrano, cuya simpatía está a la altura de su inteligencia y de su humanidad: «¡No me hagan fotos de cerca, que voy a salir muy mal!»

Se forman corrillos, se cuentan anécdotas, se enjuician conceptos, se bulle de la sonrisa a la definición, pero nadie se engola, nadie cree estar de vuelta de todo, ni por encima de nada. Cordialidad máxima entre consagrados y jóvenes es la tónica de la tertulia, de estos jubileos cada vez más nutridos de los sábados estaféticos, donde -cual si se tratara del lenguaje de Azorin—hasta mi andaluz cerrado puede ser motivo de divagación y comentario, tal como lo fué un título casi sobrenatural: Cómo aprender vasco fácilmente, impreso en oro sobre tela verde, para resaltar, aún más, tamaña ironía. El libro lo traía Pablo del Aguila, joven escritor y muy inquieto aprendiz de lingüista.

Y hasta más ver o hasta más gente.



(Viene de la pág. 2)

10.000 ptas. Don Luis Moreno Nieto, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Santiago Melero Coca, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don José Manuel Alonso, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Miguel Gamazo Peláez, premio en el mismo concurso.

10.000 ptas. Don Manuel García García, premio en el mismo concurso.

3.190.000 ptas. Suma y sigue.

PUEDEN JUGAR —

ENSAYO Premio: 130.000 ptas. RUBEN DARIO

petir brasileños, hispanoamericanos y españoles, sin ninguna restricción.

Se otorgará un premio de 1.000.000 (un millón) de cruceiros -que corresponden a 130.000 pesetas, según la cotización actual—al autor del mejor estudio crítico o ensayo sobre la obra de Rubén Darío.

Los trabajos que se presenten no podrán tener una extensión inferior a 100 folios, mecanografiados a tres espacios, ni superior a 150, y deberán remitirse en tres copias a las oficinas de este Instituto antes del día 1 de septiembre de 1967.

Los trabajos, que deberán ser firmados con seudónimo, vendrán acompanados de un sobre aparte, lacrado, en cuya parte externa constará el seudónimo correspondiente, y título del trabajo del autor, y en su interior, la identificación del mismo, nacionalidad, profesión, edad y dirección.

El jurado que fallará el concurso estará presidido por el señor embajador de España en Brasil, don Jaime Alba Delibes, y se compondrá de las siguientes personalidades: Gregorio Marañón Moya, director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid; Oscar Peña de Camus, cónsul general de España en São Paulo; Luis Antonio da Gama e Silva, rector de la Universidad de São Paulo; Julio García Morejón, director de la Escola de Comunicações Culturais de la Universidad de São Paulo; Alfredo Buzaid, director de la Facultad de Derecho de la Universidad de São Paulo; Erwin

Podrán com- Theodor Rosenthal, vicedirector de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo; demia Paulista de Letras; Eduardo Penuela Canizal, Profesor de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo, y el ilustre patrocinador del premio, don José Esteve.

El fallo del concurso se divulgará el día 2 de octubre, y se procederá a la entrega solemne del premio el día 12 del mismo mes, Fiesta de la Hispanidad, de 1967.

El Instituto de Cultura Hispánica de São Paulo se reservará los derechos de publicación del trabajo premiado.

ARTICULOS Premio: 100.000 ptas. TEMAS

La empresa Construcciones Colomina G. Serrano, S. A., editora de la colección

«Temas», convoca la concesión del III Premio «Temas», dotado con un único premio de 100.000 pesetas.

La colección «Temas» se publica con motivo de las fiestas de Navidad y Año Nuevo, y su contenido recoge los hechos más destacados de la actualidad, expresados por prestigiosas firmas del mundo periodístico y literario.

La concesión del III premio «Temas» se regulará de acuerdo a las siguientes bases:

1.ª Podrán concurrir a este premio todos los periodistas y escritores con un solo artículo inédito, de una extensión de tres a cinco folios a doble espacio, escrito en lengua española.

2.ª La presente convocatoria se re-

fiere a trabajos en prosa sobre temas literarios, periodísticos, científicos, de humor, cuentos, etc., de interés general o destacada actualidad.

3.ª Los trabajos deberán enviarse por cuadruplicado, sin firmar, indicando en su encabezamiento el título del artículo y el lema adoptado por su autor. En el mismo envío se incluirá un sobre cerrado, figurando en el exterior el lema del autor y en su interior su nombre y domicilio. Todo ello deberá enviarse por correo certificado con acuse de recibo a Construcciones Colomina G. Serrano, S. A., San Bernardo, 97-99, Madrid-8, indicando expresamente: «Para el concurso "Temas".»

4.ª El plazo de admisión de originales finalizará el día 31 de julio

5.ª Un jurado formado por prestigiosas personalidades del periodismo y las letras, cuyos nombres no se harán públicos hasta después del fallo, otorgará el III premio «Temas» en la segunda quincena del mes de octubre, siendo su fallo inapelable. El premio no podrá ser dividido ni declarado desierto.

6.ª La redacción de «Temas» podrá utilizar los artículos recibidos para publicarlos en su colección después de una previa selección. Los artículos publicados pasarán a propiedad exclusiva de la redacción, y sus autores recibirán 1.500 pesetas por su colaboración.

Los artículos no publicados serán devueltos a sus autores, garantizando la redacción la no publicidad de su presentación.

7.a El mero hecho de participar en este concurso equivale a la total conformidad con las presentes bases, no admitiéndose a concurso ningún trabajo que se presente incompleto en el cumplimiento de alguna de ellas.

8.ª Cualquier aclaración sobre la convocatoria de este premio podrá solicitarse a la entidad patrocinadora del mismo, indicando en el sobre la referencia: «Concurso "Temas".»

NOVELA CORTA Premio: 50.000 ptas. ATENEO DE GIJON

Podrán concurrir todos los escritores españoles e hispan o americanos.

Las obras presentadas han de ser inéditas, escritas en español y con una extensión no inferior a 100 ni superior a 125 folios, mecanografiados a doble espacio y por una sola cara.

El premio, que será indivisible, estará dotado con 50.000 pesetas, y no podrá ser declarado desierto.

La novela premiada será publicada por Ediciones Silverio Cañada (Librería Universal), y los derechos que devengue la primera edición de la obra serán a favor del mismo.

El tema será libre, pero el jurado considerará con interés aquellas obras que, por su concepción, tesis o contenido esencial, respondan a la problemática de nuestro tiempo.

Los originales, con la firma y domicilio del autor, o bien bajo seudónimo, serán enviados por duplicado al Ateneo Jovellanos, de Gijón, antes del día 15 de mayo de 1967.

El jurado, cuya composición se dará a conocer en momento oportuno, estará integrado por destacadas figuras del mundo cultural.

El fallo se hará público en el Ateneo Jovellanos, a las doce de la noche del día 20 de junio de 1967, durante una velada organizada a tal efecto.

PERIODISMO Premio: 50.000 ptas. TEMAS DE ARQUITECTURA

La revista Temas de Arquitectura instituye un oremio para el mejor artículo o la labor más

meritoria sobre arquitectura o urbanismo, a juicio del jurado, aparecido en un periódico durante el año 1967.

La revista Temas de Arquitectura considera participantes en este concurso a todos los autores de artículos y reportajes publicados en la prensa diaria española.

Sin embargo, se recomienda a los autores interesados en este concurso remitan el recorte de la publicación de sus originales a la dirección de esta revista antes del 5 de enero de 1968.

Se instituye un premio único de 50.000 pesetas, que no podrá ser declarado desierto.

El jurado que ha de fallar el concurso estará compuesto de siete miembros: decano del Colegio de Arquitectos de Madrid o persona en quien delegue, director de la revista Temas de Arguitectura, tres arquitectos y dos personalidades de las letras.

El fallo del concurso se hará público

en enero de 1968.

Chiripas de la Historia: Si América para Colón, para Piccus, Leonardo.

BASILIO ROGADO

Esta es una historia incompleta; comienza el 7 de febrero de 1967, pero aún no tiene final. En ella no se pretende sino relatar, con la mayor objetividad posible, algunos hechos que no han quedado nada claros y, sobre todo, contribuir a que pronto, los protagonistas de la historia—en este caso los «Tractados de Meccanica y Geometría, escritos al revés y en los annos 1491-1493», de Leonardo da Vinci—, puedan ser publicados.

MARTES 7 DE FEBRERO

os profesores Jules Piccus, de la Universidad de Massachusetts, y Ladislao Reti, de la Universidad de California, trabajan en la Biblioteca Nacional de Madrid. El primero de ellos sigue el rastro—en su calidad de profesor de lengua y literatura españolas, especializado en literatura medieval y filología románica— a los cancioneros y otras manifestaciones literarias medievales. El segundo, investiga sobre Leonardo da Vinci y el manuscrito de Juanelo Turriano (otra joya de la Biblioteca Nacional). Durante su trabajo han de manejar multitud de signaturas antiguas y modernas. Gracias a la ayuda y facilidades —nunca suficientemente agradecidas que les dan los funcionarios de la Biblioteca Nacional, del primero al último, encuentran dos manuscritos de Leonardo da Vinci que se daban por perdidos.

El relato del hallazgo, los profesores Piccu y Reti lo intercalan en un informe de siete folios que, según ellos y tras haber sido sometido a las autoridades de la biblioteca, querían que fuese publicado inmediatamente, en los diarios nacionales. El informe no se publicó en España. Su título es Los manuscritos de Leonardo da Vinci en la Biblioteca Nacional de Madrid; comienza de la siguiente manera:

«En el estudio bibliográfico de B. J. Gallardo, Ensayo... (apéndices del tomo II, pág. 174), hay una indicación que periódicamente ha despertado el más vivo interés de los estudiosos de la vida y de la obra de Leonardo da Vinci. Afirma Caballero, que en la Biblioteca Nacional de Madrid, catalogado bajo el nombre de Leonardo da Vinci, "Tractados de Meccanica y Geometria", escritos al revés y en los annos 1491-1493, 2MM vols. AA 19. 20, existían dos manuscritos del genial florentino.»

Piccus y Reti explican después cómo el profesor florentino De Marinis escribió en 1898 al entonces director de la Real Biblioteca de Madrid para enterarse de si la noticia de Gallardo era realidad. Decepción de De Marinis al notificarle que en los estantes de la biblioteca, bajo la mencionada signatura de AA 19.20, se encontraban dos valiosísimos códices, el De Remediis utriusque fortunae, de Petrarca, y unas glosas del Digesto, de Justiniano, pero no los escritos de Leonardo.

Explican después los profesores Piccus y Reti la pequeña historia de los manuscritos perdidos y encontrados. Igual fecha que este informe tiene el contrato firmado por la Biblioteca Nacional, representada por su director, don Miguel Bordonáu, y los profesores Piccus y Reti, y por el cual la Biblioteca Nacional otorga a la Universidad de Massachusetts una exclusiva para publicar los manuscritos, con una serie de cláusulas, gracias a las cuales la biblioteca conserva sus derechos y resulta beneficiada en todos los sentidos, según ellos.

MIERCOLES 15 DE FEBRERO

Salta la noticia que armaría todo el revuelo de los manuscritos de Leonardo. Como el informe de los profesores no ha sido publicado en España—según propias palabras del profesor Piccus, «porque un funcionario de la Biblioteca Nacional nos sugirió que los publicásemos primero en los Estados Unidos»—, la noticia que llega a España quita toda importancia a la nacional y a sus investigadores, y lo que había sido un contrato favorable y acordado por ambas partes, se convierte en poco menos que un atraco publicitario.

Los titulares de la crónica del corresponsal de A B C en Washington

rezan: «Descubrimiento de dos manuscritos—setecientas páginas— de Leonardo da Vinci en la Biblioteca Nacional de Madrid.—Un profesor norteamericano asegura que, buscando originales de baladas medievales, realizó el hallazgo, al encontrar una anomalía en los catálogos. Los originales de Leonardo, referidos al movimento de máquinas hidráulicas, serán publicados en Estados Unidos antes que en España.»

Y fué este último titular —unido a la palabra descubrimiento, empleada en la rueda de prensa celebrada en Boston, y en la que el profesor Piccus dió a conocer su hallazgo— el que indignó a los españoles.

He aquí el malentendido que ha dado origen a toda la batahola. Los originales de Leonardo iban a ser publicados en USA antes que en España. Primero porque en el contrato firmado el día 7 de febrero se dejaba bien claro que los manuscritos serían publicados por la Universidad de Massachusetts y se le concedía un derecho exclusivo de publicación, y segundo, porque mal podría la Biblioteca Nacional, tan precaria de medios, que no puede utilizar sino dos funcionarios en la catalogación de manuscritos, realizar un gasto de 200.000 dólares, necesario para la publicación de los de Leonardo con decoro.

JUEVES 16 DE FEBRERO

A este respecto, en una entrevista mantenida con el director de la Biblioteca Nacional, don Miguel Bordonáu, dijo:

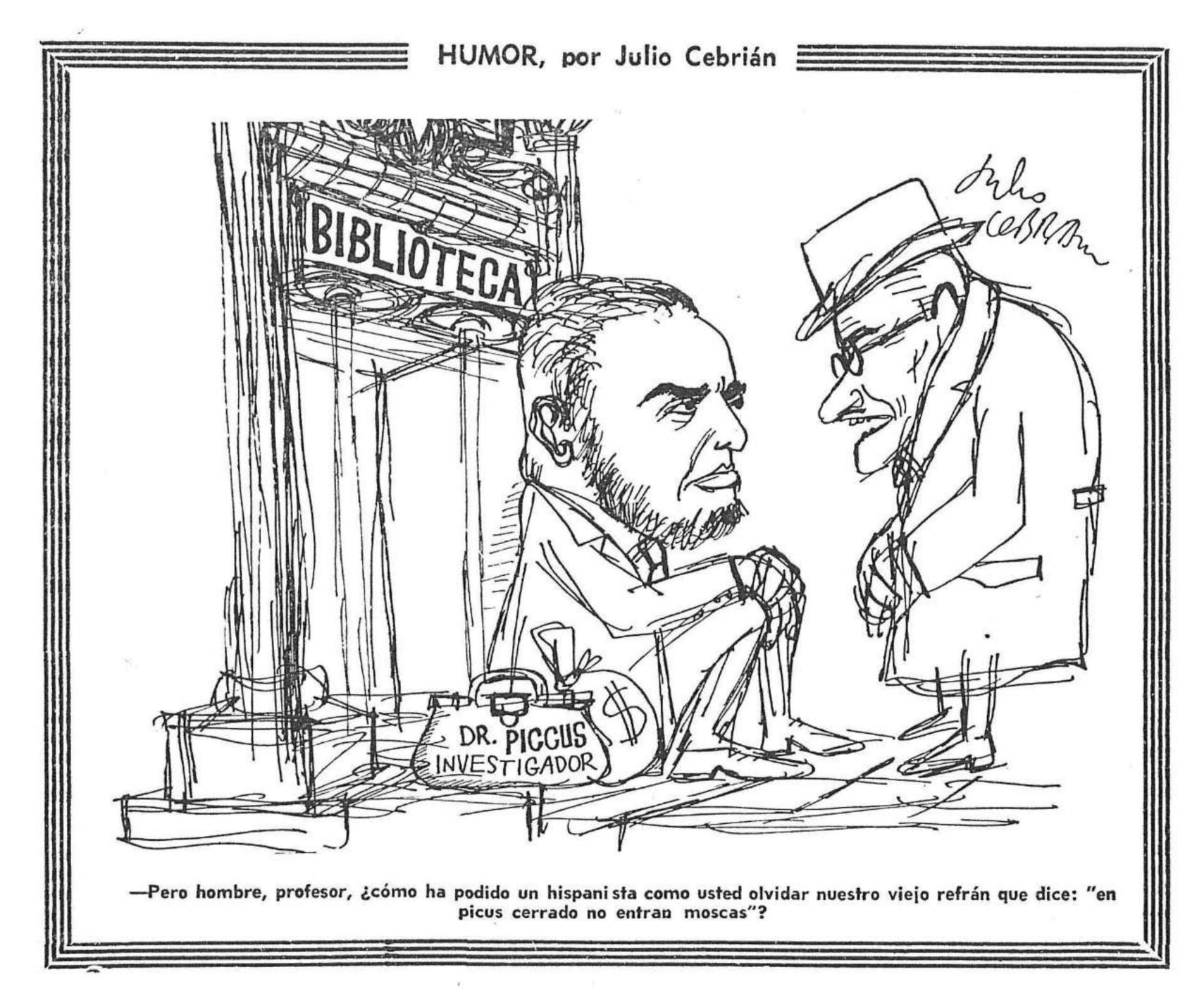
Propiamente no se puede hablar de descubrimiento, pues se trata de dos piezas de nuestra colección, conocidas no solamente en el catálogo que está a disposición del público, sino también en el apéndice del Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos, de Gallardo, donde se citan atribuídos a Leonardo da Vinci. Ocurrió que en el traslado de la biblioteca, los manuscritos, como todos los del fondo antiguo, que tienen una signatura compuesta de letra y número, al copiar la signatura en el inventario manuscrito que estaba a disposición del público, o sea, en el catálogo antiguo, fueron objeto de un error: donde ponia AA 119, se puso AA 19, y donde ponía AA 120, se puso AA 20. Naturalmente la equivalencia en los números modernos de estos dos manuscritos dificultaba la identificación de los mismos. Posteriormente, la existencia de estos manuscritos seguia siendo conocida, ya que en el año mil novecientos treinta y tantos, uno de ellos fué objeto de una ligera restauración de una de sus hojas, en nuestro laboratorio. Ahora bien, como aún no se había deshecho el error de las signaturas, los profesores que fueran persiguiendo los manuscritos, ayudados como los demás por el subdirector de la Biblioteca y el jefe de la Sección, podrían tener la fortuna de encontrarlos. Pero conocidos lo eran.

Y el señor Bordonáu reafirma lo que antes se comentaba:

De haber dispuesto la Biblioteca Nacional de más personal para la confección de su inventario de manuscritos, que hoy está ya en el noveno volumen, se hubiese llegado a estos números 8.936 y 8.937, y estarían publicadas sus fichas, como se han publicado ya los tres mil números primeros.

En cuanto a la publicación por la Universidad de Massachusetts, el señor Bordonáu dijo:

Es muy corriente que las bibliotecas nacionales de todos los países del mundo no sean las exclusivas en publicar los manuscritos de valor que en ellas existen. Son tareas que, en beneficio de la cultura, se facilitan a todos aquellos que con una solvencia reconocida pueden disponer de las competencias y la especialización. Aparte de contar con los medios económicos para estas publicaciones.



(De «El Alcázar», 28-II-1967.)



February 27, 1967

Office of the Dean of the Graduate School and Coordinator of Research

South College

The Honorable Manuel Lora Tamayo Minister of Education and Science for Spain Madrid, Spain

My Dear Sir:

Please pardon me for writing to you without first having had the honor to meet you. My only excuse is the great desire of the University of Massachusetts and myself to reach an amicable and appropriate resolution of the difficulties that appear to be developing about the publication of the da Vinci manuscripts. Please be assured that it has only been our desire to assist in every useful way to make these materials available to scholars of the world.

Perhaps through our ignorance of the manner in which the Spanish authorities would have wished the matter to be treated we have failed to do as you might have desired. If such errors have occured we deeply regret them.

It was our understanding that the proper way to arrange for the publication of these manuscripts was through a contract with the Librarian of the Biblioteca Nacional. We entered into the agreement honorably and with no ulterior motives. If it is your desire we are perfectly agreeable to turning over to the Spanish government any profits which may be made from the publication of these manuscripts.

If the manner of our announcement of the agreement was in any way offensive we regret it. It was only intended to honor the occasion. It is the custom in the United States to make significant announcements by means of a press conference, and all universities regularly do so. Had we not done so we would have been criticized in this country for having failed to mark the event with a ceremony appropriate to its importance. It was our understanding that the news was being released simultaneously in Madrid.

We understand that our reference to the manuscripts as having been "discovered" has also caused concern. We believe the press has exaggerated this matter. In our country the word "discover" may have a slightly different meaning than it has in yours. We are all taught in our earliest schooldays of the great assistance of the Spanish government to Christopher Columbus when he "discovered" America. We all know that he was not looking for America, but for the Indies, when he discovered America by a happy chance. Our use of the word "discover" does not exclude accidents such as these.

The Honorable Manuel Lora Tamayo

February 27, 1967

I believe there is also some concern in Spain that a Spanish institution should be involved in the publication of these documents. We would be honored to have the participation of the Biblioteca Nacional or any other agency your excellency may wish to suggest as a joint partner in the venture. We would also be honored by having a facsimile edition published jointly first by a Spanish publisher with us, and then with our publishing an edition prepared for scholarly purposes.

Many American Hispanists have worked on Spanish materials and have helped to develop the high regard which the American people have for the Spanish people. These scholars may be able to be of assistance in the preparation of these materials for publication.

We are of the impression that an investigation is presently being made into this matter by your office. We do not believe that the Spanish sense of justice will try us in absentia and revoke our contract without giving us a hearing. We would be pleased to discuss such changes in the agreement as may seem appropriate to your office.

The legality of the contract does not depend on anything that occurred before it was signed except as such matters might affect the terms of the contract. We have believed from the beginning that the contract was a valid one. If the contract is unilaterally revoked or abrogated, scholars of the world may conclude that it is difficult to enforce such agreements.

Whatever the legal status of the contract may be, it was an agreement honorably entered in to by us with an agent of your government. We believe you will respect such an agreement.

Please be assured that it is our respectful desire to consummate the publication of these materials in a manner above reproach and agreeable to you.

As the official representative of the University of Massachusetts in this matter, I stand ready to come to Madrid to discuss this agreement personally with you if you so wish. My most respectful greetings and bast wishes.

Elimb Choose

Dr. Edward C. Moore
Dean of the Graduate School
The University of Massachusetts
Amherst, Massachusetts 01002

ECM: mb

Excmo. Sr. D. Manuel Lora Tamayo, ministro de Educación y Ciencia. Madrid (España).

Muy señor mío:

Le ruego me perdone si le escribo sin haber tenido antes el honor de conocerle. Mi única disculpa es el gran deseo de la Universidad de Massachusetts, y el mío propio, de lograr una solución adecuada y amistosa de las dificultades que parecen presentarse para la publicación de los manuscritos de Leonardo da Vinci. Crea que nuestro único deseo es ayudar eficazmente a que estos materiales se pongan a disposición de los eruditos del mundo.

Es posible que nuestra ignorancia sobre el modo cómo las autoridades españolas hubieran querido que se enfocase el asunto nos haya hecho no corresponder a sus posible deseos. Si se ha producido semejante error, lo lamentamos profundamente.

Tuvimos la impresión de que el trámite adecuado para la publicación de los manuscritos sería un contrato con el director de la Biblioteca Nacional. Llegamos a un acuerdo honorablemente y sin segunda intención. Si usted lo desea, estamos dispuestos a ponernos de acuerdo para que revierta al Gobierno español cualquier ganancia que pueda derivarse de la publicación de los manuscritos.

Lamentamos que el estilo de nuestro anuncio haya resultado de alguna manera ofensivo. Unicamente quisimos dar realce a la ocasión. En los Estados Unidos es costumbre resaltar estos sucesos por medio de una conferencia de prensa, y todas las universidades suelen hacerlo así. Si nosotros no lo hubiéramos hecho, se nos habría criticado mucho en este país por no marcar el suceso con un ritual adecuado a su importancia. Nosotros pensábamos que igualmente, y al mismo tiempo, se lanzaría la noticia en Madrid.

Comprendemos que haya causado también preocupación el que nos refiriéramos a los manuscritos como un "descubrimiento". En nuestro país, ese vocablo tiene un sentido algo diferente que en el de ustedes. A todos, en la primera enseñanza, nos instruyen sobre la gran ayuda que el Gobierno español prestó a Cristóbal Colón para "descubrir" América. Y todos sabemos que Colón no buscaba América, sino las Indias. Descubrió América por una afortunada casualidad. Nuestro uso del vocablo "descubrimiento" no excluye tales accidentes.

Creo que también interesa en España el que alguna institución española tome parte en la publicación de estos documentos. Nos honraría contar con la participación de la Biblioteca Nacional, o de otro organismo que usted nos sugiera, para que colabore con nosotros en la empresa. También sería de nuestro agrado que, conjuntamente con un editor español, hiciésemos una primera edición en facsimil y después otra preparada especialmente para estudiosos.

Muchos hispanistas de mi país han trabajado sobre documentos españoles y ayudado a mostrar la alta opinión que el pueblo americano tiene del español. Estos hispanistas universitarios podrían ayudar a la elaboración de los materiales para su publicación.

Tenemos la impresión de que esto se está estudiando en su departamento. No creemos que el sentido español de la justicia nos condene "in absentia" y rompa nuestros tratos sin oírnos. Estamos dispuestos a considerar cualquier modificación del acuerdo en los términos que entiendan más adecuados.

La legalidad de un contrato no depende de ninguna circunstancia que anteceda a su firma, salvo las que afectan a las bases del mismo. El nuestro lo hemos estimado válido desde el princípio. Sí el contrato se revoca o anula por alguna de las dos partes, los estudiosos de todo el mundo pensarían que es difícil apoyar tales acuerdos.

Sea cualquiera el "status" legal del contrato, fué un acuerdo honorable entre nosotros y un representante de su Gobierno. Creemos que respetarán tal acuerdo.

Esté seguro de que nuestro deseo respetuoso es llegar a la publicación de estos materiales de una manera irreprochable y que merezca su aprobación.

Como funcionario representante de la Universidad de Massachusetts en este asunto, estoy dispuesto para ir a Madrid y tener un cambio personal de opiniones con usted, si lo desea. Mis saludos más respetuosos y mis mejores deseos,

Dr. EDWARD C. MOORE

VIERNES 24 DE FEBRERO

El señor Piccus, que se encontraba en Boston, ha volado a Madrid. Este día hablo con él. Me dice que la Biblioteca Nacional ha rescindido, unilateralmente, el contrato firmado para la edición de los manuscritos de Leonardo. Me dice también que le han prohibido el acceso a dichos manuscritos. El profesor Piccus espera en su casa de Madrid.

En España no ha gustado la manera de lanzarse la noticia del hallazgo de los manuscritos en los Estados Unidos. Se hablaba de descubrimiento respecto a algo que sólo era un hallazgo fortuito. España, los funcionarios de la Biblioteca Nacional, parecían te-

ner una participación mínima o nula, según la prensa de los Estados Unidos. Y llegamos al casi final de la historia.

LUNES 27 DE FEBRERO

El decano de la Universidad de Massachusetts, en Amherst, doctor Edwar C. Moore, escribe una carta con esta fecha al ministro de Educación y Ciencia, señor Lora Tamayo.

En esta carta—de la que ofrecemos una copia que nos ha facilitado el señor Piccus— afirma su deseo de llegar a un acuerdo amistoso acerca de «Los códices de Madrid». Sugiere la participación de la Biblioteca Nacional en la edición de los manuscritos; la pu-

blicación de facsímil en colaboración con otra editorial española y la realización de una edición para estudiosos. Añade que no es posible que la Biblioteca Nacional quiera rescindir este contrato firmado, ya que los eruditos del mundo dudarían entonces de los contratos firmados por la Biblioteca. Pide excusas por el revuelo organizado, que no deseaba, e intenta explicar el malentendido, producido por la rueda de prensa celebrada en Boston.

«En nuestro país—dice—, la palabra DESCUBRIR quizá tenga un sentido algo distinto del que tiene en el suyo. Por ejemplo, nos enseñan aquí desde niños la gran asistencia del Gobierno español a Cristóbal Colón cuando descubrió América. Y todos sabemos que Colón no buscaba Amé-

rica, sino las Indias, y que DESCU-BRIO América gracias a una feliz casualidad. Nuestra utilización de la palabra DESCUBRIR no excluye accidentes como el relatado.»

AQUI Y AHORA

He terminado, Hay muchos otros detalles, miles de ellos. Sería imposible contarlos aquí. Solamente un deseo. Si la Universidad de Massachusetts se ha equivocado de alguna manera, ahí está la carta de su decano, a modo de reparación. Hora es de olvidar todo el revuelo y de volver a empezar. Lo merece la Biblioteca Nacional, Leonardo da Vinci y el mundo entero.

Principio Tienen las Cosas —

Marta Portal relata en la página 36 —transformada la ganadora del último «Planeta» en excepcional cronista de una de nuestras Tertulias Sabáticas— los pormenores de la acogida dispensada al jovencísimo escritor López Carvajal. Con la publicación del cuento aquí, satisfacemos la indudable curiosidad que en el lector habrá despertado el bisoño escritor jienense, cuya mezcla de insolencia y timidez tan bien describe Marta Portal. Las ilustraciones nos las entregó cuidadosamente pegadas a los folios de su texto Cristóbal López Carvajal.

PERFIL INSOLITO

CRISTOBAL LOPEZ CARVAJAL



S verano. La tarde caliente y larga está recortada por un cartel que inunda todas las fachadas de la ciudad. Usted se acerca y lee. Hoy domingo, a las seis en punto de la tarde, se correrán seis hermosos novillos que serán lidiados, banderilleados y muertos a estoque, etc., etc., etc. Se va a celebrar una de esas novilladas sin picadores que salpican la temporada para dar paso a los chavales que empiezan. Usted va y lo pasa sencillamente

magnifico porque es divertido. Hay volteretas, «espantás», avisos y muchas veces hasta el toro devuelto al corral. Se hace de noche y la plaza toma un aire de teatro: luces, vestidos que brillan y un toro que recorre la arena más entero que al principio. En los carteles está el nombre de ese banderillero que usted conoce y que encuentra frecuentemente en el café o en la taberna. Se apoda Manitas, el Chori, Finito o Ramitos, da igual, y es popular en toda la ciudad. Cuando alguna vez usted y sus amigos lo han invitado a una corrida importante donde toreaba la última revelación de la temporada, se quedaba boquiabierto escuchando sus conocimientos. Apenas salía el burel, comenzaba a soltar todo el jugo de su sabiduría taurina. Les decía que el animal era playero; cuando metía la cabeza apuntaba que el bicho punteaba por tal o cual pitón y, según él, se le debía picar más bien flojito porque de lo contrario llegaría a la muleta agotado. Usted se deleitaba oyéndolo y, sobre todo, cuando el bicho se caía después del segundo muletazo y sacaba una lengua de dos metros. Luego siguió diciendo que con animalotes de ese tipo, cualquiera es hoy figura. En sus tiempos, cuando él era novillero, se mataban auténticos toros. Cuatro años y unos pitones tan largos como sus brazos. Al decir esto, levantó sus hombros y con las manos abiertas señaló la cabeza del animal.

Sin embargo, y aunque usted lo crea, no conoce el auténtico símbolo del banderillero que invitó y que hoy, en ese festejo de tercera clase, hace el paseíllo con un chaval cualquiera. Usted desconoce la realidad de su drama: el viejo drama del noble español. Sus niños le han contado, que allá en los tiempos de Felipe II había un señor alto y enjuto que apenas comía y que mandaba a su lazarillo a por migajas de pan con las que se salpicaba su bigote famélico. la gente se reía de él, y lo contemplaba pasar con auténtica ironía debajo de sus pupilas.

Hoy día; porque el antiguo noble español no ha desaparecido, ocurre igual. Manitas, que podía llamarse de otro modo, hace el paseillo con su traje negro y plata. Una plata oscura y amarillenta. Lleva los caireles negros y durante el paseillo, aunque su barriga rechoncha le serpentee la faja, camina con auténtico empaque. Al llegar a la barrera, usted le pide el capotillo, y él, con aire de bailarina, lo lanza hacia su lugar. Es un bello capote bordado con la

imagen de cualquier virgen. Manitas es creyente cien por cien. Luego le da un cigarro y, mientras llega su hora, conversan amablemente. A usted se le ocurre que no tiene ninguna fotografía junto a un torero y que bueno es Manitas. El sonríe satisfecho y con los dientes a flor de labio aparece en los clisés, debajo de su barrera y junto al capotillo de seda.

Cuando llega su turno, levanta los palitroques rellenos de papeles de colorines y le dice: «Va por usted». Lo contempla acercarse al novillo. La plaza está llena de voces. Espera a que un capotazo lo cambie de tercio y se arrima hasta el animal con los brazos perpendiculares a la arena. Las banderillas pueden caer al suelo o clavarse en un trozo de morrillo más pequeño que un duro. La plaza no se entera. El no es el Vito ni Luis González; es un banderillero de tercera fila y no sale en «El Ruedo». Pasa desapercibido. Bien o mal, usted tiene la obligación de aplaudirle.

El verano lo va salvando de esta forma. Hoy en su ciudad, mañana en la feria de cualquier pueblo y como caso excepcional cualquier domingo acudirá a Carabanchel acompañando a un chico paisano que debuta con picadores. Y siempre es un consuelo llevar a alguien conocido. Lleva la tragedia detrás de los tobillos porque la temporada es corta y tiene que apañar para el invierno. Un año porque se le dislocó un hueso, otro porque los trajes de luces se los rompieron, como un estropajo, el primer domingo que los alquiló; desde su juventud las cosas nunca le andan bien. Además los años pesan sobre sus piernas como dos sacos de arena y ha de tener cuidado. Los novillos también pegan cornadas.

La novillada ha finalizado. El coso queda como muerto. Se notan las huellas de los toros y las zapatillas sobre la arena amarilla. Manitas se pierde en el fondo del callejón. La próxima vez que usted lo vea, será invierno y la lluvia habrá despintado las



barreras. Está sentado en el café de siempre. Reposadamente. Dando tiempo al tiempo porque durante el invierno los días son muy largos. Lleva una camisa blanca y el pañuelo le sale por la americana como los pétalos de una flor. Usted lo saluda y se sienta junto a él. Le cuenta viejas historias por plazas de madera salpicadas de anécdotas y hazañas. Cuando se cansa de escucharlo, paga los cafés y lo deja. El permanece sentado, porque los cafés y las tabernas son su casa. Mira el agua que cae al otro lado de las cristaleras y espera que llegue otro amigo. De esta forma, una mañana y una tarde, un día y una semana, un mes y otro; hasta que los timbales de los cosos vuelvan a llamarlo.

Manitas, el noble señor de los tiempos imperiales, es cristiano, gracioso y parlanchín. Trágico, terriblemente dramático, porque todos lo usan para pasar un rato a gusto, camina impasible. Con la espada llena de hollín o su ribeteado pañuelo blanco en la chaqueta. Siempre adelante, caballero y presuntuoso. Pasa necesidades, muerde sus labios si no puede fumar o llena el estómago con agua cuando le falta el vino; pero le sobra hidalguía para llamar al limpiabotas y dejar que sus zapatos los limpien como soles. Y si usted osa proponerle alguna cosilla, contesta ufano: ... hombre, un artista como yo...

PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS, pero FINAL TIENEN LAS COSAS. La muerte de Azorín nos sorprendió cuando ya en nuestra redacción se ultimaba este número. El brusco cambio, brusco de trabajo y penoso por el acontecimiento, nos ha obligado a dejar para el siguiente muchas cosas importantes contenidas en Correspondencias, Crónica social y Estafeta breve de las provincias; a reducir otras, como Pueden jugar; y a aplazar del todo las páginas preparadas para CIRO ALEGRIA, español de allá que abandonó el mundo catorce días antes que Azorín, español de acá. Sábados alternos sale LA ESTAFETA LITERARIA. Jueves alternos han muerto Ciro Alegría Bazán y José Martínez Ruiz. Hasta el próximo sábado, lectores.